

La polarización política en El Salvador

Álvaro Artiga González

Carlos Dada

David Escobar Galindo

Hugo Martínez

Gloria Salguero Gross

Rubén I. Zamora

Roberto Turcios



FLACSO
EL SALVADOR





FLACSO
EL SALVADOR



LA POLARIZACIÓN POLÍTICA EN EL SALVADOR

ÁLVARO ARTIGA GONZÁLEZ

CARLOS DADA

DAVID ESCOBAR GALINDO

HUGO MARTÍNEZ

GLORIA SALGUERO GROSS

RUBÉN I. ZAMORA

ROBERTO TURCIOS

©Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo (FUNDAUNGO)
y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
(FLACSO-Programa El Salvador).
Todos los derechos reservados.

Las opiniones expresadas en esta obra son de la exclusiva
responsabilidad de los autores y no necesariamente refle-
jan los puntos de vista de la Fundación Dr. Guillermo Ma-
nuel Ungo (FUNDAUNGO), ni de la Facultad Latinoameri-
cana de Ciencias Sociales (FLACSO-Programa El Salva-
dor).

320

P762 La Polarización política en El Salvador / Alvaro Artiga, Carlos
Dada, David Escobar Galindo, Hugo Martínez. – 1ª. ed. — San
es Salvador, El Salv.: FUNDAUNGO, 2007.
125 p.; 22 cm.

ISBN 978-99923-29-16-0

1. Ciencias políticas. 2. Partidos políticos. 3. Democracia. I.
Arteaga, Alvaro, coaut. II. Título.

BINA/jmh

Ilustración de la Portada: Imprenta Ricaldone.
Primera edición, Julio de 2007.

Impreso en los talleres de Imprenta Ricaldone.
700 ejemplares.
San Salvador, El Salvador.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	I
I. POLARIZACIÓN POLÍTICA: ORÍGENES, CONSECUENCIAS Y ALTERNATIVAS	1
ÁLVARO ARTIGA GONZÁLEZ	
II. LA PROLONGACIÓN DE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS	23
CARLOS DADA	
III. EVOLUCIÓN DE LAS FUERZAS POLÍTICAS NACIONALES: DE LA “POLARIZACIÓN” A LA INTERACCIÓN	37
DAVID ESCOBAR GALINDO	
IV. APUNTES SOBRE LA POLARIZACIÓN EN EL SALVADOR.....	43
HUGO MARTÍNEZ	
V. LA INSTITUCIONALIDAD COMO RESPUESTA A LA POLARIZACIÓN POLÍTICA.....	54
GLORIA SALGUERO GROSS	
VI. POLARIZACIÓN Y DEMOCRACIA ¿UN MAL NECESARIO?	63
RUBÉN I. ZAMORA	
VII. LA RENOVACIÓN DE VIEJAS TENDENCIAS	102
ROBERTO TURCIOS	

PRESENTACIÓN

En los últimos años se ha venido señalando en diferentes estudios la existencia de una alta polarización política en el país, de manera que se ha constituido en un tema relevante en la agenda de discusión. Sin embargo, a pesar de su relevancia, por lo general no se le define con precisión, ni se ha analizado de una manera sistemática las consecuencias que puede tener para la consolidación de la democracia en el país y para la adopción de una Estrategia Nacional de Desarrollo.

En este contexto, desde finales del año pasado, la Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo (FUNDAUNGO) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Programa El Salvador) comenzamos a planificar la generación de un espacio de reflexión sobre este importante tema. Es así como tomamos la iniciativa de invitar a un selecto grupo de académicos, políticos y un periodista para que desde distintas perspectivas prepararan un breve ensayo en el que se les pedía abordar tres aspectos: (a) su análisis sobre el origen de la polarización política y una breve caracterización de la misma; (b) sus reflexiones acerca de las consecuencias que la polarización existente entre las dos principales fuerzas políticas tiene para el sistema político y para el desarrollo económico y social del país; y (c) sus apreciaciones acerca de cómo podría contribuirse a la despolarización del país.

Con la libertad que caracteriza los ejercicios de reflexión de carácter académico, cada uno de los autores decidió abordar los tres aspectos o algunos de ellos. En el libro que ahora se publica: *“La Polarización Política en El Salvador”*, los autores analizan desde diferentes perspectivas el fenómeno de la polarización política, así como las consecuencias que tiene sobre el sistema

político y para el desarrollo económico y social, y en algunos casos presentan reflexiones acerca de cómo podría contribuirse a la despolarización del país.

Con la publicación de este libro, esperamos contribuir a la reflexión sobre el fenómeno de la polarización política en nuestro país, así como sobre las consecuencias que éste tiene en la gobernabilidad democrática.

Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a los autores de estos ensayos, por haber aceptado la invitación que les fuera formulada por nuestras instituciones para presentar sus reflexiones. Aprovechamos para agradecer a Rafael Menjívar Ochoa por la labor de corrección de estilo, y a Loida Pineda por la labor de edición y corrección de galeras del documento.

Finalmente, como FUNDAUNGO queremos agradecer el apoyo financiero de Acción Ecueménica Sueca-Diakonía y como FLACSO-Programa El Salvador a la Agencia Sueca para la Cooperación del Desarrollo ASDI-SAREC, que permitió realizar esta iniciativa, así como su publicación.

San Salvador, julio de 2007

Carlos Briones
Director
FLACSO-Programa El Salvador

Ricardo Córdova
Director Ejecutivo
FUNDAUNGO

I. POLARIZACIÓN POLÍTICA: ORÍGENES, CONSECUENCIAS Y ALTERNATIVAS

ÁLVARO ARTIGA GONZÁLEZ

INTRODUCCIÓN

En El Salvador parece haber un acuerdo general de opinión sobre la existencia de una alta polarización económica, social y política. También parece haber un amplio consenso acerca de lo nefasta que puede resultar esta polarización para el desarrollo del país. Del reconocimiento de esta situación, uno de los grandes desafíos que resulta es cómo despolarizar al país, especialmente en la forma de hacer política. Porque se reconoce que la polarización política puede ser un obstáculo para llevar adelante políticas públicas que disminuyan los niveles de polarización económica y social.

Un diagnóstico certero de la polarización política es necesario para la profilaxis respectiva. Hasta ahora ha sido común entender la polarización política como polarización ideológica. De lo estéril que resulta la mayoría de veces el debate político se ha llegado a la conclusión de que éste se da en un ambiente enrarecido por los planteamientos ideológicos, donde la posición del adversario se ve como inconciliable con la propia; no tanto por el planteamiento en sí, sino porque se trata del planteamiento del adversario. La política se entiende, entonces, como un juego amigo-enemigo; un juego suma-cero; en términos blanco-negro, sin la posibilidad de tonalidades grises; en fin, un juego donde todo se gana o todo se pierde.

En este trabajo encaro el planteamiento tradicional en torno al papel de la ideología en la política salvadoreña. Sostengo que, si hemos de hablar de polarización política en El Salvador, ésta no es ideológica especialmente en los términos izquierda–derecha. En otras palabras, sostengo que no son las diferencias izquierda–derecha las que explican mejor la polarización política del país. Que se entienda bien: no estoy afirmando que la ideología no debería tener un papel importante en la política como orientadora de la praxis. Lo que sostengo es que ésta actualmente no está orientada por aquélla.

La primera parte de este trabajo da cuenta de semejante tarea *desideologizadora*, y describe los orígenes de la polarización política que no están ni en la economía, ni en la ideología. Posteriormente hago una reflexión sobre las consecuencias que la polarización política puede tener para la sociedad y la economía salvadoreñas. Aquí sostengo que tal politización no necesariamente es negativa, aunque puede llegar a ser terriblemente negativa. Para no correr este riesgo, es mejor que intentemos superarla. Describo dos alternativas para ello en el tercer apartado que utilizo a manera de conclusión.

I. POLARIZACIÓN POLÍTICA: ORIGEN E INDICADORES.

Cuando en El Salvador se habla de polarización (a secas), no está claro qué se quiere decir. Cuando se dice que El Salvador es un país polarizado se puede estar queriendo significar varias cosas. Por ejemplo, que existe una desigualdad tal que unos pocos concentran la mayor parte del ingreso o de la riqueza nacional, mientras que a la mayoría le toca sólo una pequeña parte de la misma. En otras ocasiones a lo que se está haciendo referencia es a la disparidad de ingreso entre los que más tienen y los que menos tienen. Otras veces el criterio de comparación refiere a los privilegios, o a la concentración de poder político, económico y social en unos pocos, etcétera.

En general, puede decirse que al hablar de polarización se está hablando de la distancia entre dos extremos medida sobre una

dimensión determinada. Cuando la dimensión es económica suele hablarse de desigualdad, y un indicador al que usualmente se recurre es el Coeficiente Gini. El CUADRO 1 muestra la evolución de este coeficiente para el periodo 1996–2004 en El Salvador. No se habría registrado cambio significativo alguno ni para el caso del ingreso por hogar ni para el ingreso per cápita. El CUADRO 2 nos da una visión comparada para la región latinoamericana entre 1998 y 2005.

CUADRO 1
Evolución del Coeficiente Gini en El Salvador

Año	Ingreso por hogar	Ingreso per cápita
1996	0.48	0.51
1997	0.48	0.51
1998	0.50	0.52
1999	0.50	0.52
2000	0.49	0.52
2001	0.51	0.53
2002	0.52	0.54
2003	0.50	0.51
2004	0.48	0.50

Fuente: PNUD (2005:481).

De acuerdo con la clasificación de la CEPAL, El Salvador tiene un nivel de desigualdad medio, que sólo habría empeorado un poco en 2000/2002, cuando habría pasado a formar parte del grupo de países con un nivel de desigualdad alto. Según estos datos, con la excepción de Costa Rica, El Salvador estaría mejor ubicado que el resto de países centroamericanos. Honduras y Nicaragua están entre los países con un nivel de desigualdad muy alto, y Guatemala se ubica entre los de nivel alto.

Es importante retener esta mirada comparativa pues tendremos la oportunidad, más adelante, de ver que el correspondiente

ordenamiento según la desigualdad en el ingreso (como indicador de polarización económica) no se corresponde con un ordenamiento sobre la base de la polarización política. Para decirlo de manera provocadora: que la polarización económica no es la causa de la polarización política.

CUADRO 2
Coefficiente Gini en América Latina

Nivel de desigualdad ^a		1998/1999	2000/2002	2003/2005		
Muy Alto 0.580 – 1	Brasil	0.640	Brasil	0.639	Bolivia (2002)	0.614
	Bolivia	0.586	Bolivia	0.614	Brasil	0.613
	Nicaragua	0.584	Honduras	0.588	Honduras	0.587
					Colombia	0.584
Alto 0.520 – 0.579	Colombia	0.572	Nicaragua	0.579	Nicaragua (2001)	0.579
	Paraguay	0.565	Argentina ^b	0.578	Rep. Dominicana	0.569
	Honduras	0.564	Paraguay	0.570	Chile	0.550
	Chile	0.560	Colombia	0.569	Guatemala (2002)	0.542
	Guatemala	0.560	Chile	0.559	Paraguay	0.536
	Rep. Dominicana	0.554	Rep. Dominicana	0.544	México	0.528
	Perú	0.545	Guatemala	0.542	Argentina ^b	0.526
	Argentina ^b	0.539	El Salvador	0.525		
	México	0.539	Perú	0.525		
	Ecuador ^b	0.521	Panamá ^b	0.515		
Medio 0.470 – 0.519	El Salvador	0.518	México	0.514	Ecuador ^b	0.513
	Panamá ^b	0.513	Ecuador ^b	0.513	Perú	0.505
	Venezuela	0.498	Venezuela	0.500	Panamá ^b	0.500
	Costa Rica	0.473	Costa Rica	0.488	El Salvador	0.493
					Venezuela	0.490
				Costa Rica	0.470	
Bajo 0 – 0.469	Uruguay ^b	0.440	Uruguay ^b	0.455	Uruguay ^b	0.451

^a Los valores del límite del coeficiente de Gini para cada categoría se determinaron empleando el algoritmo de estratificación estadística de las k-medias, que busca generar estratos que sean homogéneos en su interior pero a la vez presenten la máxima variabilidad posible entre ellos.

^b Área urbana.

Fuente: CEPAL (2006).

¿Qué queremos decir cuando hablamos de polarización política? ¿Es posible medirla? ¿Cómo la medimos? ¿Qué papel juega en ella la ideología? De nuevo, hablar de polarización supone

hacer una comparación entre los extremos de un continuo, en este caso político. Pero lo político aquí puede manifestarse de diversas formas y es necesario entonces especificar en términos de qué hablamos de polarización.

Una posibilidad es hablar de polarización ideológica. El continuo es, por tanto, ideológico. Y si hablamos de ideologías de izquierda y derecha, como suelen hacerlo algunos analistas políticos, podemos seguir la metodología propuesta por Sani y Sartori (1992) para medir la polarización ideológica. ¿En qué consiste esta metodología? Para estos autores, la polarización puede determinarse de dos formas diferentes: como la distancia percibida por las elites políticas (en general, miembros del Parlamento), en términos de cuán cercanos o alejados se sienten de los demás partidos, o bien como la distancia que resulta de un análisis de contenido de plataformas electorales y/o de las posiciones ideológicas de los partidos. Esta última opción, que bien podríamos denominar “ideológica–programática”, resulta ser una aproximación “más o menos intuitiva” (Crespo, 1996), influida por la subjetividad del analista.

Montero (1994) considera que la polarización puede estudiarse a partir de la auto–ubicación de los electores en una escala izquierda–derecha, de manera que los electores que se colocan a sí mismos en los lugares extremos de dicha escala tienden a percibir a los partidos opuestos en posiciones más alejadas. Cuando los electores se autoubican en las posiciones de centro (ya sea centro–izquierda, centro o centro–derecha), la polarización es moderada si se le compara con una situación en donde la mayoría del electorado se auto–ubica en los extremos o se identifica con partidos extremistas.¹

Ahora bien, cuando describimos la polarización ideológica presente en el sistema de partidos, debemos tomar en cuenta la distinción que hacen Sani y Sartori (1992:441) al hablar de *dimensión de identificación* y *dimensión de competición*. La primera

¹ La escala que utilizaré aquí es de 10 puntos. La izquierda comprende las posiciones 1 y 2; el centro–izquierda, la 3 y 4; el centro, la 5 y 6; el centro–derecha, la 7 y 8; y la derecha, la 9 y 10.

refiere a la cuestión de qué electores se identifican con un partido determinado en cualquier dimensión sea ideológica, religiosa, étnica, lingüística, etcétera. En cambio, la segunda refiere a la cuestión de a lo largo de qué dimensiones se alinean los electores no identificados, es decir: los votos flotantes por los que vale la pena competir. Las líneas de fractura o división social –los llamados *clivajes*– pueden definir dimensiones de identificación o de competencia. Cuando definen identificación no nos sirven para utilizar el modelo espacial de competencia como herramienta de análisis.² Por otro lado, es posible que en un contexto determinado la competición pueda ser unidimensional o multidimensional, y ello hay que establecerlo previamente al análisis de la polarización. En otras palabras: si la competencia es multidimensional, el análisis de la polarización sobre una única dimensión –por ejemplo, ideológica– puede no ser suficiente, e incluso resultar inadecuado.

El CUADRO 3 ha sido elaborado utilizando datos de auto ubicación en una escala 1–10, izquierda–derecha, de los parlamentarios de los principales partidos en Centroamérica. Así tenemos una visión comparada de nivel regional, y podemos entonces contrastar con la polarización económica descrita antes. Vemos cómo los parlamentarios del FMLN y ARENA, para diferentes legislaturas desde 1994, ubican a sus respectivos partidos en las posiciones más extremas de la escala en el nivel regional. Se constata así la existencia de una polarización ideológica dentro del sistema de partidos salvadoreño superior a la de cualquiera otro de los casos centroamericanos. La última columna del cuadro muestra el valor de la distancia ideológica entre los partidos que marcan la pauta competitiva de los respectivos sistemas como indicador de polarización. De nuevo, El Salvador supera a los demás países de la región, seguido muy cerca del caso nicaragüense (hasta 2002).

² Un ejemplo cercano de sistema de partidos montado sobre un *cleavage* de identificación es el de Nicaragua, donde la competencia en los últimos veinte años ha sido entre sandinistas y anti–sandinistas. Desde la década de 1930 hasta 1984, la disputa partidista se planteaba en términos de somocistas y anti–somocistas (Artiga–González, 2000).

Es interesante notar que Honduras aparece aquí como uno de los países con baja distancia ideológica (como indicador de polarización política), mientras que en términos de desigualdad económica (como indicador de polarización económica) aparecía con un nivel muy alto (ver CUADRO 2). Aunque sólo contamos con un dato para Guatemala, ésta aparece con una polarización incluso más baja que Costa Rica. En términos del Coeficiente Gini, Guatemala tiene un nivel alto, mientras Costa Rica está entre los países de nivel medio. Por tanto, no parece haber correspondencia entre la polarización económica y la polarización política. Entonces, ¿dónde se origina la polarización política de El Salvador y Nicaragua? ¿Y dónde la moderación de Honduras, Costa Rica y Guatemala?

CUADRO 3
Autoubicación media y distancia ideológica de los parlamentarios de los principales partidos centroamericanos.

País / Año	Autoubicación Media	Principales Partidos		Distancia Ideológica ³
El Salvador		FMLN	ARENA	
1994	5.28	1.53	8.28	0.75
1997	5.08	1.46	9.76	0.92
2000	5.08	1.59	9.55	0.88
2003	5.13	1.22	9.31	0.90
Costa Rica		PLN	PUSC	
1994	5.19	5.46	8.15	0.30
1998	5.42	5.07	8.19	0.35
2002	5.57	5.57	7.38	0.20
Honduras		PL	PN	
1994	5.44	4.72	8.48	0.42
1997	6.17	5.76	8.37	0.29
2001	5.80	5.87	8.65	0.31
Nicaragua		FSLN	PLC	
1997	5.09	2.39	9.16	0.75
2002	4.77	1.86	9.01	0.79
Guatemala		FRG	PAN	
1999	n.d.	4.93	6.67	0.19

Fuente: elaboración propia con información de USAL y Alcántara y Freidenberg (2001).

³ El valor de la distancia ideológica se calcula dividiendo entre 9 la diferencia de las ubicaciones ideológicas de los partidos. Se divide entre 9 porque ésta es la máxima distancia posible en una escala de 1 a 10.

Antes de responder las preguntas planteadas arriba, analicemos con mayor detenimiento la polarización ideológica del sistema de partidos salvadoreño. Para ello contamos con la información mostrada en el CUADRO 4, proveniente de encuestas preelectorales realizadas por el IUDOP de la UCA. Los años 2003 y 2006 fueron de elecciones de diputados, mientras que 2004 fue año de elección presidencial. En los tres casos se pidió a los encuestados que se ubicaran sobre la escala 1–10, izquierda–derecha. Los valores mostrados en el CUADRO 4 corresponden a los porcentajes para cada posición, considerando sólo a quienes se autoubicaron.

CUADRO 4
Autoubicación ideológica de los electores salvadoreños,
2003, 2004 y 2006.
(porcentaje)

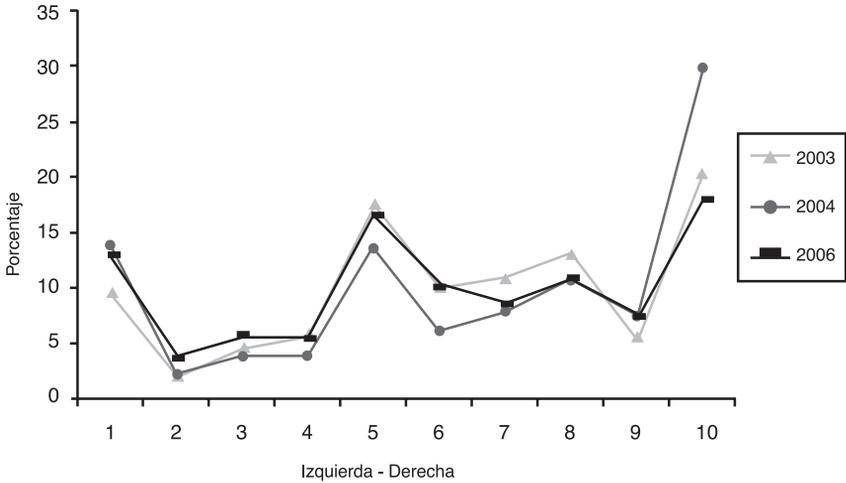
Año	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
2003	9.6	2.1	4.5	5.9	17.6	10.1	11.0	13.2	5.5	20.4
2004	13.8	2.3	3.9	3.9	13.6	6.2	7.9	10.8	7.6	29.9
2006	13.0	3.9	5.7	5.6	16.6	10.3	8.7	10.6	7.5	18.0

Fuente: elaboración propia con datos de IUDOP (2003, 2004 y 2006).

Una imagen mejor de la autoubicación ideológica de los encuestados nos la da la FIGURA 1, puesto que se pone en evidencia la existencia de *tres polos ideológicos*: uno a la izquierda, otro en el centro y otro a la derecha del espectro. ¡Esta imagen no es la esperada! Cuando consideramos a los partidos el *polo central* no parece ser tal. ¿En qué sentido puede hablarse de polarización ideológica con una distribución de auto ubicaciones como la de la FIGURA 1?

FIGURA 1

Auto ubicación ideológica de los electores, 2003, 2004 y 2006



Fuente: elaboración propia con datos de IUDOP (2003, 2004 y 2006).

Las tres curvas de la FIGURA 1 siguen la misma tendencia. Es decir: los encuestados tienden a concentrarse en torno a tres posiciones dentro de la escala 1–10. Esos tres puntos de concentración son los polos. Aplicando estos datos al sistema de partidos, el salvadoreño no sería bipolar ni bipartidista. La clase a la que correspondería sería más bien multipolar. Concretamente tripolar. ¿De dónde ha salido entonces la opinión generalizada de un sistema con alta polarización ideológica? Bueno, en parte ya vimos que, si nos fijamos en los parlamentarios, la idea de la alta polarización es correcta. Lo que habría que explicar mejor es la imagen de la FIGURA 1.

A juzgar por los resultados electorales en los tres años mostrados, ARENA y FMLN fueron los partidos más votados. En 2004 concentraron cerca del 90% de los votos, mientras que en 2003 y 2006 retuvieron dos tercios de los votos. Si los votos correspondieran a las autoubicaciones ideológicas, es decir si el voto estuviera en función de la ideología, el *polo central* debiera ser más pequeño (en 2003 y 2006) o no debería existir (en 2004). Los datos del CUADRO 4 y la FIGURA 1 no permiten validar dicho

razonamiento. La única explicación que encuentro a este “misterio” es plantear que los electores que se ubican en las posiciones centrales, o bien no votan a los partidos de centro, o bien no votan a ningún partido. Pero entonces el voto no sería ideológico, ni la polarización del sistema de partidos sería ideológica.

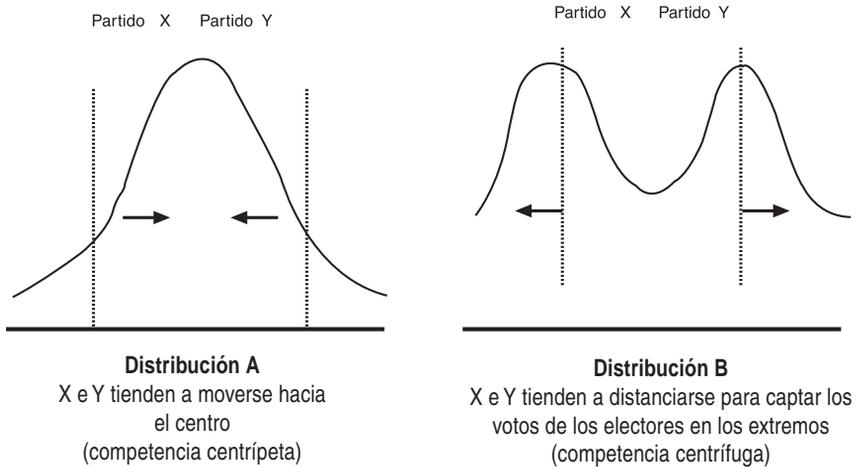
¿LA IDEOLOGÍA COMO ORIGEN DE LA POLARIZACIÓN?

Esta manera de entender y observar la polarización sigue una concepción espacial del comportamiento político. Downs (1973) elaboró un modelo espacial de competencia entre partidos que está en la base del análisis de la polarización arriba esbozado. Según este modelo:

- a) Los partidos buscan captar más votos para alcanzar el poder.
- b) Las preferencias de los electores se distribuyen a lo largo de un eje, con un solo máximo y decrecientes a ambos lados de ese máximo.
- c) Los partidos se ubican sobre el “eje de preferencias”, de manera que puedan captar el mayor número posible de electores.

Gráficamente se pueden suponer las situaciones mostradas en la FIGURA 2. En la distribución A, los partidos deberían buscar moverse hacia el centro, en la medida en que allí se encuentra el mayor grupo de electores. En la distribución B, los partidos más bien buscarían moverse hacia los extremos, en la medida en que en ellos se encuentra la mayor parte de los electores. El primer caso plantea una clase de competencia centrípeta, y el segundo una competencia centrífuga. La distribución A expresa una situación de poca polarización o, en otras palabras, de competencia moderada. La distribución B manifiesta una situación de alta polarización.

FIGURA 2
Modelo espacial de comportamiento electoral



Ni la distribución A ni la distribución B reproducen la distribución de auto ubicaciones de la FIGURA 1. Sin embargo, a nadie escapa que los partidos FMLN y ARENA jalan los votos desde el centro hacia los extremos, especialmente en las elecciones presidenciales. La competencia es por tanto centrífuga. Pero ¿es por la ideología que compiten los partidos? ¿Es la ideología una dimensión de competencia en los términos de Sani y Sartori (1992)?

Si volvemos a los datos de auto ubicación ideológica de los electores salvadoreños (CUADRO 4), aunque no sea posible establecer una clara tendencia acerca de la polarización con solo tres puntos temporales de comparación, vale la pena hacer una breve discusión sobre la suerte electoral de los partidos en el centro ideológico. Si nos fijamos detenidamente en la parte central del cuadro, vemos que hay una sustantiva cantidad de electores ubicados en, o cerca de, la posición cinco en las tres curvas de auto ubicación. Prácticamente allí está el segundo grupo más grande después de los que se ubican en la posición diez, superando incluso a los que están más a la izquierda. ¿Por qué entonces no cuaja una opción partidista de centro?

Si utilizamos este modelo espacial para describir el comportamiento de los electores (y de los parlamentarios), y de allí sacamos conclusiones sobre el sistema de partidos, ¿por qué no deberíamos utilizarlo para describir el comportamiento de un grupo de ellos (los que se ubican en el centro) y sacar conclusiones sobre la probable fuerza de algún agrupamiento partidista de centro? Dicho de otra manera, ¿por qué CD, PDC y PCN no tienen mejor suerte electoral que el FMLN, si aquellos partidos están más cercanos a ese polo electoral del centro? ¿Por qué tiene que haber una competencia centrífuga en lugar de una competencia centrípeta?

Si tomamos en cuenta los resultados de las elecciones legislativas en 2000, 2003 y 2006, notaríamos que estos tres partidos acumularon juntos 21.4, 26.7 y 21.4 por cien de los votos válidos. Ello da la idea de la fuerza electoral probable de un solo partido ubicado en el centro. Sin embargo, los partidos extremos (ARENA y FMLN) obtuvieron por arriba de los treinta puntos porcentuales cada uno en cada elección. Hay algo aquí que no cuadra. ¿Por qué el polo electoral del centro no es tal en términos de resultados electorales? Alguien podría decir que se trata de algo obvio: el polo electoral del centro tiene que optar entre tres partidos, mientras que los polos en los extremos no tienen más opción. Este razonamiento nos llevaría a afirmar que ni CD compite por electores con el FMLN ni el PCN compite con ARENA. La competencia se daría en el centro y, mientras estos tres partidos compitan entre sí, los de los extremos estarían permanentemente sacando ventaja. No obstante este razonamiento, podríamos intentar otra explicación.

¿Qué tal si los electores no votan en términos de ideología, como lo supone el razonamiento “tradicional”? Es posible imaginar que los electores sigan otra “lógica” aunque los partidos se autoproclamen como ideológicamente orientados. Así, el FMLN sería un partido autoproclamado de izquierda y ARENA sería un partido autoproclamado de derecha. Como la mayor parte del electorado “tradicionalmente” vota a estos partidos, la conclusión lógica es que el electorado vota según la ideología explícitamente proclamada de

los partidos. Pero, a decir verdad, y por extraño que pueda parecer la siguiente afirmación, se trata de una explicación que no está demostrada científicamente. Diversos analistas asumen que los electores se comportan en términos ideológicos porque asumen que los partidos compiten en esos términos.⁴ Dando por sentado que así son las cosas, la suerte electoral de los partidos de centro aparece como un enigma. Hay quienes quieren salvar la “explicación tradicional” diciendo que los partidos en el centro no logran capturar la confianza de los electores allí ubicados. O también, suelen decir estos analistas, que tales electores no se sienten representados por aquellos partidos. En cualquiera de los dos casos se están ofreciendo una explicación que se sale del “modelo”, puesto que introduce otro razonamiento. Yo me pregunto: ¿acaso no hay otras formas de explicar el comportamiento electoral que no sea la ideológica? ¿Por qué no se intenta una explicación desde otros enfoques o tomando en cuenta otros factores que no sean la ideología? En parte creo que la costumbre pesa aquí mucho entre los analistas. Siempre oyeron hablar de izquierda y derecha, lo dieron por cierto, y ellos mismos hablan de esa manera. En parte creo que es por desconocimiento, por falta de información. Para salir de este “atolladero intelectual” creo que puede ser útil analizar, aunque sea de manera breve, el proceso histórico de estructuración de nuestro sistema de partidos. Solo así nos daremos cuenta de hasta dónde la ideología (en términos de izquierda y derecha) jugó, o no, un papel importante.

LA ESTRUCTURACIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS

En un trabajo anterior (Artiga–González, 2002) he propuesto, para el caso salvadoreño, interpretar la estructuración de su sistema de partidos a partir de dos fracturas o conflictos sociales: la posición de los actores políticos relevantes frente al régimen político oligárquico y la posición frente al sistema capitalista. Los conflictos

⁴ Incluso es posible que éste sea más bien un sesgo de los analistas, porque no es raro que miembros de los partidos, no necesariamente sus dirigentes, no sepan explicar en qué consiste su ideología, y en qué sentido la misma es de izquierda o de derecha.

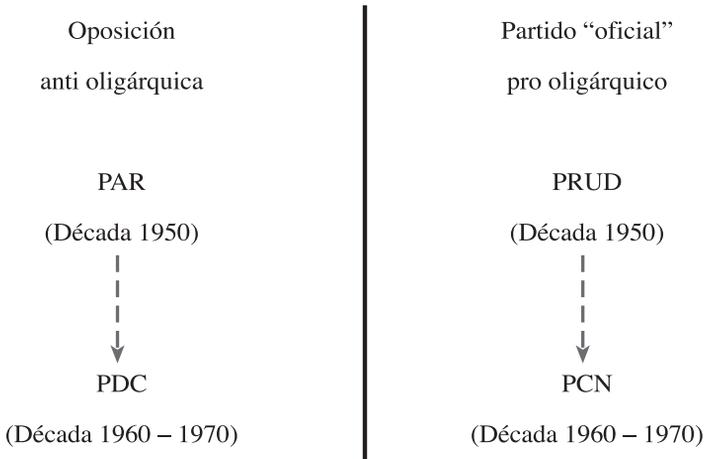
u oposiciones entre los que están a favor y los que están en contra del régimen y del sistema estarían en la base de las diversas manifestaciones partidistas (la oferta) expresadas a lo largo del siglo XX. En la medida en que la economía salvadoreña se estructuró como agro exportadora, el control sobre la propiedad y uso de la tierra fue fundamental. La economía necesitaba de la política. Los grupos económicos que controlaban la agro exportación del café, el algodón y la caña de azúcar necesitaban controlar el poder político. En estas condiciones se puede decir que el régimen político creado expresaba el dominio de la oligarquía agro exportadora sobre el resto de la sociedad. Pero no era necesario que los agro exportadores directamente se “ensuciaran las manos” haciendo el trabajo político. Había otras posibilidades y escogieron una que les dio resultado y que definió las características de su dominación. Por mucho tiempo, al menos durante cinco décadas si contamos el tiempo desde 1930, los grupos oligárquicos vieron defendidos sus intereses por gobiernos militares.

La represión y la exclusión política fueron las dos características más sobresalientes del régimen político pro oligárquico vigente entre 1930 y 1980. La exclusión se refiere tanto a propuestas de reforma agraria como de los actores abanderados de dichas propuestas. Dicha exclusión podría consistir en no permitir el acceso al poder de aquellos actores que intentaran modificar el régimen de tenencia y uso de la tierra, así como prohibir la sindicalización de los campesinos o inhibir la representación de sus intereses. Que los campesinos tuviesen prohibida su sindicalización durante todo ese periodo es una manifestación de lo autoritario del régimen. Si en las actividades de la agro exportación estaba el eje de acumulación de la economía y del poder económico de los dueños de las grandes haciendas, era difícil, si no imposible, llevar a cabo cualquier intento de modificación o reforma del *status quo*.

La diversificación de la economía agro exportadora en la segunda mitad del siglo y el incipiente desarrollo industrial no significó una apertura del régimen, que seguía bajo control de los militares y expresaba la promoción y defensa de los intereses de

los grupos oligárquicos. Cualquier intento de modificar el *status quo* encontró como respuesta gubernamental la represión. Los fraudes electores de 1972 y 1977 expresaron claramente el nivel de exclusión política al que estaba sometida la sociedad salvadoreña. La alianza de fuerzas opositoras al régimen político autoritario para nada era anti sistema. Pero eran anti oligárquicas. En sendos procesos electorales expresaron su fuerza política como coalición de partidos. Pero esos fueron momentos álgidos, coyunturas críticas. En realidad durante todo el periodo autoritario, desde 1930, se suceden pares de partidos políticos como expresión de este conflicto en términos bipartidistas (FIGURA 3). Ante un “partido oficial” se desarrolló el “principal partido de oposición”.

FIGURA 3
Primer eje de conflicto partidista en El Salvador



En la década de 1970 un nuevo eje de conflicto se desarrolló sin sustituir al eje anterior. Más bien se trata de una superposición. Las nuevas oposiciones ya no tenían que ver únicamente con el régimen, sino con la forma de organizar la economía y la sociedad. Factores internacionales y nacionales confluyeron para modificar el carácter de los conflictos económicos, sociales y políticos. De manera muy esquemática podemos hablar de posiciones pro y anti

capitalistas entre los actores económicos, sociales y políticos relevantes. Por supuesto, no todos los actores asumen este nuevo eje de conflicto. Más bien la pauta general es que algunos de los grupos que se alinean en términos pro y anti capitalistas proceden de los grupos que asumían únicamente posiciones anti oligárquicas. En este sentido, la década de 1970 constituyó una etapa de radicalización de fuerzas sociales que poco a poco fueron estructurando una expresión política. El surgimiento y desarrollo de las organizaciones guerrilleras, que ya en la década de 1980 constituyeron el FMLN, fue la manifestación expresa de la relevancia de este nuevo eje de conflicto. Obviamente, si se trataba de un *clivaje*, en el otro lado se ubicarían los actores pro capitalistas.

Como resultado de la sobre posición de estos dos ejes de conflicto, el partidismo salvadoreño podría ser representado de una manera más adecuada en dos dimensiones que solamente sobre una (FIGURA 4). Lo prolongado del conflicto armado entre las organizaciones guerrilleras y el gobierno salvadoreño, más el virtual empate militar entre ambos, permitió que se consolidaran dos expresiones partidistas nuevas (FMLN y ARENA) que se superpondrían a las ya existentes (PDC y PCN). En este largo proceso se estructuró la competencia partidista de la década de 1990 bajo un formato multipartidista.

FIGURA 4
Segundo eje de conflicto partidista en El Salvador

Posiciones pro
capitalistas

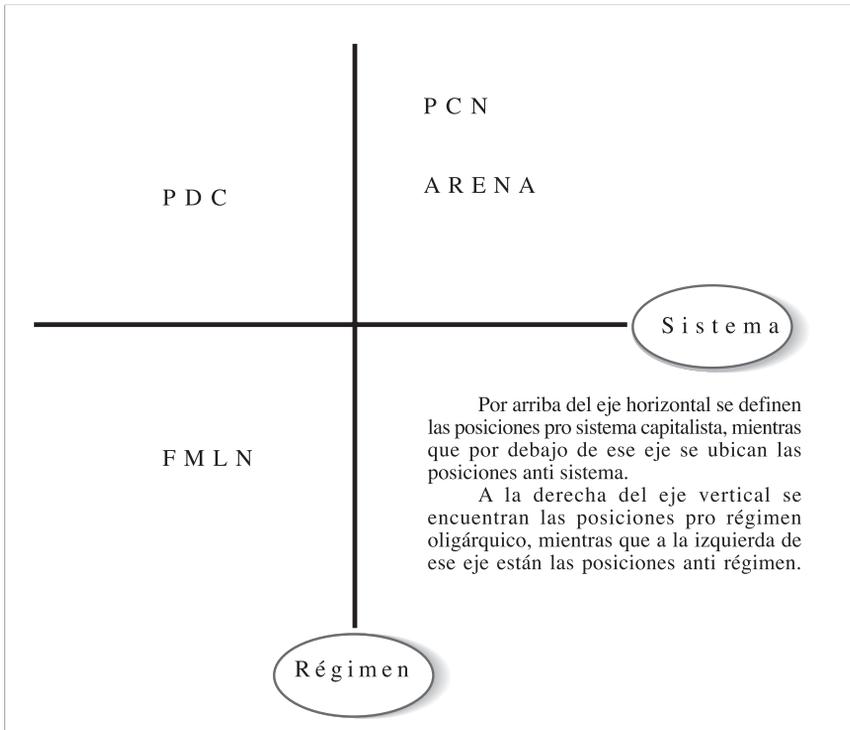
PDC PCN ARENA (década 1980)

FMLN (década 1980)

Posiciones anti capitalistas

La vigencia de los dos ejes de conflicto se pone en evidencia en el juego de alianzas. En la década de 1980, y mientras es gobierno, el PDC (1984–1989) enfrenta las oposiciones del PCN y ARENA, por un lado, y del FMLN, por el otro. La primera oposición se explica por la instrumentación de tres reformas importantes: agraria, de la banca y del comercio exterior. Estas reformas afectaban directamente el poder de la oligarquía terrateniente que ya no contaba con el apoyo incondicional de los militares, quienes pactaron con el PDC para llevar a cabo localmente el plan de contrainsurgencia diseñado por la Administración Reagan de los Estados Unidos. La oposición del FMLN es enfrentada por el PDC con apoyo del PCN y ARENA.

FIGURA 5
Ejes estructurantes del partidismo salvadoreño



La superposición de los dos ejes de conflicto mostrada en la FIGURA 5 expresaría una estructuración bidimensional del sistema de partidos salvadoreño. La interpretación de esta estructuración no ha considerado un eje ideológico en términos de izquierda–derecha por más que los partidos mostrados en las FIGURAS 3 y 4 apelen a estos términos como parte de su identificación. Si preguntamos a militantes del PCN y ARENA sobre su ideología, seguramente contestarán que es de derecha, mientras que si preguntamos a militantes del FMLN sobre el mismo punto seguramente responderán que es de izquierda. Pero ¿qué pasa si preguntamos a militantes del PDC? Es muy probable que afirmen que su ideología es “de centro”. Éste me parece que es el punto. Porque el “centro” no alude a una ideología, sino a una “ubicación” en una dimensión. Evidentemente, si en esa dimensión el FMLN está a la izquierda y ARENA a la derecha, necesariamente el PDC se ubica en el centro. Ahora bien, si recurrimos a un plano bidimensional para representar las oposiciones partidistas, hablar del centro no tiene sentido, como tampoco lo tiene hablar de izquierda y derecha.

2. CONSECUENCIAS DE LA POLARIZACIÓN PARA EL DESARROLLO DEL PAÍS.

¿Es necesariamente negativa la polarización política para el desarrollo del país? Si el desarrollo es producto de políticas públicas, la polarización puede constituirse en una traba en la medida en que se dificulten los acuerdos básicos necesarios para alejar el fantasma de la inestabilidad e impulsar políticas que perduren más allá de una legislatura o de un mandato presidencial. En un ambiente de moderación política no habrían sido aprobadas, como lo fueron, dos medidas que en tiempo preelectoral de manera recurrente se vuelven banderas políticas: la dolarización y el tratado de libre comercio con Estados Unidos. Ambas medidas fueron aprobadas sin mayor debate parlamentario y con mayorías mínimas. Obviamente, el riesgo de una reversión de las mismas se percibe cuando el resultado electoral puede alterar el balance entre las

fuerzas parlamentarias o ante una potencial alternancia de un gobierno de “derecha” a uno de “izquierda”, desde un extremo a otro del continuo ideológico.

La dolarización y el tratado de libre comercio son solo dos ejemplos. Pero otras políticas aprobadas sin la búsqueda de la *mayor mayoría* posible podrían citarse. Podríamos incluir la política de seguridad pública también. Pero no es mi afán hacer aquí una descripción de los procesos de formulación y aprobación de las políticas públicas en El Salvador. Solo deseo plantear que estos procesos dan resultados diferentes si se aprueban en contextos de moderación política o de polarización política (BID, 2006).

Pero supongamos que, como ha sido el caso salvadoreño desde 1994, no se produce inestabilidad política ni hay reversión de medidas adoptadas por gobiernos anteriores. En la medida en que no se ha dado la alternancia en el Ejecutivo, en El Salvador lo que ha habido más bien ha sido continuidad en las políticas públicas. Por tanto, podría que decirse que la polarización no necesariamente lleva a la inestabilidad. Otros factores intervienen, como el formato del sistema de partidos. Como el nuestro es de la clase multipartidista, los sucesivos gobiernos de ARENA han tenido que negociar alianzas en el seno de la Asamblea Legislativa para llevar adelante su programa político. El apoyo del PCN y del PDC ha sido clave para ARENA. De esa manera los cuatro Presidentes que ARENA ha colocado en el control del Ejecutivo han contado con apoyos legislativos suficientes para aprobar sus iniciativas. Pero ¿cuáles han sido los costos de esta manera de hacer política?

El costo de la negociación política podría contabilizarse y, entonces, nos daríamos cuenta de la inconveniencia de esta manera de hacer política. Pero también sabemos que si los partidos políticos son los que controlan no solo la Asamblea Legislativa y el Ejecutivo, sino también a la Corte Suprema de Justicia, la Corte de Cuentas, la Fiscalía General de la República, el Tribunal Supremo Electoral, el Registro Nacional de las Personas Naturales, el ámbito de la

negociación política desborda el ámbito parlamentario. El desempeño de todas estas instituciones se ve contaminado por los intereses partidistas y por la forma en que los partidos enfrentan sus diferencias: de manera polarizada. En tales condiciones, el desarrollo del país es secundario, porque primero hay que garantizar el control de todas estas instituciones para poder llevar adelante la agenda política propia. ¡En eso llevamos ya quince años! Por de pronto, y hasta 2009, no hay señales que sugieran una modificación en esta dinámica política.

3. A MANERA DE CONCLUSIÓN: DOS ALTERNATIVAS PARA DESPOLARIZAR EL PAÍS.

¿Es posible despolarizar el país? Honestamente creo que sí, tanto en lo económico como en lo político. Pero no creo que sea una tarea fácil. Es más: creo que semejante tarea requiere de *ingeniería política*, pero sobre todo de mucha voluntad y conciencia de lo inconveniente de mantener el *status quo*. Quizá sería hartamente imposible si la polarización fuera ideológica, es decir: si los comportamientos políticos obedecieran a planteamientos ideológicos. Por suerte, como lo he mostrado en este trabajo, no es así. Los fracasos repetidos en la construcción de un *centro* político, de un partido político de centro, de una tercera fuerza que rompiera el virtual “empate” entre el FMLN y ARENA, debieran llevar al abandono de esa vía e intentar otras alternativas. Pero ¿es que hay otras alternativas?

En diferentes momentos y espacios he planteado que sí hay alternativas, pero que no pasan por la idea de un partido fuerte entre FMLN y ARENA. Si tomamos en serio el diagnóstico propuesto en este trabajo, deberíamos concluir la necesidad de *identificar* y *traducir* políticamente alguna división social o *clivaje* que deje, de un lado, a los partidos actualmente existentes, y del otro a un *nuevo* partido. Hemos visto que un proceso semejante hizo cristalizar la actual oferta partidista. Los partidos relevantes fueron apareciendo en pares, como oposiciones. Sólo así se facilita la creación de una identidad propia frente al otro, o los otros, al otro lado del *clivaje*.

Colocarse en medio de *los otros* lo único que produce es confusión, porque ni se es lo uno ni lo otro. En términos coloquiales, *no se es ni chicha ni limonada*.

Pues bien, yo vislumbro dos divisiones sociales o *clivajes* a partir de los cuales podrían construirse identidades partidistas. Una es la de los salvadoreños “acá y allá”. La importancia social y económica de los “hermanos lejanos” debería traducirse políticamente, pero no a través de los partidos ya existentes, sino mediante la creación de un nuevo partido que representaría los intereses de las familias “transnacionalizadas”, con miembros *aquí* y *allá*. La otra división es menos evidente, pero puede expresarse en términos de intereses nacionales versus intereses locales. Existen algunas actividades económicas de importancia local, especialmente en el oriente del país, o se generarán con el soñado desarrollo de la “zona norte”. Todos los actuales partidos tienen una visión nacional de la política con centro en San Salvador, aunque algunos, como el PCN y el PDC, han comenzado a territorializarse fuera de la capital. Pero son fuerzas de ámbito nacional. De ahí que la creación de partidos de ámbito local o regional dejaría a un lado a los partidos nacionales, que son los que polarizan el sistema.

Obviamente se trata de propuestas que requieren de mayor desarrollo y discusión. No es aquí el lugar y momento para hacerlo. Pero no quería dejar de aprovechar la ocasión para mostrar qué alternativas hay para sacar al país de la polarización. Es claro que quienes rechacen este tipo de propuestas estarán del lado “conservador” del *clivaje*. Su rechazo expresa su oposición a lo nuevo, situado del otro lado. ¡Pero ese rechazo es ya una posición política desde el *status quo*!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alcántara, Manuel y Freidenberg, Flavia (2001). *Partidos políticos de América Latina*. (Tres volúmenes). Salamanca: Universidad de Salamanca.

- Artiga–González, Álvaro (2004). *Elitismo competitivo*. San Salvador: UCA editores.
- Artiga–González, Álvaro (2002). “Viejos y nuevos partidos políticos en El Salvador”, en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, núm. 641–642, pp.253–274.
- BID (2006). *La política de las políticas*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.
- CEPAL (2006). *Panorama social de América Latina 2006 (síntesis)*. Documento disponible en Internet.
- Crespo, Ismael (1996). “Izquierda y derecha en la construcción de una cultura política democrática en Centroamérica”. En *Polémica* (cuarta época), núm. 2, pp. 23– 43.
- Downs, Anthony (1973). *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.
- IUDOP (2006). *Encuesta pre–electoral de febrero de 2006* (Base de datos).
- IUDOP (2004). *Encuesta pre–electoral de febrero de 2004* (Base de datos).
- IUDOP (2003). *Encuesta pre–electoral de febrero de 2003* (Base de datos).
- Montero, José Ramón (1994). “Sobre las preferencias electorales en España: fragmentación y polarización”. En Del Castillo, Pilar (Ed.): *Comportamiento político y electoral*, pp. 51–115. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- PNUD (2005). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005*. San Salvador, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Sani, Giacomo y Sartori, Giovanni (1992). “Polarización, fragmentación y competición en las democracias occidentales”. En Giovanni Sartori: *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid, Alianza, pp. 413– 450.
- USAL. *Datos de opinión: Elites Parlamentarias Latinoamericanas* (países centroamericanos). Salamanca, España, Instituto Interuniversitario de Iberoamérica – Universidad de Salamanca.
-

II. LA PROLONGACIÓN DE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS

CARLOS DADA

La polarización se ha convertido en un término de uso común. Hablamos de ella para explicar la falta de diálogo, la falta de acuerdos, la gran ausencia de un verdadero plan de nación. Es hoy un referente obligado para evaluar las condiciones de nuestra democracia, y también para ejercer nuestros derechos ciudadanos cuando vamos a votar.

En El Salvador, la polarización está en manos de los dos grandes movimientos políticos que surgieron con la guerra. A la derecha, ARENA, con cuatro gobiernos consecutivos y 18 años en el poder. A la izquierda, el FMLN, la fuerza guerrillera que dejó las armas para insertarse en el sistema político nacional tras la firma de los Acuerdos de Paz. Son dos partidos que acaparan casi todo el espectro político, dejando apenas un pequeño espacio en el medio para partidos apéndice o clientelistas y para iniciativas políticas más moderadas que, por interesantes que puedan parecer en sus planteamientos, no han logrado capitalizar un proyecto potable para un núcleo considerable de la población.

En las elecciones presidenciales de 2004, ARENA y FMLN se repartieron el 93,39 por ciento de los votos válidos, dejando a todos los demás partidos sin el mínimo requerido por la ley para mantener el registro. Fueron comicios presidenciales, que tienden a concentrar mucho más el voto que los municipales o legislativos, pero el

porcentaje alcanzado fue de tal magnitud que dejó muy pocas dudas acerca de que en El Salvador hay un sistema político totalmente dominado por las extremas. Y es precisamente esta concentración de votos en los extremos lo que define nuestro sistema político como polarizado.

He definido el sistema a partir de la concentración de votos, no de poder, en primer lugar porque éste no está totalmente en manos de los partidos políticos; en segundo, porque es en el plan electoral donde la polarización se vuelve un modelo muy rentable para las extremas.

La polarización política es un fenómeno, en términos históricos, nuevo. Los dos partidos que hoy dominan el escenario político nacieron hace un cuarto de siglo, con la guerra, y se colocaron desde su nacimiento como enemigos, las extremas que pretendían llevar la guerra fría a su punto más caliente. Anteriormente la oposición lo era no ante un partido, sino ante las Fuerzas Armadas, al grado que, cuando los resultados de una elección no eran aceptados, la negociación se hacía en el Estado Mayor. La victoria de Napoleón Duarte, en 1964, se consumó cuando los militares decidieron reconocerla. La polarización, en esos días, más que política era social, y ello explica en alguna medida que terminara desembocando en una guerra civil.

ARENA y el FMLN nacieron simultáneamente, como respuesta a la coyuntura del conflicto armado. Y nacieron con la vocación de destruir al enemigo e imponer su visión del mundo, marcadamente antidemocrática. Si las juntas de gobierno de 1979 y 1980 no tuvieron éxito en los planes de democratización y progreso del país fue porque ambas fuerzas, aún en gestación, ya habían apostado al conflicto armado, y se negaron a participar en un proyecto de nación en el que tuvieran que convivir con el enemigo o, peor aún, en el que no cabía su propio concepto de triunfo, que pasaba necesariamente por la eliminación del enemigo. La “utopía revolucionaria” y la “defensa de la patria contra el comunismo” dieron

sentido a todas las acciones, los crímenes y las estrategias de ambos. Pero la vía armada era solo el método. El fin era, y sigue siendo, un proyecto político.

Así nacieron los partidos que hoy dominan el espectro nacional. La polarización política en tiempos de paz ha sido la continuación de la guerra por otros medios. Las dos grandes fuerzas emanadas del conflicto armado terminaron firmando la paz y haciéndose del sistema político nacional. Es difícil determinar si el acaparamiento de los espacios políticos por las extremas fue un efecto previsto por los firmantes de la paz, pero trasladaron al nuevo escenario sus desconfianzas y temores recíprocos.

Tras la firma de los acuerdos, las extremas tuvieron que acomodarse a los tiempos de cambio. La ciudadanía exigía, y fue capaz de imponer por un breve tiempo, un ambiente de inclusión, de tolerancia y de reconocimiento del otro. Fue un periodo en el que estuvo siempre presente la fuerza multinacional de Naciones Unidas, y en la que la guerra estaba tan fresca aún en la memoria que era necesario alejarse inmediatamente de ella, al menos en las formas, para enterrar todos sus fantasmas y, sobre todo, la posibilidad de volver a ese escenario.

Ese periodo, al que yo llamo la luna de miel, permitió por primera vez la convergencia de la conciencia crítica y la conciencia política. Los intelectuales, los artistas y los políticos convivían en largas tertulias que hacían creer a más de alguno, como yo, que, si la historia tenía algún sentido, estábamos al borde de experimentar una efervescencia intelectual, artística y política. La ciudadanía parecía, por primera vez en nuestra historia moderna, una carta definitiva para la construcción del nuevo país. La libertad de expresión y de pensamiento quedaban por fin libres de represiones, y ya no tenían por qué estar sujetas a estructuras autoritarias ni sacrificadas por otros factores que aparentemente habían desaparecido con la firma de la paz. Éramos ciudadanos y, como tales, los principales protagonistas de los nuevos tiempos. Fuimos demasiado optimistas.

Lo que parecía comenzar a gestarse como un movimiento, desordenado y eufórico, se apagó pronto. Terminó siendo apenas una campaña, en la que nadie supo qué se quería obtener. Ahora es claro que fracasó. Si entonces era políticamente correcto ser incluyente, conciliador y tolerante, desde los liderazgos políticos comenzó a imponerse el ataque verbal y la trampa.

La conciencia política rechazó la conciencia crítica, y los partidos sustituyeron la reflexión con los símbolos y las banderas, con su propia historia como reivindicación política, como versión oficial, y no como punto de partida para el análisis, la discusión y el diálogo. Las extremas necesitaban seguir siendo necesarias. Y nunca nadie es tan necesario como cuando tiene que hacer frente a un enemigo.

Creo que pronto se dieron cuenta de que la polarización era conveniente para ambos, así como la guerra, en su momento, lo fue para muchos. Cerraba las puertas a cualquier otro tipo de iniciativas que pudiera robarles el protagonismo obtenido, cada vez más, con el discurso contra el otro.

DE LA LUNA DE MIEL AL DIVORCIO

El proceso de posguerra puede ser dividido en etapas, en cada uno de los gobiernos desde el periodo de Alfredo Cristiani, al que le tocó la guerra, la paz y la luna de miel. Calderón Sol tuvo como su principal tarea dar cumplimiento a los acuerdos y, dicho en sus propias palabras, sacar a Naciones Unidas y arrancar el verdadero proceso de posguerra exclusivamente con las instituciones nacionales. Pactó con la izquierda la solución a conflictos sociales, huelgas y cumplimiento de acuerdos y, para ello, ambas fuerzas tuvieron que depositar algún grado de confianza en el rival. Esto se perdió con la siguiente administración, la tercera de ARENA.

En 2005 hicimos en *El Faro*⁵ un reportaje sobre la polarización en El Salvador, que titulamos “ARENA y el FMLN reviven la Guerra

⁵ Ver *El Faro*, 5 de septiembre de 2005.

www.elfaro.net/secciones/noticias/20050905/noticias1_20050905.asp

Fría”. Carlos Quintanilla Schmidt, el vicepresidente del gobierno de Francisco Flores, y para entonces recién reincorporado a su despacho como abogado privado, me concedió una entrevista, en la que admitió que durante la administración de Francisco Flores se cerraron los espacios para el diálogo entre las extremas. “Calderón Sol fue un importante factor para avanzar contra la polarización. Pero durante la administración de Flores (...) Yo dije en los últimos meses de gestión que íbamos a entregar un país más polarizado del que recibimos y que no íbamos a cumplir con nuestro eslogan de campaña de establecer una nueva forma de hacer política. No lo hicimos”.

El ex vicepresidente cree que la polarización alcanzó su punto máximo después de los terremotos, cuando Flores decidió dejar al FMLN fuera de la administración de la ayuda y los planes para hacer frente a la tragedia. Responsabiliza al Frente de haber querido boicotear el envío de ayuda, y al entonces presidente Flores de excluirlos.

Para entonces, el FMLN contaba ya con sólo dos de sus cinco comandantes originales. El miedo a la derrota era compensado por mensajes dirigidos a la línea más dura de su militancia, a la que vieron como su principal motor de votos, y servía para esconder también su otro gran temor: la victoria.

En un curioso fenómeno que terminó convertido en patrón, la estrategia le funciona de maravilla para las elecciones municipales y legislativas, en las que ha obtenido mejores resultados que ARENA. Y ha sido un desastre para las presidenciales.

El miedo del FMLN a ganar la presidencia da para otro análisis, pero baste con recordar las veces en que el Frente, en una posición de ventaja sobre ARENA, según las encuestas, se las arregló para hacer de la selección de candidaturas un proceso tan cuestionado, y con resultados tan deplorables, que dejó pasar oportunidades para llegar al poder que parecían ganadas de antemano.

ARENA, en cambio, de la mano del presidente Flores, jugó a

esconder y manipular información, humillando al rival político con la aprobación intempestiva de la dolarización (Ley de Integración Monetaria), anunciada el 1 de diciembre de 2000 para que entrara en vigor en enero de 2001.

Durante este periodo se cerraron todos los canales de comunicación y se extendieron las alianzas externas de ambas fuerzas. Fueron los días en que los grandes empresarios, temerosos también de que un eventual triunfo de la izquierda les restara poder de utilizar al Estado para sus beneficios, decidieron dejar de jugar al actor independiente y se tomaron el partido de gobierno. Flores explotaba su cercanía con el presidente estadounidense y con el jefe del gobierno español, José María Aznar, para despreciar cualquier tipo de acercamiento a sus opositores locales. En noviembre de 2000, protagonizó en Panamá el que probablemente sea el momento más tenso en la historia de las Cumbres Iberoamericanas, al enfrascarse en una dura discusión con el mandatario cubano en la que ambos perdieron la diplomacia y se acusaron de crímenes contra la humanidad.

Cuando se acercaban las elecciones presidenciales, el presidente y su partido contaron con el apoyo declarado de la embajada estadounidense, que incluso, al final de su periodo, fue silencioso cómplice de las mentiras del asesor para América Latina del presidente George W. Bush, Otto Reich, quien advirtió que el envío de remesas sería detenido si el FMLN ganaba las elecciones.

La izquierda, en cambio, apostó a la cercanía con el gobierno bolivariano de Venezuela y públicamente declaró orgulloso sus fidelidades con la Cuba de Castro. Carente cada vez más de pensadores, y enconchado en sus propias aprehensiones, el Frente siguió radicalizándose.

Alienadas, las extremas se atrincheraron, y desde ahí lo decidieron todo, del bloqueo a la aprobación del presupuesto por parte del FMLN hasta el envío de tropas a Iraq que Flores acordó, desde principios de 2003, con Bush y Aznar.

Más que en función de plenas identidades ideológicas, las fuerzas políticas actuaban, y siguen actuando, movidas por sus propias ansiedades y su posición con respecto al otro. La dialéctica de los polos copó todos los espacios y dio paso al atropello, el abuso y el protagonismo de los más recalcitrantes. Hoy, las extremas han llegado al extremo de imponer como normas de coexistencia la sospecha y la zancadilla. Hablan cada vez más sumidos en sus trincheras y, en el camino, han desnaturalizado las instituciones del Estado.

ASAMBLEA, MEDIOS Y ZANCADILLAS

El parlamento no es el lugar de convivencia política que dicta su existencia. Ni siquiera es el de la representación de las circunscripciones nacionales. Es, por el contrario, el escenario de máxima expresión de las confrontaciones, la parálisis y el atropello. A tal grado que, cuando el Ejecutivo necesita negociar con la oposición, lo hace fuera del recinto legislativo y a través de otros intermediarios, por lo general funcionarios del gobierno y no legisladores del partido.

Las pocas iniciativas del gobierno que han contado con el voto de la oposición, como la aprobación de los fondos del Milenio, fueron concertadas en Casa Presidencial, no en la Asamblea. Y podríamos hacer un repaso por otras instituciones: la Corte de Cuentas, el Tribunal Supremo Electoral, la Fiscalía, la Corte Suprema... todas instituciones clave manejadas como territorios partidistas, como cuotas de poder político, alienados por una polarización que lo permite todo con el objetivo de hacer tropezar al rival aun a costa del funcionamiento efectivo de un sistema democrático, que fue nuestra aspiración declarada en los Acuerdos de Paz de 1992.

De esta dinámica tampoco escapan los medios de comunicación, y permítanme, por una vez, y para no pecar de omisión o arrogancia, hablar de los medios en tercera persona, como ciudadano y no como director de una empresa de información llamada *El Faro*.

Concebidos, la mayoría de los medios, como negocios antes que como instituciones con una función social clave, los propietarios en su mayoría suelen decantar sus decisiones entre el ser, entendido como los intereses de los anunciantes, y el deber ser, asimilado como lo que el dueño del medio cree que es mejor para el país.

Entre la mayor parte de los medios de comunicación ambos intereses coinciden y se entregan, sin ningún pudor, a la planificación de una pauta que no afecte los intereses de los anunciantes ni del partido en el gobierno, y creen que no sólo es rentable, sino además correcto. Al otro lado del espectro político, otros medios creen que hacen lo contrario, atacando al gobierno y al empresariado sin ningún método, creyendo que con eso colaboran a la creación de una nación distinta.

Periodísticamente hablando, ambos cometen el mismo pecado, y fallan en su función social, la de informar a los ciudadanos. Son los principales responsables del desaprovechamiento de una de las mayores conquistas de la paz, la libertad de expresión, y hacen una considerable contribución a la polarización del país.

En los periodos electorales las redacciones están sujetas a las mismas ansiedades que corren por los centros de campaña de los partidos políticos, y los medios suelen prestarse para dar voz a los mayores absurdos expresados por una u otra extrema para golpear al contrincante, sin sustentos. Los demás partidos están prácticamente ausentes, porque la democracia sigue siendo entendida simplemente como la posibilidad de llegar al poder. La mayor ausencia en el periodismo nacional es hoy la capacidad y la voluntad de cuestionar, de corroborar, de rebatir, de reflexionar sobre nuestro rol social. Y de esto también se aprovechan las extremas.

A estas alturas, ARENA y el FMLN han perdido ya el sentido de sí mismos, y les es imposible identificarse si no es a través del rechazo al enemigo. Basta con ver las últimas campañas electorales, y los más recientes movimientos en el interior de estos partidos, para confirmar que su unidad reside en la postura frente al otro.

En la convención por los 25 años de ARENA, en agosto de 2006, el presidente de la República y del partido dijo textualmente: “El enemigo es el FMLN”. Y son palabras pronunciadas en 2006, a casi tres años de las próximas elecciones.

LA MERCANCÍA ELECTORAL Y LA COSA PÚBLICA

Para reclamar la unidad partidaria, el discurso necesariamente pasa por posicionarse frente a la otra extrema. Pero, a diferencia del conflicto armado, sin pretender aniquilarla, porque esto significaría también un suicidio: la pérdida de su propia razón de ser.

Las consecuencias de esto, si bien pueden significar una rentabilidad electoral o la consolidación de liderazgos internos, es muy poco conveniente para el país. Siendo apenas una democracia emergente, hasta hoy ha resultado en la parálisis del Estado y en instituciones débiles, porque el estado de derecho sólo es importante en tanto no debilite la posición de poder de quienes lo ostentan, en todos los niveles de gobierno.

Con sus encendidos discursos disfrazados de ideología, pero manejada como una mercancía electoral, las extremas han cerrado espacios al diálogo y enajenado la discusión sobre el país. Han colaborado a mantener una violencia verbal y cultural que se nutre de las confrontaciones y las manipulaciones de las que deberían ser políticas de Estado, pero que son apenas políticas de partido.

Hoy son una verdadera rareza, casi exótica, quienes desde los partidos políticos intentan dar sus aportes a partir de la reflexión sobre cómo convertir al país en un lugar mejor para todos y en el que participemos todos.

La riqueza de una democracia no reside en la unidad de pensamiento ni en la ausencia de contrastes. Todo lo contrario, las visiones diferentes son las que enriquecen y dan sentido a una democracia, pero sólo cuando el sistema es capaz de administrarlas. Sólo cuando las instituciones, emanadas y sustentadas por el gran consenso de una nación, plasmado en su carta de Constitución,

son lo suficientemente fuertes como para escapar a las tentaciones de grupos de poder y los intereses sectoriales y políticos.

Pero cuando éstas son instrumentalizadas en función de otros objetivos, el debate político no encuentra espacios para dirimirse sanamente. Se abren las puertas a la corrupción y se pierde la condición de igualdad ante la justicia. Se pierde, incluso, el significado común de los conceptos que asumíamos como convenciones. Los partidos políticos pierden capacidad para servir de interlocutores y representantes, para aportar a la construcción de una mejor sociedad en la que todos tengamos cabida. Entonces se vuelven menos útiles y menos confiables. Entonces pierden credibilidad y dejan de ser también un espacio atractivo para la participación de hombres y mujeres que podrían aportar mucho, pero prefieren mantenerse al margen de la política partidaria.

Lo político es, por definición, lo concerniente a los asuntos de interés público. Los partidos políticos son, según nuestra Constitución, los vehículos de representación ciudadana. El artículo 85 de la Carta Magna señala que “el sistema político es pluralista y se expresa por medio de los partidos políticos, que son el único instrumento para el ejercicio de la representación del pueblo dentro del Gobierno”.

La descripción de un sistema político polarizado, como el nuestro, podría dar lugar a concluir que El Salvador es, consecuentemente, un país polarizado. Pero esta tesis se cae con sólo ver las encuestas de opinión sobre la aceptación de partidos políticos en El Salvador. La de Latinobarómetro de 2003 registra que el 61 por ciento de los ciudadanos se declaran sin afinidad por los partidos políticos, y menos del 5 por ciento dicen ser “muy afines” a los partidos de su preferencia.

Las diversas encuestas realizadas sobre confianza en los partidos políticos registran, en el más conservador de los casos, a más del 75 por ciento de la población expresando desconfianza hacia los partidos políticos. Los enfrentamientos y el discurso

polarizante parten de las dirigencias partidarias, no de sus militantes ni de los ciudadanos.

El Salvador no es un país tan polarizado. Las sospechas y las zancadillas políticas de las extremas no se trasladan, al menos en el terreno de las ideologías o el pensamiento político, a la ciudadanía. Sociedades como la estadounidense, la venezolana o la española muestran características de mayor polarización que la salvadoreña.

Las multitudinarias manifestaciones en Caracas a favor y en contra del presidente Hugo Chávez, durante el paro general de 2003, o las que sellaron la salida del gobierno de Aznar, en Madrid, difícilmente podrían reproducirse en San Salvador. Como tampoco los críticos discursos que surgen de las universidades estadounidenses contra el gobierno de George Bush o las abrumadoras diferencias entre el voto de las grandes ciudades como Nueva York, Washington y Los Ángeles y el llamado corazón estadounidense, compuesto por pequeñas y conservadoras comunidades. Si bien la polarización en Estados Unidos está principalmente reflejada en los medios de comunicación y el Congreso, la diferencia es que allá los congresistas responden en mucha mayor medida a los intereses de sus distritos que a dictados partidarios, y por tanto su rol es más representativo. En el caso de España y Estados Unidos, la institucionalidad es capaz de manejar las diferencias sin que éstas pongan en crisis al Estado.

El hecho de que aquí la política no domine a tal grado la vida ciudadana no es un signo de madurez política o sosiego civil. Es, sobre todo, una confirmación del desencanto ciudadano con respecto a sus representantes, que se ha expresado en la última década con una marcada disminución de la participación masiva en la política, entendida no sólo como la emisión de votos sino como la organización, movilización y compromiso de los ciudadanos por la cosa pública.

Los partidos se han quedado atrás como facilitadores de soluciones a las demandas de los ciudadanos. A pesar de los

riesgos, es más fácil, más seguro y más esperanzador abandonar el país que involucrarse en proyectos políticos o esperar a que los partidos y gobiernos solucionen nuestros principales problemas. En este andar, en El Salvador ha desaparecido una buena parte de la clase media, y con ella también la masa crítica.

Atrapados en la dinámica de los polos, aquellos que intentan incidir en el sistema político a través de aportes inteligentes, reflexivos y críticos terminan siendo aplastados por las máquinas electorales y las voces más recalcitrantes.

PROYECTOS DE NACIÓN, LÍDERES Y TEJIDO SOCIAL

Si el fin último de una sociedad es la producción de mayor felicidad, las extremas políticas salvadoreñas no aportan ahora, socialmente, casi nada. Carecen de un proyecto de nación, tanto propio como en conjunto, porque apenas luchan por conservar su proyecto de partido y sus cuotas de poder.

Si la derecha teme a un cambio económico y político, y por ello queda a merced de otros intereses mucho más egoístas, la izquierda es también incapaz de propiciar ese cambio y de estructurarlo en un proyecto serio de mayor justicia social y equidad. Protesta a cada oportunidad por el modelo económico, pero no propone una alternativa coherente.

Las necesidades y la realidad nacional han causado algún efecto. Un intento de reforma fiscal, que se quedó a medio camino, fue suficiente para que el Estado recibiera \$300 millones más en ingresos, aunque le acabó costando la cabeza al Ministro de Hacienda, por atreverse a tocar los intereses del gran capital. Pero la realidad sigue empujando.

A ello hay que agregar otro elemento que me parece de suma importancia: El Salvador se ha quedado sin animadores de la nación. Como tales me refiero a aquellos líderes que son capaces no de solucionar nuestros graves problemas, sino, al menos, de inspirar a la ciudadanía y llevar esperanzas de un futuro mejor.

En estos momentos no alcanzo a ver ninguna estructura partidaria ni a individuo alguno capaz de convencer a la ciudadanía de que vale la pena quedarse a trabajar por El Salvador, que la integración familiar y la reconstrucción del tejido social es más importante que las remesas y que el país puede, si todos trabajamos juntos, como sociedad, crear oportunidades que permitan una vida más digna para todos.

Ni siquiera veo a nadie estimulando la autoestima nacional, o recordando las glorias de nuestra historia, ésas que nos forjaron como nación, de no ser por las deplorables bravuconadas de las extremas ensalzando su propia versión del conflicto armado.

Si uno de cada tres salvadoreños ya vive afuera del país, y más de la mitad de los que permanecemos aquí declara que quiere irse, hay algo que no está funcionando. Los jóvenes, que componen la mayor parte de nuestra población y además cuentan con la enorme ventaja de no cargar con las calenturas de la generación de la guerra, hacen muy pocas aportaciones a la vida intelectual, política y social del país.

Mientras las extremas pretenden dominar todos los espacios institucionales, la nación continúa avanzando a su propio ritmo. Ese país real, el de la emigración, el crimen organizado, la corrupción y el desorden, ha rebasado totalmente al país oficial, en el que el tráfico de migrantes es ilegal, la mano dura ha sido durante años la punta de lanza de la estrategia de combate al crimen, en el que hasta las áreas naturales protegidas por el Estado son mercados de manera irregular y los estudios de ordenamiento siguen engavetados.

Las soluciones a nuestros problemas, ciertamente, no pueden estar solo en las manos de los funcionarios y los partidos políticos. Pero la polarización es responsable de la parálisis del Estado para dar solución a muchos de esos problemas, y del desencanto de la ciudadanía para ayudar en la construcción de un verdadero proyecto de nación.

Esta inoperancia es hoy la principal amenaza a la democracia. A la mayor parte de la población salvadoreña le preocupan menos las ideologías de izquierda o derecha que su seguridad física y económica. A estas alturas, están dispuestos a elegir a cualquiera que sea capaz, en realidad o en apariencia, y por cualquier método, de garantizarles que podrán salir a trabajar sin el riesgo de que alguien les ponga una pistola en la cabeza. A partir de ahí, las preocupaciones por la democracia, la institucionalidad o el estado de derecho están en un plano muy inferior entre sus prioridades.

Hoy esta debería ser la principal preocupación de los polos políticos. Si su dominio, hasta ahora, ha estado sujeto a su diferenciación del otro en los peores términos, su sobrevivencia pasa hoy por la modernización y el replanteamiento de sus funciones en la sociedad salvadoreña.

Los partidos políticos aún tienen mucho que aportar al país, a la definición de una estructura de Estado y una concepción de nación en la que quepamos todos. Pero para ello necesitan modernizarse y abrir los espacios para sus militantes más inteligentes, críticos y capaces. Necesitan volverse nuevamente útiles para el resto de la población.

Y el país, también, así los necesita.

III. EVOLUCIÓN DE LAS FUERZAS POLÍTICAS NACIONALES: DE LA “POLARIZACIÓN” A LA INTERACCIÓN

DAVID ESCOBAR GALINDO

Estamos en 2007. Han transcurrido 15 años desde el 16 de enero de 1992, cuando se firmó el Acuerdo de Paz que le puso fin al conflicto bélico interno, que el Presidente Alfredo Cristiani calificaría, en su primer Mensaje Presidencial, como “injusto y fratricida”. Injusto porque sus consecuencias directas de destrucción y angustia caían en primer lugar sobre los ciudadanos inocentes; y fratricida porque los hermanos se habían ido volviendo enemigos, y las distorsiones profundas del esquema de vida nacional imperante durante largo tiempo habían convertido esa enemistad estructural en furia mutuamente eliminatoria, en el sentido literal y sangriento del término.

La paz nos encontró con un enorme trabajo por hacer y con escasa preparación orgánica para ello. Era natural que así ocurriera, ya que precisamente hubo necesidad de una solución política de la guerra porque los trastornos, insuficiencias y vicios del sistema político imperante durante largo tiempo fueron los detonadores finales del conflicto, y el Acuerdo de Paz estaba creando un nuevo escenario para el desarrollo democrático del país. En otras palabras: estábamos inaugurando escenario sin contar aún con obra que montar, aunque hubiera un esbozo esencial de su contenido (la construcción de una sociedad integrada con los instrumentos propios de la democracia), y teniendo como actores emergentes a

los mismos que habían nacido a comienzos de la guerra, como productos de la necesidad de liderazgos políticos durante el conflicto.

Tanto ARENA como el FMLN eran hijos de la guerra, y de pronto tenían que ser sujetos de la paz. La reconversión se volvía imperativa, con la urgencia que determinaba la aceleración del fenómeno histórico; y a partir de ahí es posible entender muchos de los quebrantos de adaptación que han tenido que ir sobrellevando en este camino tan urgido.

El caso salvadoreño, en este punto clave de los sujetos políticos de la transición, presenta características muy originales, sin parangón con otras experiencias más o menos similares en el entorno latinoamericano. En primer lugar, éste es el único país en que las dos fuerzas predominantes, representativas sin posible equívoco de la derecha y de la izquierda respectivamente, nacieron fuertes, afrontaron sin perder fuerza los desafíos del conflicto bélico, salieron fuertes de la solución negociada de la guerra, han seguido siendo fuertes a lo largo de estos 15 años de posguerra democratizadora y hay muy claros indicios de que mantendrán esa fuerza en el futuro, sin que hasta el momento haya indicios de que pudieran surgir fuerzas alternativas que desplacen a cualquiera de ellas de los sólidos lugares que ocupan. Que las cosas hayan sido, sean, y que se prevea tan claramente que sigan siendo así tiene, sin duda, un sentido profundo. Y ese sentido profundo hay que ir a rastrearlo, en primer lugar, en el imperativo nacional de contar con un sistema político que no sólo sea formalmente pluralista, sino realmente interactuante.

Podría interpretarse, en forma natural y fundada, que la más antigua aspiración de la sociedad salvadoreña ha sido la puesta en práctica de su pluralismo consustancial; y el hecho de que tal aspiración haya sido negada en forma abusiva y artificial por tanto tiempo le ha dado aún más fortaleza y determinación.

Mientras en otros países de América Latina se anda todavía en busca de estructurar sujetos alternantes de diferente signo ideológico, para asegurar la salud del pluralismo, en El Salvador

esos sujetos están presentes desde el tiempo de la guerra. Lo que en nuestro caso falta no son los sujetos, sino que dichos sujetos asuman la soltura pragmática que los tiempos imponen, aquí y en todas partes. Pero tener ya los sujetos, uno frente al otro, sin posibilidad de confusión, sin riesgo de complicidad mutua, en un ejercicio competitivo que trasciende las voluntades de los mismos porque está sustentado por la dinámica histórica y no por el voluntarismo circunstancial de las fuerzas que vienen y van, es una ventaja que los salvadoreños no valoramos en su verdadera magnitud, y que a los sujetos mismos les crea más ansiedades que autorreconocimiento.

Esta suerte de negación ansiosa de las evidencias del espejo histórico no es un defecto constitutivo del proceso, sino una falla refleja de la desconfianza aprendida a lo largo de una deformación persistente en el tiempo: la deformación autoritaria en clave atávica, que prohíja la deformación totalitaria en clave utópica. Al desfondarse el autoritarismo y desvanecerse el totalitarismo como fórmulas sacralizadas, los sujetos políticos supervivientes son, en buena medida, piezas flotantes del naufragio, y eso explicaría que tengan que procesar sus propios y radicales miedos antes de poder salir a la superficie natural de una competencia sin fantasmas.

Hay factores de recorrido que inducen eso que, en términos genéricos, viene calificándose en el ambiente como “polarización”. ¿En realidad hay dos “polos” en la escena partidaria del país? Al hacer un análisis desapasionado de lo que ocurre, lo que va quedando a la vista es, más bien, un ejercicio de competencia electoral que conserva muchas de las imágenes rudimentarias del pasado, las que interfieren constantemente con los dinamismos actuales de la realidad “real”. Para que los partidos estuvieran verdaderamente “polarizados” tendrían que tener muy claras sus opciones ideológicas, muy definidas sus estrategias de poder y muy afinados sus mecanismos internos para sostener la ideología y la estrategia. Ninguna de esas tres cosas se da en la práctica, ni en la

derecha ni en la izquierda. Por el contrario: lo que resalta es una especie de equiparación de experiencias evolutivas, que viene a ser una peculiar versión de “vidas paralelas”, con una sola diferencia funcional inequívoca: el hecho de que ARENA haya estado al frente del poder central del Estado desde hace ya casi 20 años y, en cambio, el FMLN sólo haya podido alcanzar algunas cuotas de poder, significativas, pero no suficientemente determinantes para medir a la izquierda con el poder.

Lo que en el lenguaje llano se llama entre nosotros “polarización” es sólo una expresión constrictora, derivada de esas ansiedades de aprendizaje que antes mencionábamos. Al salir de la guerra, ni la derecha ni la izquierda estaban entrenadas para la competencia democrática. Han tenido que ir aprendiendo en la calle de la realidad lo que no se les enseñó en la casa de la historia. Y, además, ir haciéndolo en tiempo récord. No están “polarizados”: están saturados de aprensiones.

Y aquí se da otra muestra patente de lo que son las “vidas paralelas”. El proceso tiene una lógica dinámica. El proceso ha funcionado, como energía histórica, de una manera fundamentalmente limpia. El libreto nacional cuenta con las bases de la acción, aunque desde luego deje constantes salidas para la improvisación necesaria. Pero los actores principales, ya en escena y ante el público, siguen aún dudando de su memoria textual; y por eso repiten parlamentos ya dichos, ante la impaciencia de la audiencia, que es el país.

A estas alturas hay, entonces, tres tareas que son cada vez más inaplazables: que los partidos definan sus propios perfiles ideológicos, que esa definición se convierta en un espacio para la interacción y que la interacción refuerce la lógica de la competencia. Cuando decimos que se definan los perfiles ideológicos no quiere decir que se postule la reideologización conforme a los cánones absolutistas del pasado, sino, por el contrario, que esa definición establezca los límites de la respectiva ideología.

Ahora mismo, nadie sabe en realidad lo que es cada quien. ¿Qué es el partido ARENA: conservador, liberal o una mezcla no procesada de ambas cosas? ¿Qué es el FMLN: socialista a la antigua, es decir, resabio del soviétismo, o socialista en transición hacia formas de vigencia actual? El que no lo sepa la ciudadanía, porque para empezar tampoco lo saben ellos mismos, es una de las causas de desconcierto que más inciden en la práctica del proceso nacional.

No es posible interactuar de manera natural y eficiente, en ningún ámbito o situación, si los interactuantes potenciales no tienen claridad sobre lo que son, lo que representan, lo que quieren y lo que pueden. Por consiguiente, autodefinirse de manera inequívoca es requisito indispensable para relacionarse de manera fructífera. Nuestros partidos, al cargar con sus respectivas zonas de penumbra, interactúan más por lo negativo que por lo positivo. Están más preocupados por defender sus indefiniciones que por poner a funcionar sus fortalezas. Eso hace que el motor principal de la vida política sea el miedo, que es la más tortuosa y desgastante de las emociones.

Y como los interactuantes están ocupados en esas tareas tangenciales, que les absorben buena parte de las energías, la competencia se vuelve un apéndice de dicha lógica encerrada en sí misma. Es como si se manejaran en dos niveles al mismo tiempo: el de la sospecha continua y el de la sordera selectiva. Cualquier movimiento a su alrededor se percibe como peligro antes de cualquier otra consideración; y los sonidos de la realidad son oídos por cada quién no como lo que son, sino como lo que se quería que fueran.

Si los partidos aludidos fueran débiles, tendrían mucho más margen para permanecer en ese fuego de imágenes y contraimágenes, porque no tendrían la responsabilidad de gestionar el dinamismo principal de la democracia política, que es la competencia estabilizadora y productiva para el país. Pero son

fuertes, y ése es, paradójicamente, su mayor problema práctico. El ser fuertes, y el haber venido siéndolo por ya suficiente tiempo, les provee oportunidades pero, sobre todo, les agrega responsabilidades. Unas responsabilidades que, vistas las cosas como están en este momento, sólo pueden ser atendidas por una vía: la de la institucionalización.

Los partidos políticos están “polarizados” porque no están institucionalizados. Si fueran instituciones en el auténtico y completo sentido de la palabra, sabrían reconocer las potencialidades y las limitaciones de su respectivo poder como tales. Podrían enfrentar los desafíos de la competitividad y de la elegibilidad de forma natural y educativa. Como aún no son instituciones, esos desafíos se les presentan en forma de amenazas a las que hay que responder con mecanismos de defensa, en vez de hacerlo con persuasivas ofertas de futuro.

Y, para ser instituciones, necesitan idearios puestos constantemente al día, democratización interna, financiamiento transparente, y, sobre todo, una conciencia perfectamente asumida de su rol instrumental en el ejercicio de la democracia.

¿Y dónde está el principal impulso para que los partidos se institucionalicen? En la dinámica misma del proceso político. Porque, de no hacerlo, eso que ahora conocemos como “polarización” podría derivar en involución partidaria, lo cual le abriría al país la más riesgosa de las puertas: la que conduce a la paralización del aparato de partidos en beneficio del “aventurerismo” imprevisible, como se ha visto en otros países de América Latina.

IV. APUNTES SOBRE LA POLARIZACIÓN EN EL SALVADOR

HUGO MARTÍNEZ

I. UNA APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE POLARIZACIÓN.

Al revisar en el *Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española* nos encontramos con que una palabra muy utilizada por los políticos y estudiosos de la política tiene realmente más significados en el campo de la física que de la ciencia política.

Sin embargo, partiendo del significado más aplicable en el presente estudio (Polarizar: Orientar en dos direcciones contrapuestas),⁶ podríamos afirmar que la polarización, en el campo de la política, se refiere a la confrontación de posiciones antagónicas y aparentemente irreductibles.

La polarización no es mala si no conlleva a la exclusión, nos dice Alcántara⁷; y nosotros agregaríamos: sirve para contrastar diversos puntos de vista, conciliándolos en la medida de lo posible, obteniendo así una posición que limite los aspectos negativos de cada uno y aproveche los positivos de ambos.

Es natural, en una sociedad democrática, que haya polarización, sobre todo cuando existe una marcada gama de partidos políticos que va desde las derechas hasta las izquierdas, en la que fundamentalmente hay dos partidos mayoritarios, con sus respectivas ideologías y aproximaciones a temas como el papel

⁶ Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española. Edición electrónica.

⁷ *Las instituciones democráticas en El Salvador: Valoración de rendimientos y plan de fortalecimiento*. FUSADES. San Salvador, 2006.

del Estado, los derechos humanos, Estado de bienestar, sistema impositivo, distribución presupuestaria, inversión social, servicios públicos, economía versus ecología, libertades civiles versus seguridad, política salarial, descentralización, privatizaciones, regulaciones económicas, proteccionismo versus libre comercio, política internacional, etcétera.

El sistema político salvadoreño ha sido definido por varios analistas como un pluralismo polarizado con dos partidos políticos dominantes y más de tres partidos políticos relevantes donde los dos partidos mayoritarios (ARENA y FMLN) representan los dos polos que se ubican en los extremos de la competencia política.⁸ Los resultados de la elección presidencial del 2004 nos dan una idea de la fuerza que representan los dos polos del sistema político salvadoreño, al reunir el 93.39% de los votos.⁹

Frente a este sistema político polarizado, trataremos de analizar, al menos en forma enunciativa, sus causas, sus características, sus efectos, y esbozaremos algunas ideas que podrían contribuir a eliminar aquellos efectos negativos de la polarización.

Aunque en el presente trabajo se pretende abordar los temas enunciados en el párrafo anterior, dada la amplitud de éstos y las limitaciones de espacio, la mayoría se presentan de manera descriptiva o enunciativa y no con la profundidad que ameritan.

II. SOBRE LA CAUSAS DE LA POLARIZACIÓN EN EL SALVADOR.

Aunque algunos atribuyen, en forma simplista, la polarización a la herencia del conflicto armado¹⁰, al profundizar en el análisis podemos encontrar que tiene a su base una serie de causas

⁸ *La cultura política de la democracia en El Salvador 2004*. USAID, Vanderbilt University, IUDOP, FUNDAUNGO, ARD y Creative Associates Int., San Salvador, 2005.

⁹ Resultados oficiales según el Tribunal Supremo Electoral.

¹⁰ Ver: *Las instituciones democráticas en El Salvador: Valoración de rendimientos y plan de fortalecimiento*. FUSADES. San Salvador, 2006.

estructurales como el modelo económico, la cultura política, la falta de instituciones democráticas adecuadas y el autoritarismo, entre otras.

Tomando en cuenta que la hipótesis del conflicto armado ya ha sido analizada por otros autores, y no la encontramos lo suficientemente sustantiva, enfocaremos algunas de las causas estructurales que hemos mencionado.

1. El modelo económico. El fundamentalismo económico neoliberal aplicado en los últimos 18 años por los sucesivos gobiernos de ARENA ha dejado evidencia de sus efectos negativos en la sociedad, como el desproporcionado e injusto reparto de costos y beneficios, la profundización de la desigualdad, el aumento de la exclusión, el insuficiente crecimiento económico y la disminución de la planta productiva.

Estos efectos negativos han generado el caldo de cultivo para una mayor polarización, por los niveles crecientes de exclusión en lo económico y social.

En adición, los gobiernos de ARENA han ignorado los permanentes y crecientes cuestionamientos de la población a su política económica,¹¹ así como los señalamientos específicos de organismos internacionales.

Asimismo, hay una resistencia a la necesidad de aplicar medidas compensatorias que minimicen los efectos negativos, de tales medidas; por ejemplo, la necesidad de una mayor inversión social, la defensa del consumidor, una política social que no se limite al asistencialismo, correcciones del mercado, subsidios, libre competencia y protección ambiental.

Por otra parte, existe una evidente e inmoderada influencia del poder económico para definir la política económica, en beneficio de una minoría y afectando los intereses de la mayoría. Así lo hemos visto en los casos de la reforma fiscal, los tratados de libre comercio

¹¹ Encuestas del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA muestran que más del 87% de la población pide un cambio de rumbo en la economía.

y el plan nacional de turismo, entre otros.

2. Manipulación de la institucionalidad. Existe una constante manipulación de la exigua institucionalidad y del Estado de derecho, anulando los controles y balances del poder consustanciales a la democracia, como en los casos de la Asamblea Legislativa, Corte Suprema de Justicia, Corte de Cuentas de la República, Tribunal Supremo Electoral, el Registro Nacional de las Personas Naturales y la Fiscalía General de la República.

3. Ausencia de alternancia. Consideramos que la polarización se ha agravado por la ausencia de alternancia y sus consecuencias, como el deterioro de la gestión gubernamental, desnaturalización del ejercicio del poder, tendencia creciente a la involución institucional, manipulación de los aparatos de Estado, fraudes de ley y/o constitución, anulación de pesos y contrapesos, desnaturalización de la publicidad gubernamental, confusión del quehacer del gobierno con el del partido oficial, etcétera.

La ausencia de alternancia ocasiona también en el partido gobernante, y en los sectores dominantes que representa, una creciente negación de aceptar la posibilidad de perder el gobierno y, en la oposición, ansiedad por obtenerlo.

Todo esto se agrava por la incomprensión del gobierno de los roles naturales de la oposición, que implican la crítica, la exigencia de transparencia y de rendición de cuentas; la demanda de participar en decisiones, la búsqueda de influencia en las políticas estatales (presupuesto, impuestos, etcétera) y el debate sobre democracia representativa versus democracia participativa.

La incomprensión de las prácticas anteriores hace que el gobierno busque descalificarlas, señalándolas como desestabilización, sobre todo cuando la oposición hace un acompañamiento “cuestionable” a ciertas formas de protesta popular.

4. Tratamiento electorero de los grandes problemas nacionales. También podemos observar un tratamiento electorero de los grandes problemas nacionales, así como la satanización de

las propuestas diferentes a las oficiales. Como ejemplos podemos citar el tratamiento del problema de la delincuencia con los planes *mano dura* y *súper mano dura*, la amenaza de la pérdida de las remesas familiares con el triunfo de la oposición y la evocación de la guerra.

Todo esto, acompañado del evidente activismo de algunos medios de comunicación, que manipulan la información respondiendo a esos manejos electoreros, contribuyendo así a peligrosas formas de polarización.

5. Creciente marginación política. Podemos hablar también de una creciente marginación o exclusión política, al ignorarse las opiniones de la oposición, de la sociedad civil y de la ciudadanía en general con respecto a la toma de decisiones de trascendencia nacional, como en los casos de la aprobación de la dolarización, el envío de tropas a Irak y las reformas al sistema de pensiones.

Todo lo anterior ocurre mediante un ejercicio arbitrario del poder que ha quedado evidenciado en los diferentes “madrugones” en la Asamblea Legislativa, las actuaciones “teledirigidas” de la Corte de Cuentas y las resoluciones “a conveniencia” de la Corte Suprema de Justicia.

6. Tratamiento simplista de los problemas nacionales. Finalmente, es importante mencionar que en algunas ocasiones se presenta un tratamiento simplista y hasta demagógico de los grandes problemas nacionales, como: desempleo, crisis del sistema de salud, privatización, presupuesto, préstamos y otros.

III. ¿POLARIZACIÓN POLÍTICA O POLARIZACIÓN SOCIAL?

En el debate político es usual intentar una caracterización de la polarización atendiendo a su naturaleza política o social.

Es importante entonces plantearnos la pregunta: ¿Estamos en El Salvador en presencia de una polarización política o de una polarización social? En este sentido pretendemos aportar algunos

elementos que consideramos importantes para que se pueda hacer una aproximación de respuesta.

Hemos observado que tradicionalmente, ya sea por comodidad o por simple costumbre, se ha debatido únicamente sobre la polarización política y se ha atribuido a las dirigencias de los partidos la responsabilidad total de dicha polarización; sin embargo, es importante considerar algunos elementos que podrían indicar que no sólo los partidos políticos están envueltos en el fenómeno de la polarización, sino también una buena parte de la sociedad.

Algunos de estos elementos podrían ser:

- Los resultados electorales y las encuestas reflejan un alineamiento de la mayoría de la sociedad alrededor de los dos partidos mayoritarios que constituyen los polos en el país.
- Los recurrentes intentos fallidos de terceras opciones; ya que en tan solo 15 años transcurridos desde la firma de la paz, hemos presenciado al menos 4 intentos de presentar una tercera opción política en el país que han fracasado.
- El alineamiento de amplios sectores de la sociedad civil en relación con los dos principales polos, como grupos de presión, medios de comunicación y ONGs.
- La toma de posición significativamente mayoritaria en algunos temas como la privatización de la salud, el problema del agua, las tropas en Irak, la destrucción de la finca El Espino y el incremento de los costos básicos de la electricidad, combustible y telefonía.

Por otra parte, existen también ciertos elementos que inducen a dudar de que estemos frente a un fenómeno de polarización social, entre los cuales podemos mencionar:

- Un movimiento social con constantes reflujos, que no ha podido recuperar los niveles organizativos y de incidencia que tuvo antes y durante el conflicto armado.
-

- La opinión pública y las acciones de la sociedad civil, salvo ciertas excepciones, se manifiestan fundamentalmente en el área metropolitana, y no evidencian una cobertura nacional.
- Falta una reacción enérgica y activa frente a grandes problemas como el costo de la vida, la dolarización, la involución institucional y la delincuencia.

Ante estos elementos, podría trazarse la hipótesis de un proceso de polarización creciente, pero no significativo, dentro de las organizaciones de la sociedad civil y de la población.

IV. SOBRE LAS CONSECUENCIAS DE LA POLARIZACIÓN

La caracterización que se ha hecho de la polarización –normal en todo sistema democrático– se convierte en un peligro inminente para la sostenibilidad del sistema, cuando se traduce en:

a) Imposibilidad de definir políticas públicas requeridas por el Estado, que sean indispensables para su existencia, por encima de cualquier postura partidista, como en los casos de seguridad, salud, educación y deuda pública.

b) Fracaso en la ponderación de posiciones irreductibles para avanzar en la búsqueda de consensos en asuntos importantes, como salarios, presupuesto, rol del Estado y controles institucionales.

La pobre existencia de la institucionalidad democrática y la falta de respeto hacia ésta se convierten en el prerrequisito fundamental para que las dos condiciones anteriores pongan en grave riesgo al sistema político. Esta pobre institucionalidad democrática hace que, en El Salvador, las mayorías parlamentarias se formen con base en la aritmética legislativa, como reparto, y no como un proceso de concertación.

Como caso contrario podemos citar el de España donde, luego de un proceso de transición a la democracia y de fundación y o

refundación de sus instituciones, se enfrenta hoy un fenómeno de polarización que, de no ser por las solidez de sus instituciones, habría hecho caer al país en una grave crisis.

Los fenómenos que provoca la polarización en un país con una pobre institucionalidad desnaturalizan un punto clave en el ejercicio democrático (gobierno de la mayoría que toma en cuenta a la minoría), dificultan la gobernabilidad, deterioran la institucionalidad misma y, en última instancia, afectan la legitimidad porque minan la credibilidad de la sociedad en el sistema político.

Esto último se puede constatar en los pobres niveles de confianza en las instituciones políticas que expresa la población y se refleja en diferentes estudios.¹²

Por consiguiente, nos arriesgamos a sostener que, si el país contara con una institucionalidad democrática verdadera, la polarización, por fuerte que se presentara, difícilmente pondría en riesgo el sistema político salvadoreño.

V. SOBRE LAS MEDIDAS PARA LA DESPOLARIZACIÓN

En realidad, más que hablar sobre medidas para la despolarización, deberíamos abordar aquellos aspectos que nos permitan crear un ambiente en el país, el cual, aun a pesar de la polarización, logre que exista la estabilidad política democrática que se necesita para un sostenible desarrollo productivo con equidad.

De nuestra aproximación sobre las causas de la polarización, podemos arribar a las siguientes recomendaciones:

1. Fortalecimiento de la institucionalidad democrática. Es necesario priorizar el fortalecimiento de la institucionalidad democrática, campo en el cual se cuenta con sobradas recomendaciones hechas por la oposición y compiladas por

¹² Al respecto ver: “La crisis de los partidos políticos en América Latina”, por Ricardo Córdova, en: *Un desafío a la democracia: los partidos políticos en Centroamérica, Panamá y República Dominicana*. BID, IDEA, OEA, PNUD. San José, 2004.

instituciones como FUSADES, algunas de las que nos permitimos mencionar a continuación:

- Mejoras en las relaciones Ejecutivo–Legislativo, encaminadas a lograr una verdadera independencia entre órganos del Estado, mejorar la transparencia en el proceso de toma de decisiones, mejorar los mecanismos de rendición de cuentas y fortalecer la contraloría social.
- Fortalecimiento del Órgano Judicial, despartidizando la Corte Suprema de Justicia, rediseñando sus estructuras funcionales, volviendo más eficiente la administración de justicia y consolidando el Estado de Derecho.
- Fortalecimiento del Ministerio Público, particularmente aquellas dependencias que tienen relación directa con la vigencia de los derechos humanos, seguridad e investigación del delito.

2. Reforma política. Se debe realizar una profunda reforma política que incluya, entre otros aspectos:

- Saneamiento del Tribunal Supremo Electoral. En el marco de un clima electoral más competitivo que podría desembocar en resultados electorales cada vez mas cerrados,¹³ es necesario contar con una autoridad electoral que sea confiable y respetada por las diferentes expresiones políticas. Para lograr lo anterior se debe separar las funciones jurisdiccionales y administrativas del Tribunal Supremo Electoral, lograr un mecanismo de elección que obligue al consenso entre las diferentes fuerzas políticas y profesionalizar a los funcionarios del TSE.
- Ejecutar el acuerdo de voto residencial lo antes posible, aspecto que seguramente facilitará la expresión

¹³ Tomemos como ejemplo los resultados de las elecciones municipales del 2006 en el municipio de San Salvador, que se definieron por una diferencia de 40 votos. Fuente: Tribunal Supremo Electoral.

ciudadana por medio de una participación masiva en los eventos electorales.

- Impulsar la conformación proporcional de los Consejos Municipales como mecanismo para promover la concertación en el nivel local y facilitar la contraloría social.
- Promover la aprobación de una ley de partidos políticos que regule la actuación de éstos y su financiamiento.

3. Una agenda de consenso sobre los temas de país. Es evidente que se necesita una agenda nacional que incluya un compromiso con respecto a los grandes temas de país, como la seguridad, la salud, la educación y el medio ambiente.

No se puede permitir que se siga haciendo cálculos electorales con esos temas; la ciudadanía demanda soluciones, y algunos partidos deben demostrar en la práctica, y no solamente en la retórica, que están dispuestos a trabajar en una solución estructural al problema de la delincuencia, que están dispuestos a invertir en salud y educación, y que están dispuestos también a proteger el medio ambiente.

4. Estimular la concertación y búsqueda de consensos. Se debe estimular a todo nivel la concertación y la búsqueda de consensos como mecanismos para el desarrollo democrático.

Hemos sostenido que es necesario superar la creencia de que la responsabilidad del consenso o de la polarización es únicamente de los partidos políticos, pues somos del criterio de que, si no se involucran en estos procesos todas las fuerzas vivas del país, muy difícilmente se llegará a feliz término.

En este contexto, es importante mencionar que, en el marco del décimo quinto aniversario de la firma de los Acuerdos de Paz, se inició un tímido proceso de concertación entre el Partido de Gobierno y el FMLN, que fue extensivo a los demás partidos políticos, un proceso que buscaba compromisos importantes en materia de seguridad, política fiscal y reforma electoral.

Los prejuicios e intereses de algunos sectores de la derecha frente a temas como los Acuerdos de Paz y la reforma fiscal impidieron que se lograra la firma de un compromiso público de los partidos políticos.

Esta situación nos plantea el reto de que, si las organizaciones sociales, las iglesias, los medios de comunicación, los empresarios, los trabajadores y, en suma, los ciudadanos y ciudadanas no asumen una actitud protagónica y de control frente a este tipo de iniciativas o compromisos, éstos correrán el riesgo de no realizarse, o de convertirse en letra muerta, como otras iniciativas anteriores¹⁴.

5. Promover ciudadanía. Uno de los aspectos más importantes es el compromiso de promover ciudadanía. No podemos pedir una sociedad crítica y activa frente a los grandes problemas nacionales si no profundizamos los incipientes procesos de empoderamiento ciudadano iniciado con los Acuerdos de Paz, y que se ven amenazados por las minorías que se quedaron ancladas en la guerra.

El escritor francés Víctor Hugo¹⁵ dijo, hace muchos años, que cada vez que se abre una escuela es como si se cerrara una cárcel. Nada más vigente que esta afirmación en estos tiempos turbulentos y de inseguridad. La clave está en la educación, no sólo en la educación formal, sino también en la formación de la ciudadanía en los valores de la democracia, la justicia social y la participación ciudadana.

¹⁴ Recordemos el compromiso de reforma electoral firmado por los candidatos presidenciales en la campaña electoral de 1994.

¹⁵ Citado en: *Elogio de la convivencia*, Universidad para la Paz, 2003.

V. LA INSTITUCIONALIDAD COMO RESPUESTA A LA POLARIZACIÓN POLÍTICA

GLORIA SALGUERO GROSS

Para poder analizar si nos encontramos en medio de un fenómeno de polarización política o de polarización social en El Salvador, se vuelve necesario hacer un poco de historia y remontarnos a los años setenta, cuando el pueblo salvadoreño, hombres y mujeres, se vio en un callejón sin salida.

No vivíamos en democracia alguna, ni en un proceso democrático; por el contrario, había abusos serios del Órgano Ejecutivo, así como del Consejo Central de Elecciones, de la Corte Suprema de Justicia, e incluso de la misma Asamblea Legislativa. En esa época había realmente una limitante a la participación ciudadana, no había libertades ni de expresión ni de tránsito, hasta el punto en que el pueblo significativamente empezó a manifestar su descontento. Llegó un momento en el que ya no se pudo resistir más, y la Juventud Militar, acompañada de altos jefes militares, da el golpe de estado en 1979.

El golpe de estado ocurre porque era la forma en que los militares resolvían las situaciones complicadas, y la Constitución de ese momento, vigente desde 1962, era rígida y no permitía ningún tipo de reformas o transformaciones para lograr un proceso democrático. Debemos recordar la fecha del golpe de estado como un evento que marca la nueva historia de El Salvador. El país entra en la inconstitucionalidad, que se agudiza cada vez más con las

reformas contrainsurgentes: la reforma agraria, la reforma al comercio exterior y la reforma bancaria, que profundizaron la crisis aún más. En lugar de verter un efecto contrainsurgente, tuvo el efecto contrario, pues se fortaleció la desestabilización: el conflicto creció, se magnificó, se puso verdaderamente al país en una situación precaria y de caos, con un panorama sumamente oscuro, donde la polarización social creció tremendamente por el odio de clases.

Recordemos que a la década de los años ochenta se le llamó “la década perdida”. Fue una época que se debería mencionar constantemente a todos y cada uno de los salvadoreños, hombres y mujeres, para que no se repitan esos tiempos de verdadero conflicto, un conflicto interno en el cual se agudizó la confrontación no solamente de carácter político, sino también de carácter social, con la consecuente inseguridad e inestabilidad.

Fue entonces cuando, dada la presión que ejerció todo el pueblo salvadoreño, sumada a las presiones externas, se habló de iniciar un proceso democrático con la elección de una Asamblea Constituyente, que tendría la doble función de Constituyente y Legislativa.

Con este proceso se empezó a dar una cierta esperanza a la democracia. A pesar de que existía la destrucción de puentes, tendidos eléctricos, ametrallamientos, muertes, amenazas al votante, se llegó a las elecciones de 1982. El pueblo salvadoreño salió a votar, llegó a las urnas y se manifestó. Las elecciones de 1982 no fueron limpias, fueron fraudulentas, pero no había otro camino que aceptarlas, o continuar con el Estado *de facto*.

El primero de mayo de 1982 se instaló la Asamblea Constituyente–Legislativa; pero, a pesar de la representatividad de la Asamblea, la violencia y la destrucción por parte de la guerrilla continuaron.

La Asamblea de esa época, conformada por 60 diputados de los diferentes partidos políticos, empezó a trabajar para ver lo que

se había hecho desde el Gobierno *de facto* de 1979. Lamentablemente, por presiones tanto de la parte militar como de otros países, se vio obligada a ratificar todo lo que se había hecho en ese periodo, es decir: ratificar las expropiaciones y las confiscaciones y robos a través de la reforma agraria, reforma bancaria y reforma al comercio exterior. Al ratificarse, definitivamente se consolidaron todas esas malas acciones, que se dieron con un carácter político y que, hasta la fecha, estamos padeciendo.

También hay que recordar que todo esto ha traído consecuencias para la agricultura, pues el agro pasó a un segundo nivel, y casi a un tercero; se perdió la confianza en el derecho a la propiedad privada, y eso es de lo más duro que puede existir en una sociedad porque, cuando una persona tiene propiedad sobre algo, lo cuida, lo fortalece, lo mejora.

A pesar de todo lo anterior, y por la representatividad de la Asamblea, se entra en una nueva etapa, que es reincorporar al país a un estado de derecho. Vale la pena mencionar que entre mayo de 1982 y diciembre 1983 se elaboró la Constitución de la República de El Salvador, que se proclama el 15 de diciembre de 1983. Es una Constitución flexible, que norma hasta hoy la vida democrática e institucional de todos los salvadoreños y salvadoreñas.

En 1984 ganó las elecciones el Presidente José Napoleón Duarte. Sin embargo, la situación difícil de asesinatos, de ametrallamientos, destrucción de puentes, de todo tipo de atentados que dañaron a los salvadoreños y a la economía, hacía de El Salvador un verdadero caos. El Presidente José Napoleón Duarte habló de paz, pero dejó abiertas las puertas al fortalecimiento de la guerrilla; porque, al perderse el dominio y posesión de la propiedad, las tierras quedaron desprotegidas, y las propiedades a merced de la guerrilla. Así ellos podían moverse con más libertad y crecieron en su organización y sus actividades destructivas.

No es sino hasta las elecciones de 1989 que el licenciado Alfredo Cristiani es electo Presidente en una primera vuelta, llevando como

punto prioritario en su plan de gobierno buscar y lograr la paz en nuestro querido El Salvador, para beneficio de todos, hombres y mujeres. También buscaba establecer una economía de mercado y crear las condiciones para mejorar el nivel de vida de la población, especialmente de aquéllos que vivían en la extrema pobreza.

Con el objeto de alcanzar estas metas, se inició el periodo de la búsqueda de la paz, a través de la comisión nombrada por el Presidente Cristiani. Es así como se entabla un diálogo con la guerrilla, en ese momento formada por diferentes grupos, como FPL, RN, ERP, PCS y el PRTC, unificados bajo el nombre de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). En este diálogo fueron varios los temas abordados, entre ellos las reformas constitucionales, el respeto a los derechos humanos, el monitoreo internacional, etcétera.

El diálogo culminó con la firma de los Acuerdos de Paz del 16 de enero del 1992, en Chapultepec (México). Como resultado de los acuerdos se realizó una reforma estructural profunda del Estado, se definió un nuevo papel de las Fuerzas Armadas, se creó la Academia Nacional de Seguridad Pública, la Policía Nacional Civil, la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos. La Corte Suprema de Justicia cambió radicalmente su estructura, conformación y elección; también en la Fiscalía General de la República sus miembros pasan a ser electos por mayoría calificada, y lo mismo con la Procuraduría General de República. El Consejo Central de Elecciones se convirtió en el Tribunal Supremo Electoral, y eso vino a abrir las puertas de una nueva vida al pueblo salvadoreño y a nuestra sociedad, y hablamos ya de una democratización. También fue cuando el FMLN se incorporó a la vida política salvadoreña y comenzó una nueva etapa en el país; el fenómeno de la polarización, tanto política como social, se redujo a su mínima expresión, y se habló de reconciliación nacional.

Del año noventa y dos al noventa y cuatro, a través de la Comisión para la Consolidación de la Paz (COPAZ), se logró reducir

las tensiones en nuestro país, y desde esta Comisión se ayudó enormemente, contribuyendo a enfriar los ánimos, a reducir la confrontación, en una época que se percibió como de estabilidad política.

Recordemos también a la Asamblea Legislativa de esa época, de 1994 a 1997, donde a pesar de que la antigua guerrilla (FMLN) se incorporó por primera vez, se logró desarrollar métodos de diálogo, se estableció un marco de respeto mutuo y se dieron logros sustantivos que consolidaron la instrumentación de los Acuerdos de Paz.

Hubo varios años de buena participación y entendimiento entre los partidos políticos, la sociedad civil y los gobiernos. En el periodo de 1999 a 2004 renació nuevamente la polarización, y se acrecentó, al verse confrontados los órganos Legislativo y Ejecutivo.

Ya en el año 2004, en junio, vimos nuevamente como el Presidente Elías Antonio Saca invitó a un diálogo y a un entendimiento, a un acercamiento con todos los sectores de la vida nacional. Empezó muy bien y dio frutos, como la instalación del Tribunal Supremo Electoral, con el acuerdo de todas las fuerzas políticas del país.

Tiempo más tarde, y por motivos de estrategias políticas, vemos al FMLN fijar posiciones drásticas y polarizantes, por ejemplo retirarse de comisiones donde se había logrado resultados o hubiera temas en camino de resolverse. Uno de ellos fue cuando se retiró de la Mesa de Diálogo y Entendimientos, que en ese momento estaba determinando el número de diputados por departamento del país. Esta distribución departamental se dio de manera satisfactoria, porque fue acompañada de su aprobación en la Asamblea Legislativa por todos los partidos políticos, incluido el FMLN, que había participado en la mayor parte del tiempo del estudio. Dio sus votos para la aprobación, lo cual fue muy positivo para la gobernabilidad y el entendimiento en el país.

LA NECESIDAD DE LAS INSTITUCIONES

Para alcanzar el progreso económico y social en nuestro país, dentro de un auténtico estado de derecho, es requisito fundamental que la institucionalidad del país funcione y se consolide, de forma tal que las instituciones, especialmente las políticas respondan a las demandas de la sociedad.

En el actual contexto de la vida institucional de nuestro país, el gobierno del Presidente Elías Antonio Saca, desde el inicio de su gestión, está trabajando para establecer un nuevo marco de acuerdos nacionales que permitan la gobernabilidad democrática en temas de nación. Cualquier propuesta o iniciativa necesita de respaldo, de una amplia base de diálogo, entendimientos previos que les den sostenibilidad y se llegue a consensos. Para ello se vuelve indispensable la participación de los partidos políticos, y también que esta participación sea propositiva y contundente, evitando consideraciones ideológicas y coyunturales que poco abonan al diálogo nacional.

El gobierno también impulsa la reforma de la descentralización del Estado, la reforma de salud; el desarrollo local, reconociéndolo como una forma para mejorar el nivel de vida de los ciudadanos y ciudadanas; la subsidiaridad del Estado como respuesta a los municipios más pobres del país; la inversión social como un componente transversal de las políticas públicas, e impulsa el diálogo y el consenso como un mecanismo para alcanzar una agenda pública compartida en contenidos y responsabilidades con la sociedad política del país. Para ello se han creado instancias de concertación, por ejemplo la Mesa de Diálogo y Entendimientos, la Comisión de Paz Ciudadana, la Comisión Nacional de Desarrollo Local (CONADEL), la Comisión Nacional de Modernización Laboral (CONAMOL), entre otras.

Es reconocido que cualquier intento de fomentar el diálogo y los consensos pasa por una fase de diálogo y negociación, en la cual los diversos actores nacionales juegan un papel preponderante.

Sin embargo, en la mayoría de temas de nación y de interés nacional nos enfrentamos con obstáculos de naturaleza ideológica-política, representados sobre todo por las distancias de pensamiento de los partidos políticos mayoritarios del país, que se encuentran en posiciones polarizadas.

En el país se cuenta con una oposición política difícil, poco propositiva en términos pragmáticos, y con propuestas poco realistas en su instrumentación, sean éstas complementarias o sustitutivas a las propuestas del Gobierno de El Salvador. Esa actitud genera la confrontación entre las instituciones, y por lo tanto crea una polarización política que no contribuye en nada al desarrollo político, económico y social del país. En el pasado y en el presente algunas fracciones políticas, cuando el Gobierno dice algo muy bueno y muy positivo, empiezan a buscarle aspectos negativos.

La polarización política paraliza la inversión gubernamental, y esto va en total detrimento de la parte social del país, ya que no se puede contribuir a resolver los problemas de agua, energía eléctrica, educación, salud del pueblo, etcétera.

Considero que todos aquellos programas financiados con préstamos, en beneficio del pueblo salvadoreño, especialmente en el área social, son temas que no deben distanciar a las fuerzas políticas. Por el contrario, se debe buscar y dar otras alternativas, para poder llegar a acuerdos y encontrar puntos de equilibrio.

CONFUSIÓN DE PAPELES

La polarización política se da muchas veces porque se confunden los papeles. Hay quienes creen que, sin haber ganado el Órgano Ejecutivo, se tiene que hacer su voluntad, y fijan posiciones demasiado rígidas. Lo que se debe entender es que, cuando un partido político gana el Poder Ejecutivo, es ese partido político el encargado de la administración pública del país, y los partidos de oposición tienen que tratar, dentro de ese Plan de Gobierno, hacer las cosas lo mejor posible, dar aportaciones en positivo, pensando siempre en el pueblo salvadoreño.

Por lo tanto, hay que hacer conciencia para que cada quién asuma el papel que le corresponde desempeñar, especialmente a los partidos políticos, de oposición o de gobierno: que conozcan lo que les corresponde hacer, sus obligaciones, derechos y deberes.

Siempre he considerado que el fin de los partidos políticos es, por una parte, alcanzar el poder; pero no alcanzar el poder *per se*, sino para servir al país, para mejorar la calidad de vida de todos y cada uno de los salvadoreños y salvadoreñas. Por lo tanto es una responsabilidad real de los partidos políticos trabajar en esa dirección, reconociendo sus roles y anteponiendo los intereses del pueblo y del país a los intereses partidarios y personales.

Además, los partidos políticos deben proyectar unidad desde el interior de sus institutos, tomando en cuenta que son el vehículo para presentar proyectos de nación a través de sus plataformas políticas.

Desde mi punto de vista, se está cometiendo errores en el accionar de los partidos políticos, porque tienen que saber y reconocer lo que han ganado en las elecciones para conocer sus derechos. Además, me parece incluso absurdo que desde ya se esté hablando de las elecciones del 2009; este año, 2007, debería ser de acercamientos y entendimientos.

La despolarización del país ocurrirá cuando todos y todas trabajemos en fortalecer la democracia, siempre y cuando los actores sean propositivos y realistas; cuando se busque la consecución de acuerdos y se tenga la disposición de cumplir los acuerdos por medio de acciones, medidas y proyectos; cuando todos los actores de la vida política y la sociedad civil tengan el deseo de construir una agenda pública compartida y que, al aceptar su participación en el desarrollo de los contenidos y propuestas, asuman la responsabilidad de llevarlos adelante, según el papel que les toque desempeñar.

Se debe superar las deficiencias y obstáculos, considerando entonces las necesidades para mejorar los aspectos puntuales en

la democracia en el país, en relación con las instituciones democráticas; fortalecer las instancias de diálogo nacional con una amplia participación de actores, en las que se acuerden agendas básicas de trabajo; agendas con temas de interés para la nación, que apoyen a las mayorías para que todos y todas se sientan incluidos.

Considero también que nuestro país debe seguir construyendo su democracia, a través del fortalecimiento de las instituciones y la incorporación de la sociedad civil a los espacios de concertación ya existentes, y, si fuese posible, crear nuevos espacios donde todos y todas nos sintamos incluidos; espacios vigorosos donde se construyan consensos reflejados en los acuerdos posibles, al margen de los desacuerdos existentes.

Sólo priorizando una agenda común con todos los sectores de la sociedad, sean éstos los partidos políticos, la sociedad civil, las instituciones de Estado o el Gobierno de El Salvador, entre otros, en función del bienestar social y de las mayorías, podremos seguir construyendo el país que todos queremos, vivir en libertad, mantener la paz y contribuir siempre al progreso de nuestro pueblo, y que el fortalecimiento de la democracia sea un desafío nacional, como una forma aceptada de lograr acuerdos con una amplia base de consenso, donde la participación de la sociedad civil refleje el deseo ciudadano.

Para finalizar, considero que debe existir la hermandad entre todos y cada uno de los salvadoreños y salvadoreñas; que cada uno aprenda a convivir con los demás en un marco de respeto; que sepan escuchar y responder, plantear alternativas y soluciones, buscar mayores niveles de tolerancia y confianza, tener una visión amplia, luchar por mantener y fortalecer el Estado de Derecho, por el bienestar y la solidaridad de todos y todas, por la convivencia pacífica, trabajando todos juntos para un mejor futuro. Cuando antepongamos el amor a nuestra gente y a nuestro país, cuando sepamos reconocer y aceptar que una propuesta es buena y no importe quién la proponga, entonces tendremos un mejor El Salvador.

VI. POLARIZACIÓN Y DEMOCRACIA ¿UN MAL NECESARIO?

RUBÉN I. ZAMORA

I. INTRODUCCIÓN.

El presente ensayo contiene un conjunto de reflexiones en torno a la problemática de la polarización política. La motivación para hacerlo nace de la constatación de que el término es crecientemente utilizado en las discusiones políticas, pero está pobremente definido, y se reflexiona acerca de él casi exclusivamente en el nivel del epifenómeno, con ausencia de los instrumentos de la crítica y la comprobación empírica. Aún más grave: en nuestro medio, el término “polarización política” adquiere, en amplios sectores intelectuales, especialmente de centro izquierda, una connotación interpretativa de la realidad, y se abusa de él de tal manera que termina sonando como un eslogan, despojado de su capacidad explicativa o interpretativa.

Poco esfuerzo se ha hecho para definir y delimitar el fenómeno, descubrir sus raíces o calibrar sus consecuencias en la acción política. Este ensayo intenta ser una contribución inicial a este esfuerzo.

Partiremos de un análisis de la polarización en el régimen de democracia representativa, que nos permitirá construir una definición del fenómeno. A partir de esta definición, se operacionaliza el concepto, relacionándolo con otros fenómenos que tienen directa responsabilidad en su aparición y modos de comportarse. Finalmente apuntaré algunas consideraciones orientadas a definir

el tipo de polarización política que existe en nuestro sistema político, y a sugerir algunas pistas para enfrentar este problema en nuestra sociedad.

En lo que sigue, el término “polarización”, cuando aparezca sin adjetivo calificativo, se entenderá referido al campo de la política y, cuando se refiera a otros ámbitos de la realidad, se especificará explícitamente. Una versión más amplia de este texto está a disposición de quién lo solicite al autor.

II. LA POLARIZACIÓN EN LA DEMOCRACIA

Lo primero que debemos señalar es que *la polarización se caracteriza por ser un concepto relativo, es decir: se trata de una magnitud variable*, de igual manera que nuestra percepción del calor o del frío es siempre una percepción a partir de lo que consideramos la temperatura adecuada para nuestro cuerpo, y sólo la percibimos cuando, sea el calor o el frío, impiden o dificultan nuestras funciones como seres vivos, y en consecuencia nos llevan a buscar formas para restablecer el nivel de temperatura al que nuestro cuerpo puede funcionar, ya sea proveyéndonos de medios de refrigeración o de calefacción. En otras palabras, el conflicto es a la democracia lo que la temperatura al cuerpo humano: ninguno pueden vivir sin conflicto o sin temperatura, pero tanto el conflicto como la temperatura, si adquieren grados muy altos o muy bajos, son atentatorios contra la salud o contra la democracia.

En segundo lugar, *la polarización, hace referencia a un fenómeno de relación entre actores, indicativo de la separación o distancia que existe entre ellos*. Nadie puede, en política, estar polarizado si no es por referencia a la conducta de otro u otros actores políticos y, por otra parte, una política en la que no exista un nivel de polarización entre los diversos actores sería una política muerta. No es otra cosa lo que nos indican expresiones tan usadas como derecha, centro, izquierda, derecha radical, etcétera. Sin embargo, la “distancia” entre los actores políticos no es siempre

del mismo tipo, no es generada por las mismas causas ni abarca a los mismos sectores sociales; por ello es necesaria una consideración analítica o taxonómica del fenómeno. La importancia de este punto es crucial, pues el nivel de amenaza que el fenómeno puede significar para el régimen democrático, así como las estrategias para superarlo, dependen de un adecuado diagnóstico empírico.

Si anteriormente hemos postulado que el conflicto es inherente y necesario para el funcionamiento de la democracia, un determinado grado de polarización política es, en consecuencia, necesario para el funcionamiento del sistema democrático. La pregunta es, entonces, cuándo esta distancia se convierte en un fenómeno político, es decir: cuándo el grado de distancia entre los actores políticos es tal que los actores que operan dentro del sistema lo perciben como algo que interfiere con el funcionamiento de la democracia. *¿Cuándo, entonces, aparece el fenómeno de la polarización política? Cuando la distancia entre los actores políticos es tan aguda que pone en peligro la reproducción del sistema político democrático, lo desnaturaliza o lo paraliza como estructura de reproducción con cambio–estabilidad de la sociedad.*

La respuesta puede aparecer insatisfactoria; sin embargo, a lo que apunta es al hecho de que no puede predeterminarse en teoría cuándo el fenómeno aparece, sino que únicamente puede hacerse mediante el análisis empírico y con base en el impacto que está teniendo en el sistema político. Porque, en definitiva, estamos en presencia de un fenómeno cuya negatividad depende del grado de intensidad que ha adquirido y de su dinámica de acumulación.

Esto nos lleva a señalar una última característica del fenómeno y es que éste *se desarrolla a partir de la acumulación de actos de polarización*. Es muy difícil encontrar un sistema político en el que no se hayan dado coyunturas de polarización, pero esto no quiere decir que todos los sistemas estén polarizados. Lo que se requiere es que las conductas de los actores, que implican marcar las

distancias políticas entre ellos, se repitan con frecuencia, de manera que las respuestas y contra-respuestas polarizantes se ritualicen y los actores recurren a ellas casi en forma instintiva, y que el público las espere de ellos como la forma “normal” de conducir la política. Dicho de otro modo, la polarización requiere de un proceso de institucionalización en la arena política, y por ello es que, una vez el fenómeno se ha enseñoreado del espacio político, es muy difícil erradicarlo.

El análisis anterior nos permite una conceptualización funcional que podría formularse de la siguiente manera: *el fenómeno de la polarización política aparece en un régimen democrático cuando, de forma continuada, la distancia entre los actores del mismo, ya sea respecto a sus visiones del mundo, a sus propuestas programáticas o a sus prácticas políticas, es de tal grado elevada, que interfiere, paraliza o destruye el adecuado funcionamiento del sistema político.*

III. EL MAPA DE LA POLARIZACIÓN

A manera de concretizar nuestro análisis, y partiendo del supuesto de que la polarización no es un fenómeno unívoco, sino que adquiere diferentes connotaciones y efectos sobre la estructura política, y que a su vez está profundamente vinculada a las características peculiares de cada estructura política, podemos desagregar el concepto de polarización política en una triple dimensión:

- a) Ubicando las regiones de la vida política en que se manifiesta,
- b) Analizando los sujetos sociales que la portan, y
- c) Considerando el impacto que tiene sobre la democracia.

Al iniciar este análisis es necesario insistir en una advertencia: la desagregación del concepto es un ejercicio intelectual que nos ayuda a penetrar y entender la realidad, pero, en la realidad, estas clasificaciones no existen en su “pureza” intelectual. No hay una polarización referida a una sola región, que tenga un solo impacto o que afecte únicamente a un sujeto social; lo que se encuentra es

una mezcla. También es cierto que, por lo general, es posible detectar empíricamente en qué región el fenómeno se ubica principalmente, cuál o cuáles son los sujetos directamente afectados y cuál es el principal impacto que está teniendo en el sistema político. En otras palabras, determinar la forma en que las diversas peculiaridades del fenómeno se estructuran, y así se puede descubrir su dinámica.

En el nivel de “regiones de polarización”, podemos distinguir tres diferentes tipos, según se encuentre principalmente ubicada o generada por sendas regiones de la política: en la región ideológica, en la programática y en la de las prácticas políticas.

Nadie puede, en la sociedad, escaparse de la ideología, es decir: de una visión del mundo que permita al individuo ubicarse y ser sujeto de relaciones sociales. En la gran mayoría de los casos, la ideología se presenta como algo muy difuso, y no se halla exenta de contradicciones; se expresa en el “sentido común”, en hábitos y reacciones aparentemente instintivas de los sujetos, y carece de una formulación sistemática y coherente. Una de las funciones fundamentales de los partidos políticos es, precisamente, identificar contenidos y recomponer para formular sistemáticamente la ideología de la población, transformándola en una ideología política. En la realidad, los partidos políticos expresan la ideología de grupos sociales importantes, ya sea numérica o cualitativamente, y por lo general expresan una multiplicidad de los grupos sociales existentes, lo que se conoce como la función de “conjugación de intereses”. Al hacerlo, los partidos se convierten en centros de atracción para estos grupos, que encuentran en ellos, explicitado, lo que sienten o perciben intuitivamente; de allí expresiones como que tal o cual partido o tal o cual dirigente político “me llega”... pero también de allí la frecuente incoherencia en el discurso y planteamientos de los partidos políticos.

En este caso la polarización política aparece, cuando la ideología explicitada por un partido político logra penetrar y mover

a la acción a una considerable parte de la población y los contenidos de esta ideología se presentan como una radical contraposición a la ideología dominante, o cuando la ideología dominante es de tal manera totalizadora que percibe a cualquier otra como una amenaza “vital”. En ambos casos no es posible establecer espacios comunes. Por el contrario, cuando estamos en presencia de variantes más o menos pronunciadas, pero que giran en torno a un núcleo común de visiones del mundo, la polarización política de raíz ideológica no suele presentarse. El peligro que se enfrenta en estos casos es que, si las distancias son muy reducidas y percibidas como tales por la población, se generan procesos de despolitización y de débil participación en la política por parte de la ciudadanía.

Una variante de la polarización ideológica es cuando los partidos estructuran su visión ideológica en torno a consideraciones no propiamente políticas, sino de carácter racial o religioso, y son éstas las que “gobiernan” los planteamientos del partido. Aun cuando compartan una visión común socio-económica con otros, sus diferencias se vuelven fundamentales, y aparece el fenómeno de la polarización. La actual situación de los Estados Unidos se acerca a esta caracterización.

Un claro ejemplo de polarización ideológica podemos encontrarlo en nuestro propio país en los años setenta y parte de los ochenta. En este periodo no solo coincidieron dos ideologías políticas extremadamente polarizantes, sino que se convirtieron en el eje del debate político: la doctrina de la seguridad nacional que se confrontaba con la visión del mundo de corte marxista revolucionaria. Lo que la sociedad vivió en ese periodo fue la confrontación de dos ideologías totalizadoras y radicalmente excluyentes, y el resultado de esta coetaneidad de ideologías opuestas fue la profunda crisis del sistema político. En este contexto, poco espacio quedaba para alternativas como la Democracia Cristiana y la Social Democracia, que pretendían la democratización, pero a partir de un planteamiento ideológico no excluyente. El hecho

es que la polarización ideológica contribuyó en no poca medida a la caída del régimen militar que había dominado la escena política por medio siglo, y fue la antesala de la guerra civil que nos envolvió durante 12 años.

Una segunda región de polarización la encontramos en el plano de los planteamientos programáticos. En este caso los límites de lo que se convierte en polarización política son menos claramente definidos y dependen más de condiciones coyunturales y de la confluencia de factores externos a lo propiamente político; por ejemplo, la aparición de una crisis económica, que hace reaccionar a los actores con propuestas de políticas para superarla, y que tiendan a polarizar el escenario.

En este caso, es importante no solo medir las distancias entre las diversas propuestas programáticas que los principales actores presentan, en términos de las posibilidades que tienen de lograr algún nivel de confluencia, sino también, desarrollar una aguda percepción acerca del impacto que los factores no programáticos y no propiamente políticos tienen en la coyuntura. En nuestra historia política contemporánea no se encuentran muchos ejemplos de este tipo de polarización, aun cuando podría avanzarse que la coyuntura de las discusiones sobre el problema agrario en la década de los sesenta puede verse como un fenómeno de polarización programática entre los proponentes de la reforma agraria y sus detractores. Por lo general, cuando se da polarización ideológica, ésta suele complementarse con la polarización programática.

Una tercera región de polarización la encontramos en el nivel de las prácticas diarias de la política, y se centra en lo que podríamos llamar el discurso negativo, es decir: es el discurso que se constituye y tiene su razón de ser en la negación del oponente. Ya no se trata tanto de sostener visiones ideológicas diferentes o puntos de política diferente, sino simplemente en la necesidad de destruir al adversario y convertirse en alternativa, precisamente porque éste es incapaz, mal intencionado o cualquier otra característica negativa. Es el tipo

de polarización que abunda en nuestro medio en las campañas electorales y en los debates televisivos o legislativos. En la medida que la argumentación pierde racionalidad y capacidad de diálogo¹⁶, la polarización se adueña del discurso político; sin embargo, ésta se manifiesta no sólo como discurso, sino que suele ir acompañada de acciones que la expresan, tales como interferir en el ejercicio de los derechos políticos del adversario, lo cual podemos observarlo en forma creciente en las últimas campañas electorales, que han llegado a producir dolorosos incidentes de violencia y que, en algunos países, llega a formas de gangsterismo político.

Cuando la polarización se define principalmente por este último nivel y se prolonga en las prácticas políticas de los actores, casi ineludiblemente tiende a buscar justificación para su reproducción en la polarización de las otras dos regiones: a la confrontación diaria como razón de ser de la política se le buscan entonces justificaciones programáticas e ideológicas, de modo que los actores polarizados tienden a revestir su enfrentamiento de “razones” cada vez más enraizadas en lo programático y en lo ideológico, con lo que no hacen sino incrementar su grado de distancia del adversario y darle cada vez más un carácter irreconciliable a sus diferencias, generando así el círculo vicioso en el que la polarización se alimenta de su propia carne.

Un segundo nivel de operacionalización del concepto se refiere a su extensión, es decir a quienes está abarcando la polarización, ya sea al conjunto de la sociedad o a una parte de ella. Por lo general consideramos que, cuando existen indicadores de polarización en el sistema político, se trata de una sociedad polarizada, e implicamos que el fenómeno abarca a la totalidad del conjunto social. Esto es cierto en algunos casos, pero no en todos, pues la polarización puede estar ubicada, generada y circunscrita

¹⁶ Se entiende por capacidad de diálogo, la actitud y habilidad de los interlocutores de escuchar al adversario para incorporar en lo posible sus razonamientos al discurso propio. En el diálogo no se trata de prevalecer o de ganar, sino de construir conjuntamente.

a un determinado grupo dentro de la sociedad, mientras que al conjunto social le es extraña, o hay indicadores de disminución de la polarización. La importancia de esta distinción es que, al hacerla, se pueden diseñar estrategias adecuadas para superar la polarización ya que, si el fenómeno abarca el conjunto social, es muy poco lo que las fuerzas no polarizantes pueden lograr, mientras que, si estamos en el segundo caso, las posibilidades de combatir la polarización tienen un asidero social que es estratégico.

No es extraño encontrar situaciones en las que se da una vinculación diferenciada entre los comportamientos de la elite política y sus asociados (militancias políticas) que presentan claros comportamientos de polarización aguda y el conjunto de la población, que puede o no acompañar la polarización o, incluso, presentar comportamientos des-polarizantes. La discusión actual del tema en la ciencia política norteamericana lo muestra: se trata de una polarización de las elites políticas que no necesariamente va acompañada de una polarización del conjunto de la ciudadanía, tal y como lo argumentan varios autores¹⁷. La importancia de esta distinción en referencia a nuestra sociedad será un punto que desarrollaremos más adelante.

Para completar el mapeado de la polarización, pasemos a analizar sus efectos en el sistema político. Como se trata de un fenómeno definido por su magnitud variable, su impacto en la estructura política es también variable. Podemos establecer tres niveles de impacto en el funcionamiento del sistema político, que indican grados ascendentes de peligrosidad: interferencia, paralización y colapso. De nuevo estamos hablando de un continuo en el que el paso de un nivel al otro no es, casi nunca, un hecho claramente identificable, sino que se trata de procesos, con avances y retrocesos. Al mismo tiempo, es necesario destacar que la polarización, dejada a su propia dinámica, tiende a pasar de un

¹⁷ Fiorina, Morris, with Samuel Abrams and Jeremy Pope: *Culture Wars? The Myth of Polarized America*. Pearson Logman, New York. 2005.

nivel inferior a otro superior. Esta clasificación de impactos nos ayudará a ubicar en que fase se encuentra un determinado sistema político, y por lo tanto aplicarle los correctivos necesarios.

El primer nivel de impacto se refiere a la interferencia de la polarización en los mecanismos y la capacidad de reproducción que tiene el sistema democrático representativo. Por lo general, cuando excede los límites de tolerancia del sistema, se presenta como el fenómeno de la des-institucionalización de la vida política democrática. Como se ha señalado repetidas veces, la democracia se basa en un inestable equilibrio entre continuidad y conflicto, entre competencia y cooperación; las reglas del sistema democrático son precisamente las guardianas de este equilibrio, en la medida en que le señalan a los actores un cauce dentro del cual deben desarrollar su competencia y confrontación y las instancias y formas de cooperación. Pero, si la confrontación crece dentro del sistema, se genera una dialéctica negativa: la polarización erosiona los mecanismos democráticos de concertación y cooperación entre los actores políticos, los cuales tienden a mover las reglas del juego a su favor, y ello produce una dinámica de des-institucionalización política en la que la oposición puede o no participar, pero, en todo caso, conduce a una mayor polarización. El adversario se convence de que no podrá obtener el cambio siguiendo los mecanismos de la democracia representativa, y busca desarrollar una alternativa: el escenario para la confrontación armada está planteado. No es otra cosa lo que nos sucedió hace 35 años.

En la actualidad, lo que señalamos está sucediendo en la Asamblea Legislativa. Es característica constitutiva del parlamento operar como centro de intercambio y conjugación de intereses; está diseñado para ello. Pero es precisamente esto lo que está siendo crecientemente transgredido en los últimos años, de manera que, por ejemplo, en ninguna de las cuatro piezas legislativas más trascendentes para el futuro del país, aprobadas en los últimos años, se ha cumplido con este requisito del

procedimiento legislativo¹⁸. Por otra parte, la falta de apego a los procedimientos formales es creciente, y ha llevado al cuerpo legislativo a abusar de procedimientos de excepción, recurriendo cada año, con mayor frecuencia, a aprobar piezas de legislación mediante la “dispensa de trámite”, es decir sin sujetarse al procedimiento de consulta, y únicamente basados en que se cuenta con una mayoría mecánica de diputados.¹⁹ Si nos movemos al Órgano Judicial, nos encontramos con una situación similar. En los últimos años, y en forma creciente, la mayoría de jueces de la Sala de lo Constitucional han emitido o se han negado a emitir resoluciones que claramente violan lo que están supuestos a resguardar –el orden constitucional–, al extremo en que uno de los jueces de dicha corte denunció ante la Fiscalía General de la República a sus compañeros por violación a la ley. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Un segundo nivel de impacto en el sistema político es la parálisis del sistema. Este impacto suele darse vinculado a los resultados electorales, ya sea porque ningún partido logra una mayoría en el parlamento o porque, en el caso de los sistemas presidencialistas, la mayoría en el parlamento no coincide con la mayoría que ha obtenido el ejecutivo. Sin embargo, la no coincidencia de mayorías en el Órgano Legislativo, o entre éste y el Ejecutivo, no necesariamente significa la parálisis del sistema político, pues tenemos casos en los que ha sido posible que funcione el gobierno. Los franceses inventaron el término “cohabitación” para designar esta eventualidad. Pero, cuando se trata de sociedades

¹⁸ Se trata de la dolarización, el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, las leyes complementarias para este tratado y el fideicomiso para el pago de la deuda previsional. Ninguna de ellas contó con una discusión real en las Comisiones, y mucho menos con la audiencia de sectores de sociedad civil. Los ejemplos podrían multiplicarse. El contraste con la forma como la Asamblea Legislativa funcionaba al inicio de los años noventa es sorprendente.

¹⁹ Se ha llegado al extremo de aprobar reformas a leyes económicas sin que los diputados tengan el texto de la reforma, aduciendo que no hubo tiempo para reproducirlo.

políticamente polarizadas, por lo general lleva como consecuencia la paralización de la gestión gubernamental del país; es el caso de Ecuador, donde los últimos cuatro presidentes no terminaron su periodo constitucional.

En El Salvador, en los últimos 12 años, el partido de gobierno ha carecido de mayoría propia en la Asamblea Legislativa, pero la ha formado mediante arreglos patrimonialistas, originalmente con un partido, y actualmente con dos. Esto le ha dado al gobierno una mayoría simple, pero no la suficiente para pasar leyes que requieren de los dos tercios de los votos. En este último caso, el recurso ha sido violentar la institucionalidad constitucional, convirtiendo cuestiones que requieren de mayoría calificada, según la Constitución, en asuntos que se resuelven por mayoría simple²⁰. Ello ha dejado al principal partido de oposición en una situación de impotencia legislativa, ya que la cuota de diputados que ganó en las urnas no se refleja en la práctica legislativa, y en consecuencia se ha convertido en un elemento que genera mayor polarización y acrecienta la des-institucionalización política de la democracia. El debate parlamentario tiende a moverse de lo sustantivo a lo procedimental, y esto último tiende a resolverse con el argumento de que “tengo los votos”, no mediante el respeto a la Constitución y a los procedimientos parlamentarios. En otras palabras, cuando los resultados electorales plantean la cohabitación como algo necesario para gobernar el país, pero dado el nivel de polarización entre los actores ésta no puede darse, el resultado es la ingobernabilidad o la desnaturalización del sistema democrático.

El tercer nivel de impacto está representado por el colapso del sistema de democracia representativa, dado que ésta se vuelve

²⁰ El caso más notorio, pero no único, es la forma cómo el actual gobierno “resolvió” el problema de la deuda previsional que el Estado tiene con los cotizantes del sistema público que pasaron al sistema privado de pensiones: ante la dificultad de hacer aprobar un préstamo para cubrir estas obligaciones, lo cual requeriría de voto calificado, la mayoría pro-gubernamental aprobó un “fideicomiso” encargado de esta tarea, que requería únicamente de mayoría simple.

incapaz de canalizar positivamente los conflictos y la competencia que las dinámicas políticas han generado. Por lo general, cuando un sistema político llega a este nivel, se vuelve evidente que ya no es capaz de reproducirse, usualmente se encuentra inmerso en situaciones de anarquía o de guerra civil, y esto da origen a lo que actualmente conocemos como “estados fracasados” (*failed states*).

IV. RAÍCES DE LA POLARIZACIÓN.

Podemos identificar tres fuentes estructurales de la polarización política: una estructura social polarizada, una cultura política polarizante y el fenómeno de la sobre-politización/ despolitización de la arena política. La primera se refiere a la forma como se han ido estructurando las relaciones entre los sectores sociales que configuran la totalidad, en otras palabras, hace referencia al análisis de clase y a sus variantes. La segunda tiene una relación directa con la conformación de la ideología de la sociedad y dentro de ella, del uso que históricamente han tendido los instrumentos de poder en términos de configurar un conjunto de respuestas por parte de los colectivos sociales. La tercera se refiere a procesos más propiamente políticos que vinculados a las dos primeras raíces; tienen, sin embargo, características distintivas propias: la idea de poner juntas la sobre-politización y la des-politización nace de la íntima vinculación entre los dos fenómenos, pues en no pocos casos los hace aparecer simultáneamente, como las dos caras de una moneda.

La relación entre las estructuras social y política es de tal manera obvia que fácilmente se ignora, o se pretende darle el carácter de ley absoluta en la que la relación de causa-efecto es inmediata. Tanto lo uno como lo otro conducen a serios errores en el análisis de la situación. Con estas precauciones hay que asumir la afirmación de que una de las más frecuentes regularidades es la que existe entre una estructura social cuando es altamente polarizada y las prácticas y/o estructuras de la política autoritaria y/o polarizada.

Cuando una sociedad como la nuestra, con alto grado de polarización, pasa del autoritarismo a la democracia representativa y las graves asimetrías de su estructura social no son corregidas, lo más probable es que esta situación tenderá a expresarse en la política con formas de acción polarizada. La explicación es evidente: durante el periodo autoritario, la represión gubernamental se encarga de mantener las demandas sociales reprimidas; el régimen político, sobre todo mediante el uso de la represión, opera como un “colador” de la demanda social, capaz de eliminar de la escena política aquellas pretensiones que considera excesivas. Por el contrario, la democratización significa, entre otras cosas, la desaparición de las restricciones a la expresión de las demandas sociales, y éstas tienden a expresarse con una alta carga de polarización.

Hay que tomar en cuenta que la existencia de otros factores, sobre todo de carácter coyuntural, puede retardar o anular la aparición de esta correspondencia. En nuestro caso, en el periodo inmediato posterior a la firma de los Acuerdos de Paz, se produjo el fenómeno de que, si bien las restricciones autoritarias a la expresión de las demandas sociales se había eliminado tanto formalmente como –en gran medida– en el plano real, las “demandas sociales reprimidas” durante el periodo anterior sufrieron un proceso de auto–censura, generado tanto por las mismas organizaciones sociales como por sus referentes políticos, sobre la base que “no había que entorpecer el cumplimiento de los Acuerdos de Paz, creando desestabilización social”. Esto nos ayuda a entender, por un lado, la tardía reaparición de la demanda social en nuestro medio y, por el otro, el alto nivel de autonomía e incluso independencia de sus tradicionales referentes políticos.

Hay que tener en cuenta que este paso de lo social a lo político no es automático, sino que necesita ser mediado por la organización, ya sea social (sindicatos, asociaciones de diversas naturalezas) o de carácter político (partidos). Para que la demanda social se realice es necesario que adquiera las características de la acción colectiva organizada: si el proceso se produce en condiciones en que los partidos políticos que reflorecen en el periodo de transición

democrática están vinculados a prácticas no polarizantes, sino concertadoras, es muy probable que la nueva democracia, o la redemocratización, no presente signos de marcada polarización (los casos de Chile, España y Grecia); pero cuando las formas partidarias se construyen en el periodo mismo de la transición, o son la continuidad de agudas luchas anteriores, especialmente si fueron de carácter armado, y además asumen en su discurso los agudos quiebres (*clivajes*) existentes en la sociedad, ya sean de ingreso, religión o raciales, la probabilidad de que enfrentemos procesos de polarización política aguda es muy alta. Ello sucedió en Ruanda, y condujo al genocidio, y de igual manera se produjo en la ex Yugoslavia. Sobre el caso salvadoreño hablaremos más adelante.

Un segundo componente que genera polarización es la cultura política predominante en la sociedad. En la política la interrelación entre los actores, y por consecuencia los hechos que ésta genera, se encuentra siempre mediada por la forma en que perciben la realidad. Señalo esto para insistir en la importancia de la cultura política, pues es ésta precisamente la que nos permite “procesar” las realidades y darles su carácter político. Las formas que adopta la política en una determinada sociedad, a su vez, van modelando la naturaleza y jerarquía de estas categorías y a través de un proceso, por lo general lento, de múltiples repeticiones, logran constituirse en categorías de referencia para la acción, que operan en forma más o menos automática. Se trata de una especie de recetario, o de *software*, que permite tener —y en muchos casos impone— una reacción inmediata, “natural”, frente a los hechos políticos.

Una de las categorías fundamentales de la política es la dicotomía amigo/enemigo²¹, desarrollada por Carl Schmitt, que es hoy utilizada por importantes pensadores políticos contemporáneos.

²¹ La dicotomía amigo/enemigo fue elaborada por el jurista y filósofo político Carl Schmitt (1888–1985) en su ensayo “El concepto de lo político”. Es la categoría fundacional de lo que él entiende por “lo político”, y a partir de ella desarrolla una teoría política anti-democrática y sustentadora del autoritarismo (fue jurista del régimen nazi). Plantear la existencia de esta categoría y su importancia en el análisis de la polarización política no significa aceptar las concepciones de Schmitt. Ver: *El Concepto de lo Político*. Alianza Editorial, Madrid. 1991.

Esta dicotomía permite al actor discriminar, en el conjunto social, a quienes están o pueden estar de su lado y quienes son o pueden llegar a ser sus oponentes. Cuando una sociedad ha pasado por largos periodos de autoritarismo y, sobre todo, cuando el ‘proceso se ha visto acompañado de procesos de violencia prolongada, como una guerra civil, existe la tendencia a que la dicotomía amigo/enemigo se convierta en el eje organizador de la cultura política, y se desarrolle una cultura política en la que las categorías excluyentes tienden a privilegiarse. Los hechos se ven en blanco y negro, sin posibilidades de matizar comportamientos; las desviaciones de la “línea política” son calificadas de “traiciones”, o de “venta al enemigo”, y esto cierra el espacio para considerarlas como legítimos disensos de opinión; la competencia política se convierte en “lucha a muerte” para ambos bandos, ya que el mantenimiento de los actuales parámetros de poder son percibidos por la oposición como la radical imposibilidad de satisfacer las demandas de las mayorías y, paralelamente, el cambio de esos parámetros, si es que el adversario triunfa, es percibido como la destrucción total del sistema político por quienes detentan el poder. De esta manera, el sistema político queda atrapado entre el miedo a la alternancia y la desvaloración radical de realidad política existente. Incluso quienes detentan el poder no necesariamente se adhieren a una negación ideológica del cambio, sino que se aferran a la convicción de que el portador de este, el “enemigo”, significa el caos.²²

Existe siempre la posibilidad de que la polarización desborde los mecanismos institucionales de la democracia, los “sobre-cargue” de conflicto y los vuelva incapaces de de canalizar éste positivamente, generando una crisis de la democracia. La polarización política, en este sentido, no es sino una sobre-carga

²² La reacción actual de una buena parte del empresariado salvadoreño pareciera estar gobernada por este mecanismo: no están satisfechos con el gobierno actual, pero no perciben una alternativa frente a él.

en el sistema político, que puede ser generada por la aparición de hechos o temas que se vuelven altamente contenciosos en los intercambios entre los actores políticos. Es lo que algunos autores nombran como “*take off issues*” (temas de despegue), que despiertan un inusitado interés en los ciudadanos y se convierten en los ejes en torno a los cuales los votantes se polarizan.

Una tercera raíz la proporciona el carácter mismo de la democracia como forma histórica de canalización del conflicto y convertirlo en la dinámica política. Sin embargo, esta función solo puede lograrla si el conflicto se mantiene dentro de ciertos límites y la sobre-carga del sistema político se puede producir también por el efecto de ciertos fenómenos, como el papel que juegan los medios electrónicos de comunicación en la construcción de la política. La cada vez mayor predominancia de éstos para establecer la comunicación entre las instituciones políticas y la ciudadanía tiende a generar desigualdades tan agudas entre los diversos actores del sistema político, que fácilmente pueden conducir a la polarización, en la medida en que la disparidad de recursos financieros con que cuentan los diversos partidos políticos claramente puede convertirse en un instrumento de discriminación política para algunos y de monopolio para otros. En general, como el acceso a los medios de comunicación está mediado por el dinero (no en todas las democracias), este factor adquiere una importancia exagerada, llegándose a convertir en el real elector. Ello condena a la marginalidad política a quienes no cuentan con él. Aquí la dicotomía inclusión/exclusión fácilmente adquiere los caracteres de la dicotomía amigo/enemigo, que ubicábamos en el centro de la cultura de la polarización.

El correlato de la sobre-politización es la des-politización. Si bien a primera vista aparecen como fenómenos excluyentes, en la práctica tienden a estar asociados y producirse en los mismos procesos, de manera que, cuando el sistema político se polariza, tiende a generar despolitización en otros sectores o regiones de la vida política.

Los sociólogos políticos chinos²³ han dado especial importancia al estudio de este fenómeno. En sus análisis de las transformaciones del estado chino contemporáneo, insisten en que, al confundirse Partido y Estado en una sola unidad de poder, el Estado tiende a dominar al partido y éste desarrolla una relación funcional subordinada a aquél. En consecuencia, el Partido tiende a “despolitizarse”, perdiendo su papel histórico de generar sus propios puntos de vista evaluativos sobre la situación y convirtiéndose en una agencia de la maquinaria estatal: el Partido se vuelve parte de la burocracia estatal y funciona como tal, más como un ministerio de propaganda y reclutamiento de personal que como un partido político. Aplican esta hipótesis al análisis de la Revolución Cultural y la interpretan como una reacción –en definitiva fallida– al proceso de “estatificación” del partido: después de una primera etapa de amplias discusiones acerca del papel y los valores del partido, en el que éste se estaba autonomizando del Estado y reasumiendo su papel de conductor y de centro de convocatoria de los diversos sectores de la sociedad, el proceso fue truncado por las luchas intestinas de facciones y la violencia sectaria. Ello generó una situación de caos, que permitió al Estado retomar el control del partido y proseguir con el proceso de estatificación (burocratización).²⁴

Ampliando aún más las implicaciones de su análisis, Wang señala que la tendencia a la despolitización no es exclusiva de los estados del socialismo real, sino que responde a una tendencia general de la relación entre Partido y Estado en el capitalismo contemporáneo, en la cual el Estado tiende a burocratizar al partido que ha logrado el gobierno, convirtiéndolo en parte de su maquinaria de control sobre la sociedad. Si analizamos la trayectoria del partido de gobierno en nuestro país, desde sus orígenes altamente

²³ Por ejemplo, el trabajo de Wang Hui: “Depoliticized Politics, from East to West”. *New Left Review* No.41, Sep/Oct 2006, p. 29.

²⁴ *Ibidem*, p. 37.

ideológicos hasta su estado actual, cercano a cumplir 20 años de controlar el gobierno, se podrá detectar esta tendencia mediante la cual el centro de discusión, de elaboración de alternativas y políticas, se desplaza de los órganos partidarios a los estatales, y el partido es cada vez más una maquinaria electoral cuya función es la de asegurar la continuidad del gobierno y crear redes clientelistas.

En otras palabras, lo que importa destacar aquí es que el fenómeno de la polarización, por lo general asociado a la sobre-politización, está también vinculado a la despolitización de importantes sectores sociales, de manera que a la sobre-politización de algunos corresponde el rechazo a la participación política en otros. En la medida en que la Asamblea Legislativa sobre-politiza el debate en su dimensión polarizante, esa misma Asamblea se despolitiza en el sentido que deja de cumplir con su propia misión política, la que le encomienda el arreglo democrático; la pobreza del debate político legislativo es una buena muestra de ello.

V. LA POLARIZACIÓN POLÍTICA EN EL SALVADOR.

Las reflexiones anteriores nos permiten intentar una caracterización del fenómeno de la polarización política en nuestra sociedad. Para contribuir de manera más eficaz al debate, lo voy a presentar con base en la exploración de tres hipótesis.

SOBRE LA PROBABILIDAD DE POLARIZACIÓN EN NUESTRA SOCIEDAD

Con base al análisis anterior, es posible elaborar una primera hipótesis: *La fuerte polarización política en la sociedad salvadoreña actual no es monocausal, sino que tiene una pluralidad de raíces que explican su existencia. Las tendencias anti-polarizantes desarrolladas en la actualidad o han tenido una muy escasa capacidad para contrarrestarla o se han vuelto parte de la dinámica polarizadora.*

Históricamente, la estructura social de nuestro país se ha caracterizado por un alto grado de desigualdad, generado

principalmente por la estructura productiva agro-exportadora que nos rigió por décadas. La introducción, en los últimos 20 años, de políticas de corte neoliberal no ha modificado esta situación; por el contrario, se puede argumentar que la desigualdad social ha tendido a crecer en este último periodo, y que la leve reducción de los diferenciales de ingreso que se observaron en la década de los ochenta, por el efecto combinado de algunas políticas públicas redistribuidoras y el desarrollo del sistema de remesas, han sido anulados. Sin embargo la precisa medición del fenómeno sigue siendo problemática tanto por el hecho de que el indicador frecuentemente utilizado (coeficiente de Gini) presenta serios problemas metodológicos y no pasa de ser una aproximación muy genérica al tema, como por las inconsistencias (algunos los califican de manipulaciones) de los datos gubernamentales en torno a la medición de la pobreza y la desigualdad.

Lo importante es señalar que, aun cuando no sea posible cuantificar con precisión, la magnitud de la desigualdad es un serio problema en la sociedad salvadoreña; que tiene profundas raíces históricas, y que el modelo de desarrollo económico desarrollado por los gobiernos de los últimos 20 años tiende a agudizarla. Baste con señalar que “el 20% de la población más rica concentra el 57% del ingreso nacional, mientras que el 20% más pobre, escasamente capta el 2.9%. En otras palabras, si El Salvador contara con una población de 10 personas y con un ingreso nacional de \$100.00, dos personas se apropiarían de \$57.00, mientras que a 2 personas solo les correspondería \$2.90, es decir veinte veces menos que a los primeros”.²⁵

En lo que queremos insistir es en la existencia de una estructura social de tal manera polarizada que, sin mucha dificultad, puede

²⁵ FESPAD-FIAN INTERNATIONAL. “Informe Sombra sobre la Situación de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales en El Salvador (2000–2005), p. 6. Nota: en el texto pareciera haber un evidente error de tipografía, pues en vez de decir 2.9% dice 29%, lo cual es imposible, pues dejaría el 14% para distribuir entre los 6 deciles restantes, es decir, el 60% de la población.

expresarse en la arena política. De hecho, una buena parte de la creciente polarización política que vivimos en la década de los setenta, especialmente en el campesinado, tiene su explicación, por una parte, en el proceso de la década anterior de expansión del cultivo del algodón y de la caña de azúcar, que proletarizó y marginalizó a un fuerte contingente de pequeños campesinos, y por la otra en el fracaso de un tímido esfuerzo del gobierno de enfrentar la problemática de la tierra con el programa de Transformación Agraria. En esas condiciones, primero el PDC, y luego organizaciones campesinas como FECCAS y UTC y las organizaciones político-militares, fueron capaces de asumir esta polarización social y expresarla en el plano político.

Nuestra primera experiencia con el bipartidismo moderno²⁶ se inscribe en este contexto. Surgido de la apertura política a inicios de la década de los sesenta, culminó con la creación y posterior desarrollo de la Unión Nacional Opositora (UNO), que, como su nombre lo confesaba, estaba construida en torno a la polaridad gobierno militar vs. oposición civil, y que, por casi dos décadas, fue la versión criolla de la clásica dicotomía amigo/enemigo reflexionada por Schmitt.

Sin embargo, hay que tomar muy en cuenta una diferencia sustancial con este reciente pasado. En aquella época, la vinculación entre organizaciones sociales y partidos era muy alta, y de hecho estaba basada en la relación de subordinación de los primeros a los segundos, mientras que hoy tenemos un panorama mucho más complejo. El espacio para la autonomía de los primeros es mucho mayor y, de hecho, asistimos al surgimiento de movilizaciones

²⁶ La experiencia de la UNO, vista en perspectiva histórica, es un caso paradigmático de, por una parte, el peligro de desarrollar un sistema de partidos bipartidista en una sociedad cuya base social es altamente polarizada y que fácilmente conduce a la polarización política, como lo demostró, primero, el “éxito” de la UNO, y luego la derivación del eje de la lucha política hacia sus expresiones armadas; pero, por otra parte, es un recordatorio a la oposición política al régimen imperante de que en la unión de todas sus fuerzas se encuentra una de las principales claves de su “éxito”.

coyunturales de carácter vecinal, en las que las fuerzas políticas tienen poco o nada que ver.

Una segunda raíz de polarización, la cultura política, está también claramente presente en nuestra realidad. La existencia de una cultura política que privilegia la confrontación sobre la concertación, y que fácilmente tiende a la polarización, es algo en lo que prácticamente todos los autores que han analizado nuestra realidad política coinciden.²⁷

La experiencia cotidiana de la práctica política también lo confirma: el discurso confrontativo tiende a ser utilizado con frecuencia, y al menos una importante parte del auditorio espera de sus políticos ese tipo de discurso. Es cierto que la gente generalmente rechaza el insulto en el discurso político, pero espera que a quien escucha haga uso del ataque más que de la coincidencia. Es más: dentro de cierta parte del público de la política, la búsqueda de puntos de vista coincidentes tiende a ser vista con desconfianza, y no pocas veces se toma como indicativo de traición o venta al bando contrario. Sin embargo, lo anteriormente dicho debe ser contrastado con la generalizada preferencia tanto de la población como de los dirigentes políticos y sociales por la concertación y el diálogo para tratar los asuntos políticos. De hecho, lo que empíricamente constatamos es una incongruencia en el universo valorativo de los y las salvadoreñas que oscila constantemente entre los valores de la confrontación y los valores de la concertación: una especie de “doble estándar” en lo que se refiere al tema, en el sentido de que los sujetos recurren a la aplicación simultánea o sucesiva de un doble sistema de valores que no son compatibles entre si.

A primera vista, podríamos tratar de explicarnos esta asimetría recurriendo a la idea de proceso y postulando que la cultura política

²⁷ Ver, por ejemplo, un lúcido examen de esto, por parte de un analista de raíz conservadora. Escobar Galindo, David: “De la Cultura de la Confrontación a la Cultura de la Integración”. En: Roggenbuck, Stefan, Ed.: *Cultura Política en El Salvador*. Konrad Adenauer Stiftung, San Salvador, diciembre de 1995.

salvadoreña está en un estado de transición, tal y como Escobar Galindo lo hace en el ensayo antes citado; sin embargo, lo que podría haber sido válido como hipótesis a mediados de la década pasada, encuentra en la realidad actual una cada vez más creciente dificultad para sostenerse, en la medida que los signos que observamos en los dos partidos políticos principales, apuntan claramente a la confrontación; en otras palabras, si con los Acuerdos de Paz se inició una transición de la cultura de la polarización política a la de la concertación, esta transición presenta una tendencia claramente regresiva en la actualidad.

Pero, más allá de constatar la existencia de una cultura de la confrontación política en nuestra sociedad, es necesario descubrir las bases materiales e históricas en las que una tal cultura se alimenta; de lo contrario, los esfuerzos por modificarla han de producir muy magros resultados.

Además de elementos que tradicionalmente se señalan en la conformación de una cultura polarizante, tales como la influencia del catolicismo tradicional o el tipo de dominación colonial, en nuestro caso me interesa destacar el papel de la violencia en conformar nuestra mentalidad política. Efectivamente, el recurso a la violencia física, que históricamente ha caracterizado nuestra vida política por largas décadas, y que se institucionaliza con mayor nitidez al consolidarse el régimen militar mediante la represión estatal y paraestatal, se universaliza en décadas recientes con la incorporación de la lucha armada revolucionaria como la forma superior de hacer política por parte de la izquierda. Esta dialéctica de una violencia omnicomprensiva ha modelado no sólo una visión de la realidad caracterizada por una extrema polaridad (vida/muerte; arbitrariedad en el ejercicio del poder/exclusión del poder; verticalidad en el ejercicio del poder/rechazo a las formas horizontales de su ejercicio; fuerza física/no racionalidad, etcétera), sino que se ha beneficiado de la constatación de que sólo era posible el cambio (Acuerdos de Paz) confrontando la violencia represiva con la violencia revolucionaria.

Por otra parte, tanto el FMLN como ARENA encontraron históricamente en la violencia su propia identidad²⁸; sin embargo, el fin de la guerra les significó a ambos la renuncia a la violencia como instrumento político, el desmantelamiento de sus aparatos militares y/o paramilitares y al mismo tiempo ensayar un nuevo tipo de discurso y práctica política, ya no basados en la confrontación, sino en la concertación y el diálogo. Obviamente esto significa un cambio radical en las estructuras de pensamiento y acción de ambos partidos, que necesariamente tenía que producir contradicciones. A ARENA le ha tocado enfrentarlo desde el gobierno, apoyándose en los aparatos estatales, y en buena medida subordinándose a ellos. Ello le ha facilitado el proceso, en tanto le ha permitido asumir la identidad de ser un partido de gobierno. En cambio, para el FMLN las cosas han sido más difíciles, en la medida en que tuvo que abandonar la lucha armada que, como hemos argumentado en otro trabajo, se había convertido en el elemento identitario fundamental de la militancia²⁹; entrar a una nueva arena política, la electoral, en la que no tenía mayor experiencia y, para complicar más la cosas, hacerlo en medio del derrumbe del sistema del socialismo real, que puso en cuestión presupuestos fundamentales del accionar revolucionario. No debe pues extrañar que ambos partidos, uno más que el otro, muestren inseguridad en cuanto a su ubicación y personalidad, y esta inseguridad se convierte en elemento que potencia la confrontación, pues encuentra en la negación del otro la posibilidad de afirmarse y ser coherentes con la vieja cultura de la polarización.

²⁸ No se puede dejar de señalar el origen paramilitar del partido ARENA, que no era exclusivo de su liderazgo y que se expresaba en el himno del partido: “El Salvador será la tumba donde los rojos terminarán...”. Otra cosa es que ARENA rápidamente desarrolló una capacidad de combinar los instrumentos electorales y los violentos, y finalmente su práctica fue absorbida por los primeros. Para el caso del FMLN ver: Zamora, Rubén. *La izquierda partidaria salvadoreña: entre la identidad y el poder*. FLACSO-Programa El Salvador, 2003, pp. 117 y ss.

²⁹ Zamora, Rubén. *La izquierda partidaria salvadoreña: entre la identidad y el poder*. FLACSO-Programa El Salvador, 2003, pp. 117 y ss.

Finalmente, en El Salvador nos encontramos con la situación de que el fin negociado de la guerra ha significado una importante apertura democrática en nuestra sociedad, pero este proceso ha acompañado otro proceso, en el plano de la política económica, de signo contrario, es decir: con una tendencia concentradora de la riqueza y, por tanto, excluyente. En las dos últimas décadas, la contradicción entre la política económica y la política democrática se vuelve cada vez más clara en las prácticas políticas.³⁰

En los primeros años después de firmados los Acuerdos, esta contradicción no era percibida; al contrario, los sectores dominantes percibieron la democratización como funcional a su esquema de reforma económica y, por su parte, tanto los sectores dominados como sus expresiones políticas no tomaron conciencia de ella. La primera ola de medidas en este sentido, centradas en las privatizaciones y la desregulación, pasaron sin mayor problema; sin embargo, una vez completada esta fase, y habiéndose agotado la dinámica de crecimiento que ellas tenían, el gobierno se encuentra con un panorama político diferente, que le dificulta el lanzamiento de las reformas necesarias para la profundización del modelo económico.³¹ La oposición ha crecido, y el gobierno ya no cuenta con todos los recursos políticos institucionales, especialmente el legislativo, que le permitan actuar con la facilidad como lo hizo en la primera fase; y la sociedad en su conjunto, que ya ha experimentado los efectos de las privatizaciones, especialmente de los servicios públicos, se encuentra mucho más alertada.

La consecuencia es el que, tanto en el nivel del gobierno como de los sectores asociados a su esquema, se empieza a percibir la democratización como un obstáculo al avance de la reformas y como

³⁰ Un tratamiento más desarrollado de esta contradicción se encuentra en mi ensayo: *“La encrucijada de la Economía Salvadoreña”*. FLACSO-Programa El Salvador, 2001, Colección Aportes No. 11.

³¹ Como por ejemplo completar el programa de privatizaciones: el agua, los servicios de salud y educación, etc.

una amenaza para lo hasta ahora logrado por los propugnadores del modelo neoliberal. La salida que los sectores dominantes encuentran frente a este dilema es, por una parte, torcer hasta donde sea posible los mecanismos de la democracia para asegurarse la instrumentación de las reformas³² y, por otra, garantizarse que la alternativa de oposición no pueda llegar a la Presidencia de la República. En otras palabras, de lo que se trata es de violentar el sistema democrático e impedirle que pueda desarrollar la alternabilidad. El resultado neto de esto es la polarización política como instrumento de acción por parte del régimen.

Mientras tanto, la oposición se encuentra a su vez sometida a la misma contradicción, que se expresa con mayor claridad en el comportamiento del principal partido de oposición, el FMLN. Por un lado es el heredero de la tradición de lucha armada revolucionaria, y por otro es el signatario del acto más trascendente de “concertación nacional”: los Acuerdos de Paz; tiene que satisfacer a su propia militancia, que sigue siendo educada en la vieja tradición revolucionaria, pero es un partido lo suficientemente grande y con una votación tan alta que no puede menos que tomar en cuenta y satisfacer aspiraciones de un electorado que se ha movido hacia la derecha y que excede, en mucho, las dimensiones de su militancia; tiene que administrar un poder institucional en alcaldías y diputados, que ha crecido de manera importante, pero al mismo tiempo se encuentra frustrado en sus aspiraciones de ejercer el poder nacionalmente. Con este panorama no es extraño que tales contradicciones encuentren un terreno fértil dentro del partido, tanto como para producir disensiones y rupturas que generan oscilaciones por parte de la dirección respecto del curso a tomar. Sin embargo,

³² Se trata de “saltarse” los mecanismos propios del sistema democrático: total, las leyes económicas trascendentales de los últimos 6 años han sido aprobadas violentando los mecanismos internos del Congreso; la Corte Suprema de Justicia es cada vez más subordinada a las necesidades “políticas” del Ejecutivo; la independencia y neutralidad del sistema electoral tiende a estar comprometida, y la Corporación Municipal ha perdido su independencia del poder ejecutivo.

el resultado neto de esta dialéctica negativa es una creciente polarización entre el gobierno y el principal partido de la oposición.

El precedente análisis de la situación salvadoreña contemporánea apunta claramente a afirmar que las principales raíces de la polarización se encuentran presentes en la situación que actualmente vivimos. Esto no quiere decir que necesariamente tiene que darse, pues el sistema político podría apelar a contramedidas que redujeran los efectos de las tendencias polarizantes, como –por ejemplo– se produjeron en el periodo final de la negociación de paz y en los primeros años posteriores a la firma de los Acuerdos. El hecho de que la superación del conflicto armado y la democratización se convirtieran en “tarea nacional”, unido al desarrollo de una nueva institucionalidad en la que los actores principales del drama bélico participaron en su diseño e instrumentación, creó las condiciones para generar una corriente política de des–polarización, vigente al menos por cinco años.

Un segundo caso de tendencia contra–polarizante lo encontramos en los primeros meses de la presidencia actual. El presidente Antonio Saca planteó un nuevo estilo de gobernar: hizo un llamado público a todas las fuerzas de oposición a participar en un esfuerzo concertador, e incluso llegó a establecer un pequeño aparato institucional para darle vida a esta “nueva” política. A más de la mitad de su periodo, los resultados de esta política son más bien negativos. Las mesas de concertación, casi sin excepción, ya no funcionan, ya sea por irrelevancia de lo tratado o falta de interés de los participantes, o porque el FMLN se ha retirado. La consecuencia es que en la oposición política se va asentando el criterio de que los llamados a concertar son meros recursos propagandísticos y carecen de voluntad gubernamental, y lo que parecía una política des–polarizante se ha convertido en un elemento más que empuja al extremo contrario. Lo importante de tener en cuenta es que, cuando nos encontramos con una sociedad como la nuestra, en la que las diversas raíces de la polarización se

encuentran presentes, la tarea de despolarizar la política (es decir: reducir los niveles de conflicto de manera que no amenacen o interfieran con el funcionamiento de la dinámica democrática), requiere de una verdadera política por parte de los actores mismos. La polarización no va a desaparecer por sí misma o por el mero transcurso del tiempo, muchos menos por constantes llamados a la no polarización; que requiere de un diseño consciente para combatirla.

LA REGIÓN EN LA QUE EL FENÓMENO SE MANIFIESTA

Una segunda hipótesis podría formularse de la siguiente manera: *La polarización política actual está claramente ubicada en la región de las prácticas políticas, ya que la polarización programática es relativamente baja y las fuerzas contendientes se adhieren a una definición ideológica política común.*

La ubicación de la región en la que la polarización se focaliza en la actualidad puede ser mejor entendida si la analizamos comparativamente con la que se produjo en las décadas de los setenta y ochenta.

En el periodo anterior, la polarización política claramente dividía a la sociedad salvadoreña, desde lo ideológico hasta la práctica política, pasando por las propuestas programáticas. Los espacios comunes entre los contendientes eran prácticamente inexistentes, pues por un lado lo que predominaba era la ideología revolucionaria socialista y por el otro una visión del mundo centrada en el conservadurismo de la Seguridad Nacional. De igual manera, las propuestas programáticas tendían a presentarse la una como la negación de la otra y, aunque si bien hay que reconocer que la propuesta programática de la Junta Revolucionaria de Gobierno y luego del gobierno de la Democracia Cristiana, presentaba similitudes importantes con las propuestas de las organizaciones revolucionarias, las separaba un abismo, en la medida en que la

reforma agraria y las nacionalizaciones del comercio exterior y de la banca –piezas maestras de su modelo– estaban gobernadas por las necesidades de la contrainsurgencia, es decir por la voluntad política de utilizarlas como instrumento para aislar a los oponentes. Finalmente, tampoco era posible encontrar un espacio común en la práctica política, en tanto el régimen proclamaba las elecciones como el método de práctica política, basado en la legitimidad del orden constitucional que se había dado. Por el contrario, sus oponentes proclamaban la lucha armada como el instrumento estratégico, y su discurso estaba teñido de un anti–electoralismo estridente, negando la legitimidad constitucional con que el régimen se cubría.

En contraste con la situación anterior, hoy todos los actores han aceptado el marco de la legalidad constitucional y todos ellos participan de la competencia electoral; las diferencias se dan en cuanto a cómo la legalidad y lo electoral son instrumentados.

En segundo lugar, si analizamos las propuestas programáticas, es evidente que la izquierda, y específicamente su principal expresión, el FMLN, sin renunciar al socialismo como meta, han ajustado sus propuestas programáticas al marco de una sociedad capitalista y democrática. Si revisamos el programa con el que el FMLN se presentó a las pasadas elecciones presidenciales, esto se vuelve evidente: la palabra “socialismo” no es utilizada una sola vez. Igual sucede con el término “revolución” y, como el mismo documento³³ lo establece explícitamente, la visión de país que propone es “la de un país rico, una sociedad productiva y próspera, debidamente informada, culturalmente avanzada, socialmente justa y solidaria, libre de las deshumanizantes desigualdades, de los desequilibrios territoriales y urbano–rurales que hoy le afectan; una

³³ Ver. Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional: *Programa Social y Democrático para El Salvador*. San Salvador, septiembre de 2003.

sociedad democrática, con libertad de religión, liberada de la delincuencia y segura, altamente organizada, integracionista, abierta y ambientalmente sustentable, encaminada al bienestar de la gente y a la realización del ser humano. Una sociedad fundada en la libre determinación del pueblo”.³⁴

Tanto en contenido como en el lenguaje utilizado, lo anterior podría ser suscrito fácilmente por un socialdemócrata o un democristiano. Si la anterior cita se compara con lo que el partido de gobierno estaba proponiendo en la misma elección, fácilmente se podrá percibir la similitud del fondo entre ambos planteamientos, y al mismo tiempo las diferencias de énfasis entre ellos.

“Dentro de la visión renovada del proyecto histórico de ARENA, la gestión de gobierno 2004–2009 tendrá como marco referencial las siguientes aspiraciones: [...] convertir a El Salvador en una sociedad moderna, basada en el conocimiento, con alto capital humano, integrada social y territorialmente, con acceso generalizado a la información, orientada a reducir significativamente la pobreza y a la consecución del bien común; [...] En el ámbito económico: construir un sistema humano e incluyente, sustentado en la solidaridad, la responsabilidad social de la empresa y la subsidiaridad estatal, que genere los ingresos necesarios en el ámbito individual y nacional... En el ámbito político: transformar nuestro país en una sociedad tolerante y cohesiva, participativa y libre, que aspira a altos niveles de gobernabilidad en democracia, basados en la vigencia plena del Estado de Derecho en una búsqueda permanente de la paz social”.³⁵

Este fenómeno de un cierto nivel de congruencia entre las elites político–partidarias ya había sido destacado en un trabajo anterior, en el que a un grupo de dirigentes de los partidos políticos con representación parlamentaria se les pidió su ubicación con respecto

³⁴ *Íbid.*, p. 7.

³⁵ ARENA. *País Seguro: Plan de Gobierno 2004–2009*. San Salvador, 2004.

a ocho temas políticos sociales en los que se les daban alternativas cerradas. Arrojó el paradójico resultado de que, si bien se trataba de un espectro de partidos cargado hacia la derecha, en términos de las respuestas de sus dirigentes frente a los temas concretos, el resultado era el contrario, con predominancia de las posiciones progresistas sobre las conservadoras.³⁶ De igual manera, cuando se compararon las respuestas de los dirigentes de ARENA y el FMLN, el grueso no se ubicaba en los extremos del continuo derecha–izquierda, sino que las alternativas más al centro eran las preferidas por los dirigentes de ambos partidos (44.2% para el primero y 58.9% para el segundo).

En otras palabras, lo que podemos afirmar es que en el periodo de la posguerra, y en contraste con el anterior periodo, en los niveles ideológico y programático, los principales contendientes políticos se mueven dentro de una franja común lo suficientemente ancha para contener diferencias y matices propios de cada posición, pero compartiendo un común espacio de consensos básicos.

Pero cuando nos movemos de los dos anteriores niveles al tercero, es decir al de las prácticas políticas, la diferencia no puede ser menos contrastante: allí lo que predomina es la confrontación, y ésta tiende a revestir un carácter cada vez más agudo.

Las entrevistas a los dirigentes de ambos partidos muestran un marcado contraste cuando se refieren al campo de las prácticas políticas, esto es: en primer lugar, a la percepción que los actores tienen de su propia organización y de la otra. Cuando se les preguntaba, por la auto–ubicación de su partido en el espectro político, las respuestas eran coherentemente polarizadas: de 10 dirigentes entrevistados en el caso de ARENA, 8 ubicaron a su partido como de derecha y sólo 2 de centro–derecha, mientras que, de los 12 dirigentes del FMLN, 10 ubicaron a su partido en la izquierda y solo 2 en el centro–izquierda. La polarización se volvió

³⁶ Zamora, Rubén. *“Heridas que no cierran. Los partidos políticos en la post–guerra”*. FLACSO-Programa El Salvador, 1998, p. 311.

aún más evidente cuando fueron consultados acerca de cómo ubicarían a los otros partidos, y allí nos encontramos con que en ambos casos los dirigentes del FMLN ubicaron a ARENA como un partido de derecha (8) y de derecha radical (4), y los dirigentes de ARENA fueron aun más allá, pues la mitad de ellos (5) lo calificaron de izquierda radical y la otra mitad de izquierda³⁷. De nuevo, la “percepción del otro”, nivel de las prácticas políticas, está más polarizada de lo que las definiciones ideológicas y programáticas expresan.³⁸

En segundo lugar, como lo señalamos anteriormente, tanto los discursos gubernamentales como los opositores tienden a centrarse en lo negativo, de modo que la confrontación adquiere a veces matices realmente surrealistas: los actores confrontados operan presuponiendo lo negativo en el otro, prácticamente por principio. Así, por ejemplo, recientemente, el Presidente de la República ha recurrido a responsabilizar al FMLN por la muerte de los policías nacionales, por obra de un francotirador en una manifestación estudiantil, a mediados del año recién pasado.

¿Cómo es posible explicar entonces el peligroso nivel de polarización al que se ha llevado al sistema político? Puesto que si las diferencias, tanto en el nivel de la visión ideológica como de la propuesta programática, no son tan antagónicas, como lo fueron en el pasado reciente, ¿por qué entonces el alto grado de discurso y práctica confrontativa? A mi juicio tenemos que recurrir a una explicación dentro de ese mismo nivel, y ésta es que uno o ambos actores consideran funcional el uso de la polarización para obtener sus objetivos políticos inmediatos, especialmente de carácter electoral. Si a lo anterior se le añade la existencia de un sustrato de cultura política confrontativa, y que moviéndose dentro de éste los

³⁷ *Ibid.*, p. 73

³⁸ Se trata de resultados obtenidos hace más de 5 años. Creo que una similar investigación, en este momento, nos arrojaría un espectro político más polarizado, aun cuando no necesariamente en igual medida en lo programático e ideológico.

actores se sienten más seguros, tendremos una explicación, al menos tentativa, de lo que está sucediendo.

LOS SUJETOS DE LA POLARIZACIÓN

Una tercera hipótesis respecto de nuestra polarización se refiere a los sujetos: *La actual polarización salvadoreña esta montada sobre una paradoja: si bien no puede negarse su existencia, ésta contrasta con las actitudes de la ciudadanía, que no presentan un grado agudo de polarización. Nuestra polarización es un fenómeno de la elite política.*

Ésta es una de las proposiciones que podrían ser más controversiales, en la medida en que, al considerar como un hecho –correctamente– que vivimos en una sociedad socialmente polarizada, y que padecemos una cultura política polarizante, se concluye que los fenómenos de polarización que hoy presenciamos deben ser atribuidos al conjunto de la sociedad. Sin embargo, si prestamos una más cuidadosa atención a las relaciones entre sociedad civil y partidos políticos, así como a las encuestas de opinión pública, parecieran apuntar a una configuración de actitudes mucho más compleja en el conjunto social.

En primer lugar tenemos el fenómeno de la diferente relación entre movimiento social y estructuras políticas, pues allí se encuentra un indicador clave de la extensión de la polarización en el tejido social. Cuando la polarización política empuja a todas las expresiones no propiamente políticas (sindicatos, iglesias, aparato educativo, medios de comunicación, ONGs, etcétera) a asumir posiciones abiertamente políticas y “alinearse en torno a los ejes de la polarización política”, podemos hablar de una polarización generalizada. En nuestro país lo vivimos, en la década de los setenta y luego en los ochenta. De manera creciente, el enfrentamiento político invadía prácticamente todos los sectores de la interrelación social, y alineaba o dividía organizaciones e incluso familias. Hoy

este indicador no está presente. Por el contrario, prácticamente todas las organizaciones sociales insisten no sólo en su autonomía, sino que tienden a asumir una clara distancia frente a los partidos políticos y rechazan lo que perciben como extremada polarización en las luchas propiamente políticas.

Las organizaciones empresariales, las iglesias y la gran mayoría de las organizaciones de servicio ven con preocupación las tendencias polarizantes que desarrollan el gobierno y los partidos políticos, y en repetidas ocasiones han hecho llamamientos a la concertación, de manera que tanto el gobierno y su partido se ven en la necesidad de recurrir a este tipo de instrumentos para legitimarse, como la oposición tiende a aceptar los llamamientos a la concertación, aun cuando tiene una profunda desconfianza sobre su seriedad. Esta actitud contrasta claramente con la existente a finales de la década de los setenta, cuando las organizaciones políticas y sociales democráticas, progresistas, pudieron legítimamente rechazar el llamamiento que el régimen les hizo a conformar un Foro Nacional y, por el contrario, establecieron uno propio, el Foro Popular.

Al desarrollar la hipótesis anterior, insistimos en el carácter polarizante de la relación ARENA–FMLN y la clara tendencia a ubicar al otro lo más lejos posible de la auto ubicación, es decir: a remarcar las diferencias. Ahora es necesario analizar hasta qué punto esta tendencia es compartida por el grueso de la población. Para ello tenemos que recurrir a las encuestas de opinión pública como un instrumento indispensable para tratar de penetrar este mundo tan heterogéneo y cambiante.

Al respecto, he construido una serie con base en cinco encuestas que el IUDOP ha realizado en los últimos 6 años, en las que se ha incluido una pregunta sobre auto ubicación política de los encuestados. En el cuadro siguiente se ubica el mes y año en el que se tomó la muestra y sus resultados, teniendo en cuenta que, para efectos de realizar la comparación de resultados, los datos se han reagrupado.

Cuadro No. 1
Autodefinición política. 2000–2006
Porcentajes.

Año y mes	Ninguno	Derecha	Centro derecha	Centro izquierda	Centro izquierda	Izquierda	N.R.
Febr. 2000	44.4	16.3	5.4	17.1	4.5	10.7	1.6
Nov. 2001	13.5	22.3	13.0	38.8	6.0	6.3	—
Abril 2002	24.7	26.6	15.0	21.7	4.4	6.7	0.9
Febr. 2003	12.9	23.3	20.5	23.2	8.6	9.5	1.7
Febr. 2004	14.8	32.0	16.0	16.9	6.7	13.8	—
Febr. 2006	17.7	21.0	16.0	22.1	9.3	13.2	—

Fuente: IUDOP.³⁹ Varios años.

El análisis del cuadro arroja interesantes pistas sobre el tema que tratamos. En primer lugar, la serie indica un proceso de politización de la ciudadanía, en la medida en que hay un tendencia a reducirse el porcentaje (44.4%) de quienes declaran no ubicarse dentro del continuo o adscribirse a alguna de las 5 alternativas. De casi la mitad de los encuestados en el 2000, se reduce a menos de la quinta parte (17.7%) seis años después.⁴⁰

Un segundo elemento a considerar es que todas las opciones positivas registran un incremento porcentual, y que éste se corresponde con la disminución de la opción “ninguno”. Al mismo tiempo hay que señalar que la distribución del porcentaje que pierde la categoría “ninguno” se distribuye homogéneamente, es decir: quienes en las encuestas subsiguientes dejaron esa opción y se adscribieron a alguna no lo hacen de manera polarizada, sino que se distribuyen a lo largo del continuo izquierda–derecha,

³⁹ En la encuesta de 2000, las alternativas ofrecidas a los encuestados fueron las usadas en el cuadro; en las demás encuestas se le ofrecieron 10 alternativas numéricas, partiendo de la No. 1= izquierda a la No. 10= derecha. Para efectos de comparación, en el cuadro se asignan las respuestas dadas al 1 y 2 a izquierda, 3 y 4 a centro izquierda, 5 y 6 al centro, 7 y 8 al centro derecha y 9 y 10 a derecha.

⁴⁰ Una consideración alternativa podría ser que el porcentaje tan alto se deba a que ese año la pregunta fue sobre ubicación específica concreta, mientras que en el resto del periodo se trataba de una pregunta menos comprometedora.

incrementando moderadamente todas las otras categorías. El aumento más brusco en toda la serie es el de la categoría “derecha” en la encuesta del año 2004; sin embargo, este aumento de 9% se corrige en el siguiente dato, y puede atribuirse a la circunstancia de que la encuesta se realizó en medio de una campaña por la presidencia que fue altamente polarizada. Finalmente hay que señalar que las opciones no polares, es decir las centristas, en la mayoría de los años suman la mitad de los encuestados o son, en todos los casos, más de la mitad, si suprimimos las respuestas negativas.

El análisis de los datos de la opinión pública son coherentes con algo que ya hemos señalado anteriormente, y es que en el nivel de las organizaciones sociales (la Sociedad Civil) es notoria su tendencia tanto a criticar las prácticas polarizantes en que los partidos mayoritarios se involucran, como a plantear la necesidad de despolarizar nuestra vida política.

Las consideraciones anteriores nos permiten afirmar que, a diferencia de la elite política partidaria, el electorado en su conjunto no presenta una tendencia polarizante. Por el contrario, pareciera definirse mayoritariamente por las alternativas no-polares.

En otras palabras, estamos en presencia de un fenómeno de creciente polarización política entre las elites partidarias, y no en el conjunto de la población. El sujeto de la polarización es el partido político y el gobierno. El fenómeno de la polarización actual, a diferencia de lo que sucedió en décadas pasadas, está socialmente acotado a quienes participan directamente de la práctica política, es decir los partidos y el Estado, y no abarca al conjunto de la sociedad.

Lo que entonces queda por explicar es por qué, si lo descrito se corresponde con la posición del grueso del electorado, los resultados electorales presentan lo contrario. Es materia de otro ensayo, pero resulta evidente que el electorado en los últimos 6 años, y a diferencia de los 7 años anteriores, se está volviendo crecientemente polarizado, y de hecho apunta a la institucionalización de un sistema partidario bipartidista y polarizante.

Es decir: que camina en la dirección de repetir, en este nivel, el esquema predominante en el cuarto de siglo previo a la guerra civil. Si esto fuera cierto, cabría preguntarse si en las presentes condiciones es posible repetir el proceso acaecido en aquel periodo: que la polarización partidaria permee el conjunto de la sociedad y lleve a la polarización total.

VI. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los análisis precedentes, indican que nuestro proceso de democratización se encuentra secuestrado por una creciente polarización política; que, en esta etapa, su impacto central es la desinstitucionalización democrática, y no la paralización o el colapso. Por otra parte, podemos afirmar tentativamente que la polarización que actualmente vivimos, por un lado, está ubicada en una región de la vida política y no es su totalidad, concretamente en la región de las prácticas políticas y que, por otro, difiere sustancialmente de la vivida en la etapa anterior, ya que no se trata de la polarización del conjunto de la sociedad, sino de los aparatos propiamente políticos de ella, y de las personas asociadas a éstos (Estado y partidos). Al mismo tiempo, el análisis nos muestra una fuerte propensión a generar polarización, no solo por las características de la estructura social en la que se asienta, sino también por el tipo de cultura política que prevalece en nuestra sociedad y por el reiterado y prolongado uso que se ha hecho a la violencia como instrumento principal de la política. Lo cual nos hace prever la alta posibilidad de que una polarización acotada a los actores propiamente políticos y centrada en las prácticas pueda extenderse en un doble sentido: al conjunto del cuerpo social y que se profundice con la aparición de más profundas rupturas en los planos ideológico y programático.

¿Debemos asumir una actitud fatalista frente a estas conclusiones y pensar que todo el esfuerzo y sacrificio que costó a miles de salvadoreñas y salvadoreños superar el militarismo e iniciar el camino de la democracia, no va a ser sino una prolongada, pero

en definitiva efímera, primavera? Mi posición es que éste sería un pobre servicio a todos ellos y que, desde un punto racional, es posible afirmar que aún queda espacio para corregir estas tendencias negativas en nuestra sociedad.

En este sentido, me permito proponer cuatro líneas de acción política para lograr tal corrección.

a) Continuar y desarrollar el estudio del fenómeno de la polarización política en El Salvador, tanto desde una perspectiva histórica, como empírica. Es evidente –y este ensayo es prueba de ello– que los análisis necesitan de una mayor riqueza y actualización de los datos, así como incorporar las perspectivas teóricas y comparativas que sobre el tema se están produciendo en el ámbito de las ciencias políticas. Es necesario desarrollar un programa de investigación al respecto que nos permita, por ejemplo, centrarnos en el desarrollo del fenómeno en los lugares institucionales en los que se está manifestando con mayor fuerza: la Asamblea Legislativa, la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, las carteras de estado, como Gobernación y Seguridad Pública, la expresiones corporativas del municipalismo y el aparato electoral, para citar los que a mi juicio son, hoy, los más relevantes.

b) Si la hipótesis de que la polarización no es un fenómeno global, sino acotado, es correcta, lo lógico es que las fuerzas políticas que toman conciencia de esto traten de desarrollar formas de cooperación política tanto entre sí como –y principalmente– con las organizaciones de la sociedad civil para mantenerlo acotado e ir reduciéndolo. La lucha contra la profundización y extensión de la polarización tiene un carácter que sobrepasa las diferencias de clase y, por el contrario, puede ser o llegar a convertirse en un eje de concertación de un amplio conjunto de fuerzas sociales. La construcción de un frente político–social a favor de una política de concertación, de dimensiones similares, aunque con sus particularidades propias, al que se creó a favor de la paz en el periodo final del conflicto armado, puede ser una aspiración realista y factible. Lo más probable es que la iniciativa,

por paradójico que parezca, tenga que venir del seno de las mismas fuerzas políticas partidarias, siempre y cuando éstas entiendan el carácter estratégico de esta lucha y lo negativo que sería sujetarlo a intereses electorales coyunturales.

c) De igual manera, si queremos derivar líneas de acción de los análisis anteriores, no tenemos más que reconocer que en gran medida un centro estratégico de debate se vuelve la reforma de los partidos políticos: éstos son los principales portadores y realizadores de la polarización política en nuestro medio y, por decirlo con una metáfora, pareciera que la llevan en la sangre. La necesidad de enfrentar la reforma/educación de los partidos se vuelve uno de los puntos neurálgicos de la superación de los actuales niveles de polarización. La posibilidad de contar con cooperación externa en esta tarea, y de impulsarla a partir de un movimiento de la sociedad civil, debe ser seriamente considerada. Comprometer a los partidos políticos en una seria discusión sobre este tema, que supere el recurso fácil de justificarse echándole la culpa al otro, puede ser uno de los pasos iniciales positivos en este camino.

d) Aparejado a lo anterior, es indispensable la reforma electoral, en primer lugar para garantizar la despolarización del aparato electoral, fundamental para la democracia, garantizando su neutralidad; y, para ello, se vuelve necesario introducir una inyección de *ciudadanización* en sus operaciones. Si el aparato electoral continúa como está funcionando ahora, su legitimidad será cada vez menor y, en consecuencia, su tendencia a polarizarse partidariamente será mayor, un caso que ya vivimos en el pasado. En segundo lugar, y como parte de esta reforma, hay que enfrentar el problema del gasto de campaña, pues en la medida en que la situación actual continúe sin ser modificada drásticamente y, por el contrario, lleve adelante su tendencia a profundizar las asimetrías del juego electoral, muy poco se podrá hacer para combatir la polarización en forma efectiva.

Como decíamos ayer: “La lucha es larga; comencemos ya”.

VII. LA RENOVACIÓN DE VIEJAS TENDENCIAS

ROBERTO TURCIOS

INTRODUCCIÓN

Miércoles 15 de marzo de 2006. Los magistrados electorales y los representantes de los partidos asisten a un evento inusual: están contando, uno por uno, los votos depositados para elegir al Concejo Municipal de San Salvador, con disputas acaloradas de por medio. Son los comicios número cinco de este tipo que se celebran desde los Acuerdos de Paz. Varios partidos han participado en la contienda, pero han llegado a la disputa final el FMLN y ARENA, los mismos que se han turnado en el mando municipal en las cuatro ocasiones anteriores. Sin embargo, la competencia nunca había sido tan reñida. Por eso hay votos cuestionados, cuya legalidad da lugar a polémicas ardorosas.

Interrupción. No es un receso para bajar los ánimos. El paréntesis se debe al aumento de las tensiones por la llegada de una manifestación de simpatizantes del FMLN hasta el hotel donde se realiza el recuento de votos. Los balazos, las carreras y los gritos traen el recuerdo de los peores momentos de la guerra. Llega el anuncio del resultado final: por 44 votos, el FMLN le gana a ARENA. En ninguna de las rondas anteriores hubo una competencia tan reñida por la alcaldía de la capital; tampoco se registraron incidentes tan violentos como los de esta vez.

La oficialización de los resultados vuelve los ánimos a la normalidad. Pero ¿cómo ha sido la normalidad? Las respuestas que aquí se proponen se refieren a una normalidad que, antes y

ahora, ha sido polarizada. Hoy, como en el pasado, la competencia política ha sido determinada por el patrón del enfrentamiento entre dos polos principales de poder, y ha tendido a librarse con violencia o con las fórmulas de la intransigencia. Hubo un corto periodo, vinculado a los Acuerdos de Paz, de una distensión extraordinaria, pero el viejo patrón volvió a imponerse.

Respecto al pasado hay dos novedades sobresalientes: la primera es la transición fundacional hacia la democracia; la segunda está constituida por los sujetos políticos principales, uno de derecha y el otro de izquierda, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Esas novedades han desembocado en una situación inédita, que tiene como base una polarización funcional, con los dos partidos adoptando la tensión y la intransigencia como formas habituales de la convivencia, impidiendo los acuerdos básicos para forjar una noción compartida del Estado.⁴¹ Y de esa manera han logrado el respaldo creciente de los votantes y se han distribuido las principales cuotas del poder político, la más grande de las cuales ha favorecido a ARENA. Entre esos parámetros ha evolucionado la transición, unas veces con fluidez, otras con lentitud, hasta desembocar en el estancamiento político y el anacronismo institucional.

A pesar de todas las tensiones, la transición ha dado lugar a las mayores libertades de la historia. Ha significado la salida de la guerra mediante el acuerdo político, y la entrada al periodo más largo sin golpes de estado y con la celebración regular de elecciones. Por eso ha sido fundacional, pues el país no venía de la libertad, sino de la arbitrariedad y la intolerancia. Llegamos a la guerra por la polarización, y salimos de la guerra para caer en la polarización. Tal es el resumen simplista de los últimos quince años. Atrás de la

⁴¹ Aquí la polarización se maneja en un sentido amplio. Aunque se tienen presentes los planteamientos de Sartori (*Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 165 y ss.) y los aportes de A. Artiga-González (*Elitismo competitivo*, San Salvador, UCA Editores, 2004, pp. 94 y ss.), el empleo del término alude a la coexistencia tensa, en la que hay desconocimiento mutuo entre los dos partidos principales.

polarización hay un enorme peso estructural que ha tendido a favorecer la continuidad de la derecha, durante 18 años, en el poder principal del Estado.

Estamos ante un círculo que parece cerrarse cerca de su punto de partida. Tal imagen resulta irritante e irresistible desde una perspectiva histórica, porque allí aparecen las viejas tendencias típicas del autoritarismo, en disputa con otras recientes, las de la negociación y la vigencia de los Acuerdos de Paz. Sin embargo, cuando decayeron los entusiasmos por la paz, se celebraron las primeras elecciones de la posguerra y se retiró la misión observadora de las Naciones Unidas, volvieron a su lugar dominante las tendencias de mayor edad.

Si la historia no pasa encima de la gente, sino que la gente hace historia, entonces sus largas actuaciones, dominadas por las viejas obsesiones y esperanzas, se convierten en tendencias y patrones. Con esa idea, aquí se hace un repaso sumario de las tendencias recurrentes en el tiempo, porque en ellas y en los ciclos en que se desarrollaron se pueden encontrar claves explicativas de las tensiones de hoy. Al final se sugiere que la crisis actual podría estar llegando a los linderos de la ingobernabilidad.

I. TENDENCIAS HISTÓRICAS

CUATRO CICLOS Y DOS TENDENCIAS

Durante la segunda mitad del siglo XX, ninguna década transcurrió sin convulsiones políticas. La estabilidad autoritaria resultaba temporal y relativa, pues luego de algunos años de calma aparecía la crisis. Sucedió así desde 1948, cuando comenzó un periodo de transformaciones que remodeló el autoritarismo.

El nuevo autoritarismo tenía dos baluartes: la Fuerza Armada y el Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD). Éste era el depositario de la herencia del oficialismo. Los dos dependían de los humores del presidente y comandante general de la Fuerza Armada, quien era el encargado de lograr la armonía con los grupos

económicos dominantes. Pronto, en 1952, pasaron al segundo plano las promesas democráticas del régimen con un amplio despliegue represivo contra los opositores. En las elecciones presidenciales de 1956, el candidato y el partido oficiales encontraron un vigor opositor inesperado. Pero no valieron los argumentos jurídicos contra la imposición; ésta se mantuvo, defraudando la expectativa democrática que venía desde 1944, año de una jornada memorable, la “huelga de brazos caídos”, que derrotó a la dictadura del general Hernández Martínez. Esos patrones y sus tendencias características se mantuvieron durante las tres décadas siguientes.

En octubre de 1960 un golpe de estado derrocó al gobierno del coronel José María Lemus, sumido en el descrédito por la intervención militar en los recintos universitarios y la represión contra los opositores. Con el golpe terminó el primer ciclo del nuevo autoritarismo modernizador. Durante una década se había transformado la infraestructura, las vías de comunicación, el sistema eléctrico, la seguridad social y el patrón agro exportador, ahora acompañado por la industrialización y la integración centroamericana. Aunque había elecciones periódicas con participación opositora, la política seguía dominada por la Fuerza Armada, el partido oficial y las tendencias de la imposición. En esta década los grupos dominantes no dejaron ningún indicio de un genuino compromiso con la democracia.⁴²

Las corrientes democráticas intentaron un tránsito del autoritarismo militar hacia la democracia, mediante la organización de elecciones sin partido oficial durante el corto respiro creado por el golpe de estado de octubre. No lograron el objetivo, pues acabaron imponiéndose las tendencias emblemáticas del autoritarismo, amparadas en el respaldo de la Fuerza Armada.

⁴² El fenómeno no se circunscribe a El Salvador. Atilio A. Borón (*Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, FLACSO, 2004, pp. 227 y ss.) retoma a Agustín Cueva para sostener que en casi dos siglos de vida independiente no hubo en América Latina una revolución burguesa que implantara una democracia capitalista.

El segundo ciclo transcurre bajo dos signos: el del oficialista Partido de Conciliación Nacional (PCN) y el de la renovación política. A partir de 1964 comenzó la mayor apertura electoral en todo el siglo por la introducción de la representación proporcional en las elecciones legislativas. Aun con su trascendencia, la apertura tenía las limitaciones propias del autoritarismo militar, que se traducían en la imposición y en una manera arbitraria de administrar los conflictos. Desde 1967 aparecieron las señales de un complejo panorama de conflictos; su punta visible era el incidente militar con Honduras, pero su extensión era mayor. Estaban enredados los conflictos de los grupos de oficiales en el ejército, los intentos de darle un viraje militarista a la apertura, la relación con Honduras y las dificultades del Mercado Común Centroamericano. En julio de 1969, El Salvador comenzó la guerra contra Honduras, buscando ventajas en las negociaciones pendientes con el gobierno vecino, la principal de las cuales era la presencia masiva salvadoreña en aquel país. No ocurrió eso, sin embargo, pues quedó una secuela que presionaba al cambio. En primer lugar en la situación social, por la llegada masiva de las familias campesinas expulsadas de Honduras; en segundo lugar en la situación económica, porque la integración regional había quedado paralizada; en tercer lugar en la apertura política. El segundo ciclo estaba llegando a su fin en medio de una gran polarización, alentada por el fervor nacionalista y la guerra.

A partir de 1969 hubo virajes, divisiones y reagrupaciones en el partido oficial, el ejército, la Iglesia católica y el Partido Comunista. En 1972 resultó evidente el cambio de situación, con el fraude electoral en febrero, el golpe de estado en marzo y la intervención militar de la Universidad de El Salvador en julio. La guerra contra Honduras había operado como línea divisoria entre dos ciclos, el de la apertura y el que vendría después, el de la seguridad nacional. La Fuerza Armada y el PCN prefirieron clausurar la apertura, manteniendo la carta reformista, especialmente en materia agraria, aunque en una versión de bolsillo, porque la ponía a remolque de

la seguridad nacional. Así se moldeó el nuevo ciclo, a partir de 1972. Entonces habían surgido las organizaciones revolucionarias que reivindicaban la vía armada hacia el poder. Entre 1969 y 1972 se gestaron los conflictos que pasarían a dominar toda la política nacional. El único intento de entrar a la democracia, aunque en forma restringida, quedó abandonado por una vuelta al autoritarismo clásico de tipo militar y represivo.

A partir de 1975 vino el oleaje represivo que se mantuvo en ascenso en los dos años siguientes, junto al planteamiento reformista de seguridad nacional. En 1977 el Gobierno abandonó su propuesta de reforma agraria, y la modalidad más dura de la seguridad nacional, que asumía como algo legítimo la desaparición de los opositores, quedó dominando el panorama político. Era el final del tercer ciclo.

La crisis que se había abierto por la guerra contra Honduras era el hecho político dominante desde 1977. Como consecuencia creció el temor en los círculos dominantes y disminuyó la disposición reformista. Después hubo un ciclo transicional, que tenía como banderas principales las reformas y el desmantelamiento de los aparatos emblemáticos del autoritarismo militar. Era el cuarto ciclo, que transcurrió entre el golpe de estado de octubre de 1979 y el asesinato de monseñor Romero, en marzo de 1980.

Durante 30 años El Salvador había transitado por ciclos de estabilidad relativa, interrumpidos por momentos críticos, en cuyos desenlaces tendía a quedar postergada la expectativa democrática vinculada a la transformación social causada por la modernización económica, mientras se mantenían las características fundamentales del autoritarismo militar. Luego de 4 ciclos el país se instalaba en la antesala de la guerra civil.

CONVICIONES DEMOCRÁTICAS

De la guerra, de la imposibilidad de una victoria militar decisiva, puede surgir la disposición negociadora, pero no la convicción

democrática. Algo de eso ha podido verse en El Salvador, donde los patrones y las tendencias del autoritarismo, junto a la herencia de la guerra, han influido en las mentalidades y las formas de organización adoptadas por las generaciones que dirigieron el tránsito de la guerra a la paz. La primera línea de la dirigencia histórica está formada por personas que se hicieron veteranas bajo el autoritarismo; es el caso de Salvador Cayetano Carpio, Shafick Hándal, Mélida Anaya Montes, Francisco José Guerrero, José Antonio Rodríguez Porth, Fabio Castillo, Guillermo Manuel Ungo y José Napoleón Duarte, entre otros. Desde mediados del siglo pasado, todos se volvieron veteranos moviéndose en medio de la lógica política impuesta por el lugar central del ejército, que actuaba como la institución insignia del sistema político y, como tal, tendía a asegurar su predominio sobre la sociedad, acompañado del partido oficial.

Aparte de las personas notables había algo más denso: la cultura política formada en los largos años de dominación autoritaria. El pensamiento y la manera de actuar de la población y las dirigencias procedía de la misma matriz, la cual tenía un lenguaje binario: oficialismo y oposición. En la derecha hubo otra academia, la que se constituyó admirando el pensamiento anticomunista radical vinculado al espíritu del gobierno del general Hernández Martínez, que durante 13 años dirigió al país con mano de hierro, sin permitir la organización de los opositores. Además, tanto la generación histórica como las siguientes tuvieron como escuela especial la guerra de 1980.

Al final de los cuatro ciclos políticos quedaba entronizada la intolerancia en su vertiente más dura: el ejercicio implacable de la violencia entre los adversarios, donde ocupaba un lugar destacado la Fuerza Armada. Pero de allí salió la materia con la que se moldearon los Acuerdos de Paz, la materia dúctil, flexible, capaz de darle forma a un convenio establecido en una mesa entre pares de guerra que aceptaban el diálogo para ponerle fin a los combates,

acordando el tránsito a la mesa que construirían los votantes en cada una de las periódicas citas electorales futuras.

Aquello fue un producto excepcional, pues se salía de las normas del siglo XX. Fue el producto de un momento también excepcional, formado en el trastorno que envolvía a las fórmulas de la lógica política y de las alianzas. Mientras caía desplomado el campo socialista, para Estados Unidos cambiaba el sentido de la guerra salvadoreña. También para el FMLN. A los factores internacionales se sumaron los nacionales.

En noviembre de 1989, San Salvador se convirtió en campo de batalla, a raíz de una de las mayores ofensivas guerrilleras. Cuando el FMLN mantenía el asedio sobre San Salvador, un grupo del ejército asesinó a los sacerdotes jesuitas en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Con esos factores se formó la antesala de las negociaciones que condujeron a los Acuerdos de Paz. El país entró, en 1992, a la fundación democrática; no era un retorno a algo perdido con la guerra: era una situación nueva que nunca se había vivido durante el siglo.

En el carácter singular de la transición salvadoreña está una parte de los orígenes del comportamiento polarizado que vendría después de los Acuerdos de Paz: en un lado estaba la procedencia de la guerra; en el otro, la entrada a una transición fundacional que sería hecha por líderes formados en el autoritarismo y fogueados en el campo de batalla.

REPASO DE SUJETOS

Dos grandes sujetos salieron de la guerra para ocupar los primeros lugares de la contienda política. Uno, el FMLN; el otro, ARENA. El primero salió del campo de los combates, con su tropa desmovilizada y la militancia civil; el segundo ya estaba en el Gobierno, conquistado en la segunda elección presidencial celebrada durante la guerra. Los dos constituían fenómenos partidarios sorprendentes y excepcionales.

ARENA surgió con un fervor nacionalista sin igual, que enfilaba contra la intervención del Gobierno de los Estados Unidos en la guerra y los asuntos domésticos, también contra el Partido Demócrata Cristiano (PDC). A la par profesaba un anticomunismo radical, que le servía para colocarse como el enemigo por excelencia del FMLN, su referencia favorita.

Desde su etapa inicial ARENA fue un fenómeno partidario; con una base social en la que estaban la mayoría de propietarios agrarios y empresarios, junto a contingentes de las clases populares moldeados por el autoritarismo militar y anticomunista, asistió a su primera competencia electoral en 1982, con base en la cual se integraría una Asamblea Constituyente. Obtuvo tan buen resultado que su fundador y líder indiscutible, el mayor Roberto D'Aubuisson, ocupó la presidencia de la Constituyente. Asistió a la segunda cita en las urnas en 1984, durante los comicios presidenciales en los que libraron la contienda decisiva D'Aubuisson y Duarte. Ganó Duarte, pero una mayoría en el partido creía que el gobierno de los Estados Unidos había inclinado la balanza para conseguir ese desenlace.

A pesar de eso, D'Aubuisson impuso su línea: había que seguir en el carril electoral. Un año después hubo otra elección, para integrar la Asamblea Legislativa y los concejos municipales; y la cuota obtenida parecía confirmar el ascenso definitivo del PDC, pues había logrado una victoria contundente que lo dejaba con mayoría en el parlamento. Entonces, ARENA adoptó una línea agresiva: nadie, ni la Casa Blanca, lo detendría en el propósito de desgastar al Gobierno. No descartó ninguna de las acciones imaginables en medio de la guerra ni vaciló en darle su apoyo a una huelga empresarial o a otra en el seno de la Asamblea Legislativa. Y esa actitud condujo al partido a un éxito asombroso. En las elecciones de 1989, ocho años después de haberse fundado, conquistaba la presidencia de la república con Alfredo Cristiani como su candidato. Pocos partidos en América Latina habían logrado un

éxito semejante; en El Salvador ningún partido había conseguido una victoria así, levantando las banderas fervorosas y radicales del anticomunismo.

El FMLN fue otro caso excepcional. Representó la culminación de un movimiento engrosado por obreros, campesinos y sectores medios alentados por la esperanza de una revolución de izquierda y frustrados por el autoritarismo. El Frente se constituyó en 1980 por cinco agrupaciones político militares que llegaron a acuerdos más formales que reales, pues cada una de las organizaciones conservó su independencia y sus estructuras.

Lanzó en enero de 1981 su primera ofensiva. Los especialistas creían que había terminado mal con la experiencia. No estaban equivocados en sus análisis, pero el Frente se reorganizó después de esa experiencia fallida y, un año más tarde, estaba desarrollando otra ofensiva militar. Mantuvo un ritmo impresionante, tanto en las luchas militares como en las políticas nacionales e internacionales. Pudo organizar batallones de combate con gran poder de fuego y, a la vez, ofensivas diplomáticas en dos continentes. Tenía sistemas satelitales, aviones, computadoras y especialistas siguiendo sus pasos. Sin embargo, no sufrió una derrota estratégica a lo largo de una década. ¡Quién podía imaginar a una guerrilla a 30 kilómetros de la capital!

En 1989, el FMLN organizó una ofensiva que sorprendió a El Salvador, a los Estados Unidos y a todo el mundo que seguía las batallas y las propuestas negociadoras. En América Latina había pocos casos comparables con los revolucionarios salvadoreños.

¡Ésos fueron los principales actores de la negociación! Si uno de ellos había ignorado la negociación; el otro había hecho lo mismo con las elecciones. Se juntaron en la mesa de diálogo y acordaron una fórmula que combinaba las medidas que antes ellos habían ignorado. De esos sujetos, complejos y singulares, con pasados comprometidos con la violencia, nació el tránsito hacia las prácticas democráticas por primera vez en la historia salvadoreña.

II. UNA POSGUERRA EXCEPCIONAL

NUEVOS CICLOS

Quince años atrás, el país, sus agrupaciones políticas y Fuerza Armada lograron reconocimiento mundial. Y no fue gratis. En la mesa de negociaciones se había acordado el fin de la guerra, la desmilitarización y la renovación política. Más de una década estuvo la guerra en el sitio dominante de la política salvadoreña; a pesar de su imposición rotunda, poco a poco fue ganando espacio la negociación. Fue una esgrima librada en la mesa de Naciones Unidas, mientras seguían los combates y la amenaza de batallas generalizadas. Bajó la intensidad de los enfrentamientos militares y creció la agenda de la negociación. El cese al fuego y la desmovilización de los batallones fueron impresionantes; las jefaturas militares demostraron la eficacia de su mando al cumplir con el calendario de las desmovilizaciones casi al pie de la letra.

De la matriz de guerra surgía el turno de la política electoral. De las operaciones militares se pasaba a las acciones típicamente políticas, donde los grandes contendientes de la mesa negociadora lucharían por conquistar la mayor cuota de poder posible. Con esas características únicas se formaron el sistema de partidos y la competencia electoral vigentes.

En 1994 se celebraron las primeras elecciones de la posguerra. Al cumplimiento impecable del cese al fuego y la desmovilización militar seguía la mayor de las pruebas políticas. El mismo día estaba fijado para las elecciones del presidente y las personas que ocuparían las 84 bancas legislativas y dirigirían los 262 gobiernos municipales. Fue una prueba decisiva para un país que había vivido 12 años en guerra. Hubo tensiones y denuncias, pero la cita se cubrió sin que aparecieran las armas. Era un mérito sobresaliente, considerando que se daba en la etapa inicial de la posguerra y de la transición a la democracia.

Dos partidos se ponían encima de todos, ARENA y el FMLN, que debieron acudir a la segunda vuelta de la elección presidencial, porque el primero de ellos no alcanzó la mayoría necesaria para triunfar en la primera. En esta experiencia no faltaron las manifestaciones de las viejas tendencias, entre ellas las alentadas por el anticomunismo histórico.

Si los contendientes principales superaron la primera prueba, quedaban ante un calendario electoral que los obligaba a un ritmo frenético. En marzo de 1997 tenían que acudir a una segunda cita para la elección de diputados y concejos municipales. Eso significaba que desde mediados de 1996 debería estar abierto el proceso de selección de las candidaturas. En 1999 sería el turno de la elección presidencial, cuya campaña arrancararía desde 1998, y los movimientos en torno a las precandidaturas desde 1997. Luego, en marzo de 2000, de nuevo a la contienda por las diputaciones y los concejos municipales. Era una impresionante sucesión de fechas en un país con poca institucionalidad para cumplirlas con solvencia. Habría un respiro previsible después de la elección de 2000, pues la siguiente contienda ocurriría hasta 2003.

Tal vez el sosiego previsto, por lo menos, para los siguientes 24 meses generó un ambiente nuevo, con señales de recuperación del diálogo perdido, muy incipientes, pero prometedoras. Forcejeos con el estilo tradicional intransigente no faltaban, como los sucedidos en la Asamblea Legislativa después de las votaciones de marzo de 2000. Aun así hubo acercamientos entre ARENA y el FMLN, sostenidos por sus principales dirigentes.

Con la coexistencia de dos tendencias terminó el año: una era la del diálogo, la del acercamiento entre las dos fuerzas principales, tratando de encontrar asuntos de interés común; otra era la del forcejeo excluyente, basado en la intransigencia, en el no reconocimiento del adversario. Pero llegaron el viraje, el desencuentro y la apertura de otro ciclo con la tendencia de la exclusión del adversario por encima de todas.

El presidente Flores anunció en los primeros días de enero su propósito de poner en práctica las propuestas presentadas por la comisión encargada del Plan de Nación. Tenía, sin embargo, una carta escondida. Sólo las personas muy cercanas estaban enteradas del próximo anuncio. Éste era la dolarización. Por la vía rápida se aprobó la medida, sin dar espacio a debates ni preguntas. Y los acercamientos terminaron. La tendencia a la exclusión intransigente, basada en el desconocimiento del adversario, se imponía con un vigor renovado.

Al vértigo político siguió uno peor: un terremoto seguido de réplicas interminables, hogares destruidos en la brevedad del tiempo que se percibía como oscilación eterna. Era la mayor tragedia desde el fin de la guerra. Una parte del territorio quedó con fisonomía distinta a raíz de la convulsión sísmica. Vino un segundo terremoto con nuevas réplicas. Y la intransigencia política permaneció impasible. Ni la tragedia de miles de personas fue capaz de crear el acercamiento que permitiera un programa de emergencia. En esa coyuntura ganó un *round* decisivo la tendencia de la exclusión. A partir de entonces se instaló plenamente el desconocimiento mutuo de los partidos principales, y casi toda la política debería pasar por el filtro de las interpretaciones polarizadas y la lupa de las lecturas binarias.

En 2003 fue la siguiente elección. Los dos grandes contendientes se enfrentaron otra vez, confirmando sus posiciones primeras, aunque con una sorpresa. En la tercera posición, el Partido de Conciliación Nacional (PCN) les arrebató más curules y municipios de los previsibles. Además, en la competencia de ARENA y el FMLN había novedades: el primero de los partidos llegaba a su cantidad más baja de municipios y diputaciones logrados durante la posguerra, mientras el segundo mantenía su primera posición en la Asamblea Legislativa. El desconocimiento mutuo seguía instalado en la Asamblea, donde no era posible el acuerdo que, al menos, respetara la representatividad de ambos para la integración de su junta directiva.

Todavía faltaba el ascenso a un escalón del enfrentamiento bipolar. Se produjo en 2004, durante los terceros comicios presidenciales de la posguerra. Los dos partidos no dejaron fuera nada de lo que pudieran emplear a su favor, o en contra del adversario. Destacaron los favores concedidos a las candidaturas areneras. Hasta las empresas abandonaron su concentración en los negocios para meterse en la campaña llamando, en forma encubierta o descubierta, a hacer la lucha contra “la fórmula electoral de los comunistas”. Incluso desde los Estados Unidos hubo políticos que manejaron las remesas como un asunto que podía sufrir represalias si triunfaba el Frente. Por su lado, éste no huyó del enfrentamiento bipolar. Lo asumió sin vacilaciones. ¡Y el pueblo apreció la bipolaridad! El registro de las votaciones dejó marcas históricas para ARENA, el Frente y la asistencia a las urnas. Una cuestión fundamental quedó planteada en la votación de 2004. ¿Premió la gente la polarización? La misma población que en las encuestas manifiesta orientaciones distintas a las bipolares ¿premiaba la intransigencia? De no ser ese el caso, ¿cómo debe interpretarse la afluencia masiva a las urnas bajo invitaciones a la exclusión y la intolerancia?

En 2006, ARENA y el FMLN mantuvieron el ambiente anterior. Esta vez, sin embargo, el juego en los linderos de la ilegalidad no tuvo límites. El presidente dejó su despacho, prefiriendo convertirse en el primer activista del partido, que hacía invitaciones a una especie de referéndum a su favor, porque los opositores funcionaban como estorbos a su gestión. Los premios a la bipolaridad quedaron matizados, en especial en la selección de los concejos municipales. La novedad la crearon los alcaldes que antes se habían quedado sin partido, porque los principales los expulsaron o ellos se salieron. En esas condiciones adversas, sin embargo, consiguieron triunfos holgados.

En la base de esa situación peculiar se encuentra un sistema político con dos partidos mayoritarios que se han complementado, siendo funcionales sistémicamente uno para el otro. ARENA y el

FMLN han sido partes sistémicas de una funcionalidad que les ha favorecido pues, desempeñándose de esa forma, han aumentado su caudal de votos. Por la permanencia en el Ejecutivo, durante 4 presidencias consecutivas, puede verse quién ha obtenido mejores posiciones.

FORMATOS DE SOCIEDAD CIVIL

En el tránsito de la guerra a la fundación democrática, la gente hizo sus apuestas. También las organizaciones representativas de los intereses sociales. Una mayoría optó por ARENA, y otra lo hizo por el FMLN. Así se favoreció una división perdurable que ha moldeado las preferencias electorales durante la posguerra. De donde podían salir los sujetos portadores de la distensión brotaban, más bien, los ecos del enfrentamiento bipolar. Así sucedía, en especial, en las cámaras empresariales.

Cuando comenzaba la vigencia de los Acuerdos de Paz había una composición desigual. Estaban en los lugares conquistados desde varias décadas atrás las agrupaciones empresariales y sus afines, mientras en los otros campos había una reorganización dinámica, a raíz, por un lado, de la actualización inevitable de las entidades que habían mantenido, en el país y en medio de la guerra, posturas a favor de la negociación y, por otro lado, de los organismos que buscaban la inserción, porque se habían formado en el exterior o se estaban constituyendo en ese tiempo. Bajo esas circunstancias imperó el intercambio; San Salvador debe de haber sido entonces la ciudad latinoamericana con el mayor número de eventos y con más vistosidad pluralista. Poco a poco esa tendencia fue variando, hasta ponerse en correspondencia con los poderes de la política. De esa manera las reagrupaciones tendían a favorecer las tendencias tradicionales, en especial las identificadas con las posiciones de la derecha empresarial, que tenían una influencia envidiable en los medios de comunicación.

Después del primer ciclo político de la posguerra se amplió, en forma gradual, el universo organizativo, con el surgimiento de agrupaciones que reivindicaban intereses nuevos, como los del feminismo, el medio ambiente y los derechos de los empleados estatales. Las nuevas organizaciones de un signo y otro crecieron, pero sin lograr el equilibrio con las empresariales y sus afines. Había, por lo menos, dos razones para el desequilibrio en el complejo universo de la sociedad civil. Una venía de la tradición conservadora y de la influencia lograda, durante la guerra, por las entidades vinculadas a ARENA y la derecha; otra, de la nueva ramificación social. El gran fenómeno de la vida salvadoreña se formó con la emigración, en especial hacia los Estados Unidos. Lleno como estaba de carácter popular, ese fenómeno no se reflejaba en la sociedad civil. Allí no tenía voz ni representantes, sólo era una referencia lejana. Y con el mismo sentido lo adoptó el FMLN.

Uno de los flancos del desequilibrio ha estado en la formación de las opiniones y los medios de comunicación. En los puntos de vista de los artículos de opinión y en los enfoques de las noticias tiende a haber análisis críticos, pero su blanco preferido es la oposición, no el Gobierno. Tal vez por eso la incidencia de las voces ciudadanas ha sido limitada y con esa tónica sigue favoreciendo a las corrientes portadoras de la exclusión.

III. POLARIZACIONES SISTÉMICAS

ANACRONISMO INSTITUCIONAL

Parecía una proeza en el universo institucional. La Sección de Probidad de la Corte Suprema de Justicia había cambiado el panorama de las investigaciones sobre el probable enriquecimiento ilícito de los funcionarios. Con pocos recursos, y amparada en una ley del siglo pasado, la Sección cotejaba las declaraciones de los funcionarios, las que rendían cuando comenzaban sus funciones con las del final de sus mandatos, hacía observaciones, pedía informes a entidades bancarias y trasladaba indicaciones a otros organismos del Gobierno. De repente, hubo mejores criterios. La Sección ya no

podría solicitar informes a los bancos, sino que deberían pedirse con base en un acuerdo de la Corte Suprema de Justicia. Por pura casualidad la Sección estaba pidiendo informes sobre las cuentas bancarias de funcionarios de primera línea. Además, para aumentar las casualidades y poner claridad en el asunto, la Corte Suprema de Justicia quitó la facultad investigadora a la Sección y la asumió ella misma. Pero apareció otra casualidad: la Corte dejó de pedir informes y el caso ya no apareció en las noticias.

No es un caso aislado el de la Sección de Probidad. A la Corte de Cuentas le corresponde auditar las finanzas públicas, pero el organismo carece de credibilidad, pues ha estado cautivo de un acuerdo de larga duración entre ARENA y el PCN. Quién sabe cuáles han sido todos los términos del entendimiento, pero el hecho es que el tribunal ha tenido una actuación que parece guiarse por criterios políticos. No muestra criterio propio, sino uno de oportunidad, pues actúa de acuerdo con los intereses en juego en los debates partidarios.

Cada vez se ha visto más inoperante el Tribunal Supremo Electoral. En la última elección prefirió la pasividad, antes que llamar al orden a los partidos. En asuntos decisivos, a ese cuerpo le pesa su composición partidista, hasta el punto en que ha sido imposible la instrumentación de una reforma al sistema electoral.

Si los organismos principales del gobierno se ven disfuncionales y anacrónicos es, en gran parte, por la incapacidad política de reformarlos, y la incapacidad ha tenido como una de sus causas principales la tensión bipolar, la misma que ha favorecido el sitio dominante de la tendencia al enfrentamiento continuo. Desde la suscripción de los Acuerdos de Paz, hace 15 años, la norma ha sido el enfrentamiento; y la excepción, la coincidencia, el entendimiento.

POLARIZACIÓN FUNCIONAL

Conforme nos hemos alejado de los Acuerdos de Paz nos hemos acercado a una polarización creciente y avasalladora. Casi no hay

asunto que escape de la implacable lógica binaria. Los préstamos internacionales, la actuación policial frente a la delincuencia o el ordenamiento en las calles de San Salvador, todo pasa por el lente del enfrentamiento bipolar. El ámbito legislativo apenas cumple su función, pues no opera como el sitio de las negociaciones. La Asamblea actúa más como una torre donde se confunden las lenguas, porque hay tantas como representaciones partidarias. Las normas salen con un pecado original, al no investirse de las condiciones mínimas de legitimidad, aunque sí reúnan las formales establecidas en la ley.

Tanta polarización ha sido, sin embargo, funcional para los dos grandes partidos, ARENA y el FMLN. En efecto, ellos han recibido las cuotas más importantes de los poderes en el Ejecutivo, el Legislativo y los concejos municipales. Este modo de polarización no supone que los partidos más votados tengan un acuerdo secreto o algo por el estilo, sino que administran su éxito basándose en el desconocimiento mutuo. Con 4 periodos presidenciales consecutivos desempeñados por ARENA, algo extraordinario en Latinoamérica, es obvio que en materia de poder la polarización ha resultado rentable para ese partido. Es sintomático, además, que siga empleando, ya en el siglo XXI, cuando los polvos del derrumbe del Muro de Berlín se han disipado, variantes modernas del mensaje anticomunista tradicional contra el FMLN. A este partido, por su lado, no le ha ido mal; aunque no ha accedido al Ejecutivo, ha ocupado el lugar de la primera fuerza opositora, con escaños legislativos, concejos municipales y recursos públicos significativos. Aun así no ha logrado la alternancia, tal vez porque no ha presentado un proyecto incluyente de los intereses populares, de los sectores medios y de los emigrantes.

Hay una política polarizada porque la población votante ha premiado el enfrentamiento y la trayectoria de ARENA y el FMLN. Además, tenemos esas preferencias porque la sociedad vive una polarización que se remonta al autoritarismo bipolar (oficialismo—

oposición), basado en la existencia de dos grandes agrupaciones partidarias. En todo caso, ambos partidos están hoy más cerca de las maquinarias electorales que de los institutos que atienden a su base social. Los dos tienen su listado de afiliados, pero sus miembros actúan menos como sujetos con derecho a votar sobre los asuntos fundamentales del partido, y más como adherentes incondicionales de las dirigencias.

ARENA y el FMLN han adoptado la funcionalidad sistémica de su enfrentamiento, porque los dos han ganado, aunque hayan mantenido como norma el desacuerdo. Así han creado un sistema donde vale la negación del adversario, la intransigencia y la exclusión. De esa manera han conquistado tal apoyo entre el electorado que los otros partidos se han convertido en testigos menores del choque continuo entre dos gigantes. Esa situación, sin embargo, podría estar llegando a los límites de su funcionalidad, pues se ha formado una crisis de grandes proporciones.

Alrededor del 90 por ciento del voto está concentrado en ARENA y el FMLN. El dato puede tomarse como un indicio de la peculiar composición de las preferencias políticas y culturales en la sociedad, las cuales tenderían a orientarse por las interpretaciones básicas, binarias, de amigo-enemigo, que proceden desde los tiempos del esplendor autoritario. Ésa sería otra manifestación de la polarización social.

ANIVERSARIO PARA EL DESENCUENTRO

En 2007 se cumplieron quince años del Acuerdo de Paz. El aniversario fue la última muestra de la vocación política por el enfrentamiento. Hubo esfuerzos excepcionales por lograr un acuerdo, pero éste no fue posible.

El desacuerdo de enero de 2007 tuvo un significado especial no sólo por el aniversario, sino por algo de más peso: por la crisis, la mayor crisis desde el fin de la guerra. La evidencia es

espeluznante: la cifra diaria de personas muertas y lesionadas a raíz de la delincuencia y la inseguridad. Después de varios años en los que el Gobierno ha proclamado como solución al problema las manos punitivas *duras* y *súper duras* no se ven señales de que la violencia disminuya.

La crisis tiene varios factores que la reciclan y amplían; unos proceden de la sociedad, pero hay otros que corresponden a la política. En efecto, la delincuencia, la inseguridad y la violencia han crecido, en parte, por la incapacidad política para forjar acuerdos en torno a esos asuntos. El liderazgo nacional no ha podido producir ni siquiera una base para el entendimiento, porque las dos agrupaciones principales –la de ARENA/Gobierno y la del FMLN– no lo han necesitado. Manejando las tendencias del enfrentamiento, sin temerle a la polarización, los dos partidos han recibido el respaldo electoral suficiente para consolidarse en las primeras posiciones y manejar las mayores cuotas del poder político. De allí puede verse que el proceso de fundación democrática se ha deslizado por una pendiente lateral impulsada por las tendencias históricas procedentes del autoritarismo. Los sujetos principales de la transición no han podido atender la reforma política, enfrascados como han estado en la gestión de la coexistencia polarizada, ni encarar democráticamente la crisis.

Ahora, la violencia crece en espiral, sin que nadie pueda garantizar que no adquirirá manifestaciones políticas. No se requiere de mucha imaginación para prever que la crisis puede llegar, como en el pasado, a la ingobernabilidad.

REFERENCIA DE LOS AUTORES

Álvaro Artiga González

Doctor en Ciencia Política y de la Administración, por la Universidad de Salamanca, España. Tiene una Maestría en Ciencias Sociales por FLACSO-México. Actualmente es Director de la Maestría en Ciencia Política de la UCA-El Salvador. Es especialista en Sistemas de Partidos y Sistemas Electorales.

Carlos Dada

Periodista. Fundador y director de El Faro, el primer periódico digital de América Latina. Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, México y es Knight Fellow por la Universidad de Stanford, California. Nacido en 1970, pertenece a la generación de periodistas salvadoreños que irrumpió en las redacciones después del conflicto armado.

David Escobar Galindo

Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, poeta, narrador, articulista. Actualmente Rector de la Universidad Dr. José Matías Delgado. Negociador de la paz entre El Salvador y Honduras (1980). Negociador de la paz interna en El Salvador (1992). Miembro de la Comisión Nacional de Desarrollo (CND).

Hugo Martínez

Máster en Ingeniería de la Formación, por la Universidad de Toulouse I. Actualmente es Miembro de la Jefatura del Grupo Parlamentario del FMLN y Presidente de la Comisión de Cultura y Educación de la Asamblea Legislativa.

Gloria Salguero Gross

Santaneca, empresaria y política. Fundadora del Partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA); Representante de ARENA ante la Comisión Nacional para la Consolidación de la Paz (COPAZ) (1992-1994); Vicepresidenta de Ideología del COENA de ARENA; Presidenta de ARENA (1994-1997); Diputada de la Asamblea Legislativa desde 1982 al año 2000 donde fue Diputada Constituyente (1982-1983) y Presidenta de la Asamblea Legislativa (1994-1997); Diputada del Parlamento Centroamericano (2001-2006); Comisionada Presidencial para la Gobernabilidad Democrática (2004-2009); Presidenta del Movimiento Cívico Republicano (2003-a la fecha); Presidenta de la Asociación de Parlamentarias y Exparlamentarias Salvadoreñas (ASPARLEXSAL) (2001-a la fecha).

Rubén I. Zamora

Abogado y politólogo. Se ha desempeñado como docente universitario en El Salvador, Inglaterra y los Estados Unidos. Actualmente es consultor para la Unión Europea y las Naciones Unidas. Ha participado activamente en política nacional y ha publicado una buena cantidad de artículos y libros, especialmente sobre el tema de partidos políticos.

Roberto Turcios

Licenciado en Filosofía por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA). Ha sido Director de la Revista Tendencias (1992-2000). En los últimos años se ha dedicado a la investigación Histórica, habiendo publicado varios artículos y libros.

La polarización
política
en El Salvador

